

Israel Centeno
CALLETANIA



PERIFÉRICA

Calletania, a través de la gran historia de un barrio de Caracas, cuenta la pequeña historia del Coronel y sus mujeres: la esposa, la actriz, la «lolita».

Pero Calletania cuenta también cómo es la política después de la política, es decir, cómo sería la revolución después del fracaso de la revolución. ¿El resultado? Unas páginas apabullantes pobladas por viejos compañeros de partido y vendedores de droga, por mafiosos y policías corruptos...

En 1992, cuando esta novela que ahora rescatamos fue publicada por primera vez en su país, Israel Centeno se convirtió instantáneamente, gracias a ella, en uno de los autores más seguidos y respetados de Latinoamérica, en una de las voces —todavía demasiado secreta para muchos— más sugerentes y singulares de la narrativa contemporánea.

- [I](#)
 - [II](#)
 - [III](#)
 - [IV](#)
 - [V](#)
 - [VI](#)
 - [VII](#)
 - [VIII](#)
 - [IX](#)
 - [X](#)
-

Israel Centeno

CALLETANIA

PERIFERICA

© Israel Centeno, 1992, 2008
© de esta edición, Editorial Periférica, 2008
ISBN: 978-84-936232-8-9
Depósito legal: cc-301-2008
Primera edición: noviembre de 2008

La presente publicación ha sido beneficiaria de una de las ayudas a la edición convocadas por la Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Extremadura. El editor autoriza su reproducción, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

The reason our country has become involved in the war against drugs is one economics , not of morality
The Presbiterian Journal

Una vez que un hombre aprende a ver se halla solo en el mundo , sin nada más que desatino.
Carlos Castañeda, Una realidad aparte

Sigue siendo la misma casa. Una casa de mundos sombríos donde siempre han asomado caras abostezadas. Los días limpian y empalidecen aquellos rostros acostumbrados a la intriga, a las infamias tejidas detrás de las orejas. Son rostros y cuerpos vacíos, reveladores de mujeres enteras, altas, romas, delectables. De poco saber pero entendidas de la gente que pasa.

Podría imaginar una escuela de formación. Allí han estado las mejores, las resbaladizas, las que callan cuando les roban un trozo de virginidad. Han dejado testimonio debajo de la escalera, en los rincones descoloridos, en los parabanos, en las paredes forjadoras de celdas, de mazmorras, de cuartos de penitencia.

Los comentarios varían poco y siempre son mórbidos. Luego de tanta ausencia, yo regreso. Pregunto por la cara nueva. Es la carajita aquella, tan muñequita linda, tan de cabellos de oro, tan dientes de perlas, tan fuera de barrio, desenfocada del entorno. Voy recordando, dribla la pelota, el maracucho se la lanza al chino y éste la detiene en seco a la altura del pecho, mira hacia la canasta, juega, quiebra el cuerpo, no puede escapársele al colombiano, y luego de embestir con rebotes cortos me la tira, yo detengo el partido, le doy paso a ella que sube del colegio de monjas con el bulto a cuestras. Camina metiendo el pie, pasea una chupeta por su boca, todos le hacemos caras para que se apure y ella nos saca la lengua rosada por el caramelo. Reiniciamos el juego, hago un pase largo, el colombiano intercepta la pelota y la mete en la canasta. Tania se marcha despidiendo su olor a madera, a cuero; se pierde en la casa de mundos sombríos y nosotros nos quedamos con la calle como cancha, con las franelas mojadas y el final del partido.

Hoy, un junio de un tal año terriblemente conservador, dejo caer mi cuerpo sobre Daniel, trato de explicar, de entender sus razones, por qué ahora la lucha ínfima, inexpressable —como diría cualquiera— fuera de este contexto, autista. Se empeña en hacer profilaxia social, en cerrar la calle. Me da vergüenza recordarle estupideces, pero antes hablábamos de autodefensa popular, de lucha de masas, del país que ahora ha dejado fuera, del país que lo dejó a él salvando, según me dice, pequeños espacios políticos en mapas a escala de una maqueta.

El Biuti está frente a nosotros, mira a Daniel, se miden y yo me arrellano en la escalera donde estamos sentados.

—¿Qué pasa con él?

—A ese carajo me lo quiebro yo o él me quiebra a mí.

Vuelve el recuerdo con el Biuti pequeño, en el grupito de teatro, en las faenas políticas de los sábados, pidiendo que lo levantáramos en los hombros y le enseñáramos a Dios y Dios no estaba con nosotros, éramos ángeles renegados, con la adolescencia revuelta, hermosa estupidez de quienes creen haber sido tocados por la revelación y se yerguen haciendo el ridículo con hidalguía.

Papito me alcanza una botella desde su moto, que se aviene a mí flotando, envuelta en una burbuja de tiempo.

—Se van ellos o nosotros.

—Ya el Biuti te quebró, Daniel.

Destapo la botella, echo un chorro al piso y miro hacia el faro, donde un grupo o casi un grupo saca pancartas con consignas que apenas se pueden leer.

—Te quebró hace rato, porque detrás del Biuti siempre habrá otro, con más fuerza y con los brazos más largos.

Dejo que corra por mi garganta aquel licor que quema, miro a las mujeres en la puerta de la casa de umbrales rotos, miro a Tania envuelta en una bata de baño azul, ribeteada de negro.

—Qué va, con el Biuti, por lo menos se acaba todo aquí —me dice Daniel—, rompemos el eslabón que une a la cadena.

Le sonrío y se me viene la imagen de un cuerpo infectado, descompuesto. Esa imagen se une a la del reverendo Jones en Guyana, toda su locura podría repetirse en ocasiones desesperadas. Aquí, en esta calle, por ejemplo: sacrificios impuestos, escuadrones de exterminio. Entonces, hablamos del grupo, del local, de aquella semilla propagadora de una revolución dada por segura en una época y que ahora se ha convertido en una escuela con sus viejas mamás de culos gordos, las que llamaban a la policía y nos decían comunistas.

—¿Ésa es tu gente ahora?

—De eso se trata —me dice Daniel—. Ahora buscamos hablar el mismo lenguaje.

—El mismo lenguaje puteado y pazguato. ¡Viva el tótem de las viejas caras de culo! A nosotros nos echaron vainas por comunistas y al Biuti por drogo.

Daniel se paró, estiró su cuerpo largando las manos sobre su cabeza, como diciendo que si no entendía era porque no me daba la gana.

—Es lo mismo.

—Casi, casi.

Bebo largamente, allí está la casa. Recuerdo la mía. ¿Mi mujer continuará allá, esperándome, mirando el techo, acariciando mi espacio vacío, o habrá salido a pasear por los cafés, a conseguir a alguien que la acompañe al bautizo de un libro, para sacarse la idea de la amante? Para ella casi seguro que la tengo, lo corroboran mis faltas, los ciclos de desapariciones. Y en realidad la tengo. Ayer pensé en salir con Raiza. De hecho, caminé con ella desde la plaza del Rectorado hasta el metro. Deseaba que pasáramos la noche juntos, proponerle una fuga a la casa de la playa. Podríamos hablar de los libros de Kundera, del futuro de Checoslovaquia y de las repúblicas bálticas, de cualquier lugar común o de los avances del montaje de Hamlet en danza; al final, terminaríamos mirándonos con la intención de mandar al socialismo, a Adam Smith y a la tormenta del desierto al carajo para revelarnos las partes ocultas; me aferraría a sus nalgas como ventosas marinas, me acoplaría lentamente hasta conseguir, luego de fatigosos placeres, el verdadero motivo de estar con ella allí: tenderme de espaldas a fumar. Descorchar vino blanco, destrozarnos la lengua en un juego aún más erótico que el beso: lamer ostras en sus conchas. Pero ayer le di una nalgada y le dije que la llamaría luego.

Hoy, después de una noche indigna de recordar por tanta vagancia en una ciudad a veces despiadada con lo que a vagancia y soledades se refiere, discuto aquí con Daniel de cosas que considero estúpidas, aunque tengo la necesidad de vivir esta estupidez, de involucrarme en una marcha antidrogas que, de más está decir, es un sinsentido a pesar de todas las razones de peso que se puedan exponer, pero tengo un impulso de resucitar una buena arremetida contra un trapo rojo y ondulante, de salir a la arena a exponerme a los toques de muleta de quienes tienen sus sinrazones, de quienes fuman sus cachitos en las esquinas y se doblan con el bazuco, aniquilados por momentos, y así se dobla Daniel, dando voces contra ellos y lo hago yo, siguiendo a un pequeño redil impopular de beatos, de seres inexorables, como en los mejores tiempos.

Ricardo me hace señas desde el balcón de su casa, mueve el dedo en torno a su sien, luego me invita a escuchar música de los sesenta. Qué ironía, detesta los sesenta y sucumbe ante Eric Clapton y *Layla*, entre montones de revistas *Playboy* y finos tabacos de marihuana. Me siento herido, me doy cuenta de la presencia de Tania, que ha crecido y habla probablemente de mí. No sé si me quebraré.

José se me encima con la pancarta. Lo recuerdo unos meses atrás, disertando de música dura en su habitación, me decía que suele crear situaciones, atmósferas distintas a la de su cuarto y a las del barrio, finalmente siempre una imagen, la de ella, confusa, perdida en la neblinosa

un escenario, tocando la guitarra, reflejada en un espejo, al revés de la realidad. Me imagino que siempre ha buscado un buen filón para hacer trascendentes sus tenidas onanísticas, en las cuales termina con una eyaculación dormida, solitaria, maldiciente. José se tragó todas las pastillas que le di una vez con el fin de que me revelara el secreto de tener dos amantes disputándose por su habilidad de tocar la guitarra con la mano izquierda. Ambas, sajonas, chicas Penthouse. El vencía sus limitaciones atiborrado de monte o de cuanta parásita alucinógena le llevara, para sacar de su costilla a dos roqueras, que tenían que tener algo de Janis Joplin, un poco de Joan Báez, otro tanto de Linda McCartney y mucho de una puta rubia que conocimos en un burdel caro. Hoy está a mi lado, yergue una pancarta con un rotundo MUERTE A LAS DROGAS, la camisa manchada en las axilas y la frente sudada; todos los embarcados en la marcha antidrogas sudan como si hubiesen estado sometidos a las impiedades de un gran desierto. ¿Cuáles serán las expectativas de Daniel? Ahora envuelto en una turbamulta de señoras que lo arrastran y lo agitan haciéndole creer por momentos que vuelve sobre aquellas lejanas luchas por la libertad de los presos políticos. Me pregunto hasta qué punto no serán políticos los presos de las drogas, cuál será el límite de lo político en la vida de cada quien. Vamos por la calle, subimos y bajamos escaleras gritando NO A LAS DROGAS. A excepción de quien maneja el megáfono y cuatro imbéciles entre los que me incluyo, los demás son niños y señoras culonas. Qué vergüenza. Hay un grupo en la esquina, uno nos muestra un bazuco preparado, otro hace el amago de sacar una navaja y pasársela por el pescuezo. Señalan a Daniel, a Papito, a José. Yo intento esquivar aquellos dedos tremendos, me aparto, me encojo, me acerco a la esquina, me ven con ojos luminosos, quisiera conciliar, darles una explicación, esto ya no es asunto de ñángaras que inspiraban respeto en su lucha contra el sistema. Es estar contra ellos, el barrio contra el barrio. Se marean todos los conceptos de lucha de clases y me parece ridículo ponerme a conceptualizar, a no ser que llegue a la conclusión de que es una locura estar reducidos a una procesión moralista, olvidada de las cosas esenciales, como la marginalidad, el desfase social, el capital, la enajenación del mismo, las posturas aquellas de trabajar con todos para cambiar todo. Güevonadas.

Estaba frente a un grupo de malandros en la esquina, intentando una explicación, no para ellos, que me ignoraban, ellos veían crepúsculos sangrientos, callejones cerrados donde dejarían sus vidas arrumadas, junto a otras. Explicaciones para mí, el último de los imbéciles, que tendría que volver junto a los manifestantes y marchar en una cruzada de hombres con sayas blancas, cruz en el pecho y sombrero cónico. Seguía pensando y veía los valores trastocados y la vida se me antojaba un desorden, estaba confuso.

Regresamos al punto de partida. Busco los ojos de Tania en la casa de los mundos sombríos. No está. Tomo una botella de las manos de José, bebo. Ricardo, desde la platabanda de su casa, me sigue haciendo señas para que suba. Desde allí Catia se ve mejor.

Ya en su casa me abrazo al viejo, que deambula tumbando vasos y floreros. Me siento ebrio. En esa casa verde todo huele a alcohol, a destilería clandestina.

—¡Entonces! —me grita Ricardo bajando las escaleras—. ¡Hay que tener bolas para rayarse de esa manera! Parecían un coro de Testigos de Jehová.

En realidad parecíamos una falange. Faltaba el estandarte rojo, los pelos ralos, las camisas arremangadas. Le pasé un brazo por el hombro y él me acercó a la ventana basculante desde donde se veía la calle. Busco a Tania. No hay nadie en la puerta de aquellas mujeres que venden sus virginidades a precio equivocado.

—Maldita coca —farfulla Ricardo—, por culpa de ella no se consigue monte. —Me sonrío. Mete la mano en el bolsillo y saca un pucho. Aprieta mi hombro con la otra mano, suspira—. Pero los chivos viejos siempre encontramos hierba.

Subimos a la platabanda y nos sentamos, acariciados por un helecho anciano e inmenso, que nos va respirando, y nosotros nos quedamos con los alientos cortos como las palabras, sin tener mucho que decir. Ya es de noche. El helecho nos devuelve la neblinosa oscuridad de la calle. Ricardo se estira en el espaldar de la silla de extensión, con un petardo sin encender en la boca. Pasea su mirada por la terraza y me ve por el rabillo del ojo.

—Y qué —enciende el cigarrillo, aspira, sostiene el humo, lo bota a pujos y me lo pasa— ¿Y Marta?

—Estará en la casa. —Fumo sin retener, me lloran los ojos, le señalo con la punta del cigarrillo la puerta de la casa de los mundos sombríos—. ¿Y esa carajita?

—¿Tania?

—¡Tania! Pero...

Me quita el tabaco.

—Está buenísima, ¿verdad? Es territorio virgen, como el Amazonas. Y como al Amazonas le han metido bastante mano. —Chupa y cambia de conversación brusca— mente—. El único serio de esos carajos es Daniel. Papito vende escondido, porque mantiene a dos mujeres. No son consecuentes. Y si es el locazo de José, con sus bocetos, las mujeres de mentira-tira. A ese bicho le hace falta un roce.

—¿Con qué, loco?

—Con esto —hace un triángulo, uniendo los dedos de ambas manos— o con esto —se da un golpe en el cuenco del brazo y lo yergue—. Ahora, chico, lo de la campaña es más enrollado de lo que creen. No me imagino que Daniel no lo haya pensado. ¿Cómo van a sacar a los jibaros de la calle, qué va a pasar con el Biuti, cómo van a retirar a la policía del negocio? Definitivamente —chupa de nuevo y en la oscuridad veo cómo se enciende, chirriante, la punta del cigarro—, me parecen mariconerías de Daniel, debería saber que detrás de cada tubo de perico está la mano de alguien tan pesado que se le puede sentar encima y hacer pasta de higado con él.

Las luces de Catia se meten todas en mis ojos. Recuerdo amaneceres que dieron muerte a noches interminables, en las que yo andaba con la boca espumante, pretendiendo morder la vida. Iba por el camino de una mala nota, quería irme a la cama, volver a mi casa y olvidar toda esta truculencia. A veces tenía ganas de pedirle perdón a Marta, jurarle fidelidad eterna y quedarme a su lado en una vida sin mayores sorpresas, debatiendo prólogos de libros, recorriendo galerías y sacando punta en mezquinos cenáculos a cualquier acontecimiento político. El cielo me daba vueltas, eran las sábanas de Ricardo, tendidas entre el helecho y nosotros. Bajé hacia los cuartos, cogí al azar una revista; en sus páginas centrales había una mujer completamente abierta, tuve una leve erección. Todavía me conmovía. Tomé el teléfono y disqué el número de mi casa. Me contestó una voz de hombre. ¿Se atrevería al fin, la muy puta? Colgué. Luego marqué el teléfono de Raiza. Nadie atendió. Fui a la sala. Allí estaba Ricardo con otras personas difusas para mí en aquel momento. ¿Me estaría rayando también con éstos? Ya parecía una cebra. Siempre le cabía una raya más al tigre. Poco a poco me di cuenta de que los conocía. Sus caras habían quedado en algún mes, en algún año, desprovistas de nombres. Sonó el teléfono, lo cogí. Una voz ansiosa preguntaba por Ricardo. Era una voz de mujer, oscura, ronca. Tenía que negarlo. Pude sentir la zozobra, las manos en el cuello calmando las palpitations. Preguntó quién era yo y comencé a darle disuasivas. Me esmeraba en aumentar su angustia y me reconforté al sentirla más agitada, sin aire. Ahora menos le pasaría a Ricardo, me apasionaba la idea de hacerla sufrir, de crearle falsas expectativas para mantenerla al otro lado, en una terrible espera. Estaba vengado. (Marta: ¡te di en la cara!) Y

así oscilaba entre calmarla y excitarla. La mantenía en un hilo, hasta que sentí su llanto. Me alegré y colgué el teléfono. Busqué en el periódico la sección de las masajistas y disqué un número al azar. Esta vez el agitado era yo. Sentí una excitación extraña, me convertí en una cosa vil, hablando entrecortadamente, siseando. No terminé de hacer la proposición cuando, tras una mentada de madre, me colgaron.

Ahora sí era verdad. Estaba disminuido en el colmo de mi ridiculez. Sentía el éxtasis de lo poca cosa en que me había convertido. Los demás se movían por la sala, ensombrecidos por el humo y delatados por la punta de los cigarrillos que vagaban como luciérnagas pasadas de mano en mano, figurando un cáliz. Lo había logrado, estos dos días me habían llevado a la ingrimitud, a la ausencia de mundo. Subí de nuevo a la terraza. Allí contemplaba una parte de la ciudad titilante y bullente. Pensaba en la mujer que había llamado con voz requisitoria. Escuchaba sonar el teléfono de nuevo y sabía que tenía que ser ella. Me movía bajo el techo de sábanas con lentitud, disfrutando mi desasosiego. Marta probablemente estaba con alguien y Raiza descansaba en la mesa de un café pensando en su Ofelia. ¿Y yo? Ya les había dejado de importar. No le importaba a nadie.

Ricardo vino, me dijo que tenía que salir un rato, que pusiera la música que quisiera, que allí había algo de monte. El helecho se balanceaba, expelía un aliento de años, recogido en su densidad babosa. Seguramente era la mujer que lo llamaba insistente. Me tentaba la idea de prolongar su abstinencia, pero en todo caso, era mejor que Ricardo le llevara su gramito, un suspiro para continuar la noche. Cuál noche. No pude imaginarla, igual a la mía, amenazante, chantajista, angustiada. Tenía que huir del final triste, porque finalizar mal una noche era como finalizar mal la vida. Comenzaba a deprimirme cuando José emergió de entre las sábanas tendidas. De inmediato saqué el puchito y me puse a enrollar.

—¿Po-por qué te viniste aquí luego de la ma-mar— cha? —me reclamaba carrasposamente—. No es bu-bueno que te vean en esto.

—Pero si vine a esto, me acabo de dar cuenta. Mi *fatum* es la platabanda donde nos encontramos, ¿entiendes? —encendí el cigarrillo—. Total, presiento que estamos aquí por el mismo motivo, queremos que nos den la droga, no que nos la vendan. Ven —puse mi rostro más perverso, busqué el gesto más inteligente—, jala, es un rito. ¿No te interesan los ritos? Todo ritualismo nos incumbe, como diría Eliade. —Volví a fumar, esta vez contuve el humo—. Contigo se puede hablar —me puse erudito—: el peyote, el mezcal de los aztecas, el akuyico de los incas. La vida es tan difícil, José, en este momento mi mujer está en la cama con otro y yo me arreocho aunque la hubiese inducido. —Di un nuevo toque y seguí desbarrando—. Vamos, yo siempre hago el papel de serpiente. Te tocó el papel de Eva. En estas cosas está la posibilidad de comer del árbol de la sabiduría. ¿Por qué los demás deben saberlo todo? Prueba un poco y hablemos un rato. —Rehuye dudoso el ofrecimiento—. El hecho de que fumes no va a desmeritar una postura. Mira, este helecho y el cielo de sábanas me recuerdan al dios Quetzalcoatl y a los jardines de México. ¿Es raro, no? Que en este miserable barrio me sienta en mundos tan trascendentes. ¿Tú crees que exista alguien putamente limpio? No me dejes hablando solo, contesta. Lo que pasa es que asumen el problema de las drogas como una cuestión de principios, eso no se discute. Yo sí discuto. Es una aberración de la que no se salva nadie, ni tú, ni san Daniel. —Le ofrezco de nuevo, él lo toma, le tiembla el pulso, se lleva el pitillo a la boca y aspira profundo.

—¿Volvemos a las andadas?

—Pe-pero que no trascienda —titubea—, siempre que las cosas se hagan así, en secreto, en cofradía, está bien. Lo malo son los entuertos de la calle.

Ya no estaba solo, no me sentía desgraciado. Compartía la noche amenazante de finales tristes bajo un cielo peculiar que mojaba y un helecho narcotizante, más allá de las simplicidades del cannabis. Buscaba aclarar un poco las ideas. Me gustaba inducir y luego me dolían las consecuencias, tenía palabras para refutar, para convencer a pesar de estar consciente de pequeñas verdades. Me manejaba en el mundo de la doble moral, como todos, pero disfrutaba al reconocerlo. Por lo menos sabía que se tenía que pelear, que la vida era pelea, había que pararse allí, en cualquier parte frente al dragón y reclamarle la doncella. Pero sólo tenemos una espada y él tiene tantas caras como ojos una mosca. En definitiva, me invade la apatía.

Nos quedamos callados un largo rato. Yo me sentía miserable. Había aprendido a jugar con la gente a mi antojo. Lo hago con Marta, con Raiza y ahora estoy dispuesto a aceptar cualquier opción de manipular. ¿Esto era cinismo?, ¿pero acaso no tenía razón?, ¿por qué he buscado siempre lo absoluto, el matrimonio, por ejemplo? Aquel estado idílico no compatible con la realidad, con la realidad de no pertenecer, de corresponder poco, de traicionar ante la primera tentación. ¿Por qué Raiza? ¿El juego de la madurez de los sentimientos, la doble cara, las posturas movilizadas, si no aceptaba realmente el doble juego de la otra? ¿Y cómo estos carajos pretendían defenderse de las patas del ciempiés utilizando todas las extremidades del gusano y rechazando sólo una, por principios? Sentí vértigo. Todo principio era una gelatina. Bajé al cuarto de Ricardo, marqué de nuevo el teléfono de mi casa. Estaba ocupado. Ocupado eternamente. Qué carajo, estarán tirando. Los principios de Marta también eran una gelatina. Mis ojos se cargaron como si quisiera llover. Necesité a Raiza, pero no estaba, necesitaba de alguien fuera de mí que me guiara por las cornisas y me garantizara que un arranque de no querer estar con nadie no me lanzaría al vacío.

Allá abajo, probablemente, estaba Tania. José y yo salimos a la calle. La brisa fría me enrojecía la nariz. Parecía un borracho irlandés y católico, pero no tenía crucifijo. La casa de los mundos sombríos había cerrado sus puertas y aunque se podrían asaltar sus fortificaciones por las ventanas, me empequeñecía ante ese pensamiento. Una violenta sensación de muerte se apoderó de mí.

José entró al faro y pidió un turno para la partida de ajedrez. Calma verdadera, calma lejana de la calle, lejana de mis despechos. Calma de mar. Le hago un gesto de desgano con el brazo. Ricardo llega con su moto y le pido que me lleve a un hospital.

—Me estoy muriendo, loco. —Una mano agigantada me sofoca, sentía un frío como de clavos en las piernas, una pérdida progresiva del conocimiento. Él se rió y me dio un trago de anís.

—¿Quieres que te deje en tu casa?

Pensé en la posibilidad de encontrar a Marta con su amenaza materializada.

—No. Llévame a Colinas de Bello Monte. —Pensé que allí podrían estar tanto Raiza como Marta en el bautizo del libro de un gordo intrascendente—. Así matamos la noche bebiendo y oliendo.

Subimos a la moto. Al principio me balanceé en la parrilla, cobramos estabilidad a medida que arrancamos, luego las calles y avenidas fueron pasando hasta achicar la ciudad como material de silicón. Perdí el conocimiento sobre la espalda de Ricardo y sólo volví en mí frente al gran ventanal de la casa del bautizo.

—¡Aquí traigo el agua bendita! —grité mientras me bajaba de la moto desabrochándome la bragueta— ¡Espérenme! Que no comience la ceremonia... ¡Marta! ¡Marta! —Le toqué el hombro a una señora—. Usted no es Marta. ¿Ya echaron el insípido champán?

—La insípida champaña —me corrigió un hombre gordo que se balanceaba sobre sus pies al lado de la señora—. ¡Qué manía de masculinizarlo todo!

—¿Sabía usted que la homosexualidad es expresada por ciertos balanceos del cuerpo que el maricón no puede ocultar ni a su mamá?

El gordo me dio la espalda. La señora, toda vestida de verde como un gran pájaro, me enseñó sus dientes amarillos. Le pregunté quién era el gordo.

—Es el autor del libro.

—¡Ah! Con razón. Así se mueven todos los que no he leído.

Alguien que venía de regreso con el gordo, se abrió paso hasta mí y me abrazó, lanzándome encima todo su cuerpo. Busqué a Ricardo, que se perdía entre copas y escapadas a los cuartos de baño.

—Espero que no la armes, Coronel.

—¿Y Marta? ¿Y Raiza? —comencé a gritar. No sabía por cuál de las dos preguntar. Tampoco recuerdo la música que sonaba. Para mí era Bob Marley cantando *No woman no cry*, aunque para los demás fuera la trinidad nefasta, es decir, Clayderman, Randall y Angelis—. ¿Y el libro? ¿Dónde está el libro? —Varias manos me sujetaban.

—Pero chico, ¿qué te has creído, que porque eres el marido de Marta tienes derecho a mearte en la *culture*?

—¡Déjame mearlo, aunque sea yo solito en aquella mata! —Le arranqué el libro de la mano y corrí debajo de un árbol añoso. La vieja cacatúa me siguió estupefacta. Parado ante ella, intenté mear, pero sólo me salieron unas gotas, luego un chorro abierto como una regadera, que le bañó el vestido. Ella se tapó la cara, pasó un brazo sobre su pelo, temiendo que le salpicara el copete.

—¡Esto es el colmo! —gritó altisonante el gordo, que llegaba justo a tiempo para recibir un baño en los zapatos.

Busqué a Ricardo, preguntaba por Raiza, por Marta. Me llevaron a rastras al salón, me decían que no estaba ninguna de las dos. Yo replicaba que por lo menos una debía estar. Me dejaron sobre un sillón, traté de pararme, pero me cerraron el paso. Frente a mí estaba el gordo, grande y maricón como un boxer; balanceándome lo empujé y me devolvió un golpe seco en un ojo que me derribó para siempre. Ricardo salía de una de las habitaciones con los ojos luminosos.

—Qué vaina con el Coronel, siempre la misma cómica.

Presentí el final de la noche. Qué mala vida. Me subí a la parrilla de la moto y le dije a Ricardo, entrecortando las palabras con un hipo llorón, que ya no tenía amigos, ni mujer, ni país. Que me iba al carajo. Que me llevara a los autobuses del Nuevo Circo.

—¿Quieres que te deje en tu casa?

—¡No, no, qué putas! Llévame al Nuevo Circo. El hijo del Coronel está bien.

Al bajarme de la moto, transité entre vendedores de perros calientes, café y Toddy. Pedí un negrito y busqué un puesto entre la multitud que esperaba el primer autobús o simplemente dormía. Los policías caminaban entre nosotros, pero a esa hora no querían molestar ni a ellos mismos. Busqué acomodo en el hombro de una mujer envejecida por la intemperie. Ella, de vez en cuando, destapaba una carterita y me brindaba un ron que nunca había probado. Sabía a alcohol de quemar. Supuse que así terminaría la noche, sin sufrimientos, pero agotado, entre indigentes. Sabía que ésta sería la muerte.

Después de hacer sonar la corneta largamente, el autobús abrió la puerta. Eran las puertas del cielo. Me senté en los primeros puestos, eché la cabeza sobre los brazos, me dejé conducir por la oscuridad de los ojos cerrados y recordé una mirada, unos labios húmedos.

—Me quebrará —llegué a pensar, y me fui quedando dormido sobre el cuerpo de Tania.

El faro, donde vive Daniel, es un dedal frente a la casa de universos ocultos. Descuadra la calle, es un punto luminoso en las noches, sus luces permanecen casi siempre encendidas hasta el amanecer. José espera su turno para un partido de ajedrez, recostado en una biblioteca improvisada. Suda. Su cara brillante parece una calva con rasgos y facciones. Se acoda en los libros, entre los que se pueden leer títulos como *¿Qué hacer?* de Lenin. Bosteza y mira a su alrededor. El cuarto no tiene gran cosa: una calavera de burro sobre montones de periódicos en desorden, una poltrona descosida cubierta de ropa usada, un retrato de Karl Marx colgado de la pared, un afiche del Che y una ruana. Lo demás, vasos a medio llenar, pantalones y camisas anudados sobre un guacal que funge de mesa de noche y cómoda, porque encima de él hay un espejo donde se distorsiona el reflejo de los que juegan ajedrez sobre la cama.

—¿Qué estuviste hablando con el Coronel en la platabanda de la casa de Ricardo? —por fin Daniel suelta la pregunta, distraído en una jugada del alfil.

—Co-cosas. ¿Qué pude haber hablado? —José carraspea y saca un pañuelo para limpiar su cara grasienta y lisa, donde sólo resalta un mostacho enorme al estilo de Nietzsche.

Daniel se levanta, sale a la calle, todo está tranquilo. Las puertas están cerradas, pero subsisten pequeños grupos dispersos. Se ve la botella traslúcida pasar de boca en boca, las motos subiendo y bajando la pendiente; alguien grita al pasar. Daniel baja la cabeza en un reflejo, busca protegerse. Se escuchan risas junto a la aceleración de la moto. Daniel recuerda. Estaba seguro. Los tres tiros que perforaron su puerta unos días atrás lo habrían matado si en vez de quedarse dormido en la poltrona se hubiese tendido en la cama, como siempre. Esa vez el Biuti había intentado llegar más allá del amedrentamiento, más cerca de tomar su vida y ofrecerla en sacrificio a un dios desbocado, luminoso, terrible. De alguna manera, Daniel debía encontrar el cuello del Biuti, el gaxate del Zucaritas para apretarlos definitivamente, impedirlos del aire.

Daniel sigue allí, parado frente al faro, mira intensamente a José, convenciéndose de que no cuenta sino con gente como él, que se adhiere no como un gesto de comprensión ni solidaridad íntegra, sino como la única forma de proyectarse. Eran los mismos de las luchas arrastradas durante años, que vienen bogando sin timonel hasta el presente, con su particularidad: el nuevo giro de la historia. A través de él encontraban una manera de darle forma a sus vidas, carentes de molde definitivo, se edulcoraban con posturas para seducir. Ahora todo estaba desarticulado, el rompecabezas con las piezas equivocadas, y sólo quedaba delirar.

Los delirios cobran cuerpo, se alimentan con una figura paterna que les indica cómo abrir el Mar Rojo. Y allí están Papito, José, Germán, frente a una tabla de ajedrez moviendo piezas, tensando una sonrisa luego de las jugadas, pasando las noches despiertos, durmiendo medios días. Seguros. Saben la importancia que cobran ante los demás al estar en el faro. Por lo menos antes las personas los miraban de distinta manera. Así han llenado sus vidas robando afecto a cualquiera que se lo ofrezca en forma de cervezas o palmaditas en la espalda, como diciéndoles: Está bien lo que hacen, no importa qué.

Hasta una mujer podría no esconder las ganas de admirarlos, de desvestirse una tarde, y cambiarlos por el marido o el novio en un rápido juego de cuerpos sobre camas improvisadas en cuartos condenados, o en los quicios de las escaleras.

—¿Tú fumaste con el Coronel anoche?

—No. ¿Po-por qué iba a fu-fumar con el Coronel anoche? Sólo subí a la platabanda para hablarle de la ma-marcha, para invitarlo a ver mis pinturas. —Se lleva el vaso a la boca.

Ricardo se acerca en la moto, la recuesta contra la puerta del faro y gesticula pausadamente, con una torpeza que delata su estado.

—Qué bríos tiene el Coronel. Se meó en el bautizo del libro de un tipo que no conocíamos. —Se toca la nariz—. Anda loco con lo de la mujer. Que si es puta, que si la otra también. Se lo dijo a todas las que estaban en la fiesta. Algunas se reían, pero un gordo con la cara así de sapo le dio en la boca. Lo recogí de una silla. Se tapaba los ojos gritando que le quitaran toda esa gente de encima. Cómo le tiene miedo a los golpes.

—Ese carajo me duele a veces —dijo Daniel.

—Qué te va a estar doliendo. Quién eres tú para que la gente te duela. A ti sólo te duelen las bolas porque sabes que te están cazando.

—¿Quién? —dijo un golpe contra la puerta—. ¿Quién carajo va a hacer cacería conmigo? ¿El Biuti? ¿El Zucaritas? Los meo. —Se calló un momento— ¿Qué hay del Zucaritas? El otro día lo vi bajarse de un Continental blanco, subió con el Biuti que iba y venía con mala cara. ¿No sabes qué pasaba?

Cada vez más esporádico el paso de los motociclistas. La noche se azuló en un despejarse repentino. Briseaba fríamente.

—¿Qué voy a saber? A ese hombre le gustan las tiernas, a lo mejor quería una.

—¿Me vas a decir que no sabes? Tú y yo y todo el barrio sabemos qué viene a hacer el Zucaritas acá. Es el que siembra monte, polvo y pasta aquí.

Ricardo caminó hasta el frente de la casa de laberintos inextricables. Se subió el cierre de la chaqueta y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Sí, güevón —escupió desde el otro lado de la acera— pero lo que tú no sabes es que también cosecha. El Zucaritas cosecha más de lo que da para seguir vendiendo. —Se acercó de nuevo a la puerta del faro y le habló cerca de la oreja—. Pero, de que tiene sus perversiones con las carajitas, las tiene.

Ricardo se subió a la moto y arrancó. Daniel lo miró perderse tratando de recordar la escena del Zucaritas, llamando con sus manos gordas desde la ventana del Continental y efectivamente se montaron al auto dos muchachitas, casi unas niñas.

Hay noches tensas de horas irrespirables. Se conjuran los elementos para inquietar, excitar, acordonar el sueño más allá de las posibilidades de alcanzarlo. El insomnio surge del agua, al igual que una espada, y es posible apuntalar cualquier empresa con ribetes de locura.

Daniel se proponía organizar, de nuevo atar nudos, remachar cadenas. Un escuadrón antidroga era como un escuadrón de la muerte, un brazo de la policía. Ya escuchaba al Coronel llamándolo esbirro, juguete, marioneta. «Un escuadrón no se diferencia de otro, todos tienen el mismo fin: el agavillamiento. Entre un escuadrón antidroga y uno fascista no hay diferencias.» No quería darle la oportunidad del contragolpe, de ofrecerle la razón, porque él la tenía. En los sesenta, pensaba, los Tupamaros operaban secuestrando y ajusticiando. Fallaron por errores de cálculo y no ideológicos. Hoy el foco, el choque armado, la redimensión de los objetivos cobra un nuevo sentido. ¿Serían acordados? ¿A qué? No encontraba respuestas claras, sólo vislumbraba un punto de luz, una transparencia y por allí intentaba ver. Sí, habían hecho una guerra contra el sistema, contra un estado instituido y esa guerra se perdió apenas comenzaba, a pesar de que se intentó prolongar con obstinación, ignorando al país. Era lícito no dejar el mar en calma, jorungar las antenas del insecto, los tentáculos, las patas, una de sus, patas infecciosas. Daniel se había quedado solo, sin partido, sin frente, sin núcleo. El Coronel le decía que parecía un brazo loco lanzando trompadas por reflejo. Sin embargo, él creía que debían continuar, no romper el hilo, no quebrar el sentido, su sentido. Porque aunque no se lo confesase abiertamente, todo eso de la lucha, de los amigos y enemigos, era una cuestión personal.

—¿Qué habló contigo el Coronel anoche? —le preguntó a José.

—Dice lo de siempre. Que estamos meando fuera del perol.

—Y tú aprovechaste, dudaste y echaste una meadita dentro. Dímelo, bolsa: ¿Te metiste tu tabaquito?

No esperó respuesta. Se fue a la calle y se recostó en un auto. Miraba al vacío, ubicando armas, personas de confianza, manoseaba la posibilidad de encontrar a una mujer joven, niña.

Cerca de la casa escuchó un grito: ¡*Coño, me atracan!* Detrás del flaco corrían dos hombres con armas en la mano. El flaco subió por unas escaleras a grandes zancadas, llegó a la ventana de Ricardo, éste estaba asomado, intercambiaron unas palabras y el flaco le entregó algo. Bajó de nuevo las escaleras y tropezó con uno de sus perseguidores.

—¡Déjame, yo no cargo nada! —llegó el otro y lo apuntó. Al principio Daniel pensó que eran policías y se resguardó cerca de su puerta. Ricardo asomó la cabeza y gritó.

—¡Déjenlo tranquilo!

—¡Danos la pasta, rata! ¡Danos la pasta o te quebramos!

—¡Pero si no tengo nada! —lloriqueó el flaco. Uno de los hombres le dio un tiro en un pie.

—¡Dánosla, coño!

Daniel se había montado en el techo junto con Papito y José y lanzaron botellas. Los tipos dispararon a ciegas dos veces y se fueron corriendo. El flaco se quedó en el piso agarrándose el tobillo.

—¿Qué querían esos hombres? —le gritó Daniel. —Nada.

—Entonces, como Lázaro, levántate y vete a la mierda. —Qué va. Este tipo se viene a mi casa —dijo Ricardo. Lo ayudó a pararse y se fueron. Daniel no los siguió. Se quedó pensando en Ricardo. Era, a pesar de todo, a quien necesitaba. El conoce hasta dónde llega el pantano, puede internarse en la ciénaga sin ensuciarse la cabeza. Era buen jugador, iría hasta el final del partido. ¿Por qué estaba tan seguro? Con Ricardo nunca se sabe, siempre da sorpresas gratas, tiene los sentidos embotados, pero el corazón se le desborda.

La calle quedó murmurante como un río. Desde las ventanas se escuchaban los comentarios, quejidos apagados, risas. Cerraron a pulso, con un golpe seco, la puerta de la casa de regiones inhóspitas. Las muchachas, a oscuras, volvían a sus camas, se quejaban por el sueño interrumpido, irían cansadas a trabajar en el banco. Tania, envuelta en su bata de paño azul, pasó al lado de un tío. Sintió que le apretaban la cintura. Unas manos gruesas se ceñían a ella y subieron hasta presionarle los senos. Tania le dio un pisotón.

—No joda. Quiero salir de esta casa.

—¿Qué pasa? —preguntó la madre desde el piso de arriba.

—¿Qué crees tú?

En esa casa se llegaba a las habitaciones siguiendo el olor que se enmadejaba con los demás olores, pero, sin embargo, se imponía como la punta de un hilo tejido y destejido, independiente, soberano sobre los demás hedores y aromas. La primera impresión que daba la casa era la de ser grande, pero aturdía. Se reduce en una atmósfera de hacinamiento, en un paisaje oscurecido, de paredes levantadas una tras otra. Carecía de la intimidad de los baños grandes, sin el encanto de los cuartos espaciosos, con peinadoras y camas amplias. Fue construida a manera de cárcel, levantada en espacios viciados por la opacidad, en lugares inverosímiles donde se apilaban literas y se apretujaban camas matrimoniales junto a desconchadas cunas. Todo olía. Un ciego se hubiese orientado por aquellos laberintos siguiendo las hebras conducentes a la platabanda, donde Tania subía a tender la ropa: primero pasaba por un juego de manos masculinas y femeninas y luego se sometía a la mirada desbordada del barrio, que más que desearla, la reclamaba.

Regresó a la cama, que compartía con una prima. Ambas chocaron frente a frente. Ambas venían de los mismos laberintos, con sensaciones florecidas en la piel por los apretujones de los tíos, primos y amigos que dormían en aquella casa y se convertían en roedores al acecho. Se arrojaron. Miraron hacia arriba, hacia un tablón ensombrecido que a veces se movía como si se fuera a caer y dejaba escapar un polvillo que bajaba en forma de lluvia hacia la cama, además de susurros, gemidos, pujos de dolor o de placer, cada quien los interpretaba a su manera.

—Escucha: se cogen a la tía Clara —dijo la prima. Ambas se rieron.

Tania recordó la tarde, parecida a otras tardes, sólo que el Coronel estuvo allí. Alguna vez fue la alternativa para sus tías, el salvoconducto para salir con honra de aquella cueva enmohecida por malos hedores y humedades.

—Si en esta porquería se apareciera una Virgen, le pediría un milagro.

La prima le pasó una pierna por encima del vientre.

—¿Cuál?

Tania le sonrió. Buscó darle la espalda. Su vida estaba encajonada. No existía salida digna. ¿Qué le sugería el Coronel al volver al barrio, a buscarla como mirando al suelo, al achicar sus ojos e intentar hablarle? Una posibilidad, la única. Aquella idea la excitaba, era una salida, un camino nuevo, abrasivo, fuera de aquella casa de distorsiones. Desde niña no escuchaba un solo cuento con final feliz. De cualquier manera, sus primas se iban convirtiendo en violadas de escaleras, de lavadero, en concubinas por la imposición torcida de hombres detestables, de manos ásperas como patas de perro.

La prima la acaricia.

—Ah, vaina, chica. Voy a tener que pasar la noche sentada.

La otra continuaba abriéndole la bata para meter la mano y acariciarle los senos que apretaba contra la almohada.

—¿Quién te gusta? —Le hacía cosquillas—. Anda, cierra los ojos, piensa en él.

Tania cerraba los ojos, pero resultaba imposible imaginarse nada, tenía sobre sí mucha mujer, su misma piel intentando poseerla. Al final siempre estaba en una calle sin salida, con un muro levantando negativas. La prima se quedó quieta, miró al techo. Crujía.

—Es la tía Clara. ¿Le estará doliendo?

—Depende. Si se lo están haciendo por donde no es...

La otra intentó tocar a Tania.

—Basta. Deja la cosa. —Se apartó y buscó los pies de la cama. Se cubrió con la manta. Aún así la otra continuaba con el acecho—. ¡Nos vamos a caer de la cama! —Se tendió bocabajo arrojada hasta la cabeza. Procuraba no ser víctima de los dedos de los pies de su prima. Aquel juego le impedía dormir, la irritaba, no podía traer hasta aquella covacha los sueños de campos floridos, días de sol y brisas fuertes de la Inglaterra isabelina.

Se escuchó a una de las tías viejas toser y arrastrar sus pasos hasta el fregadero. Hubo un rebullicio de ollas, los gallos cantaron y el arranque de un auto intentaba hacer marchar un motor. Era la mañana. El aroma del café se filtraba por toda la casa, la prima quiso pasarse a los pies de la cama y Tania le señaló la punta roma del espaldar:

—Date con eso.

Tendido sobre la arena, el sol calentaba mi ropa. Mi ropa encerraba un calor de asfixia, de poros obstruidos, volcánicos en el baño eruptivo, dentro del lino. Tenía arena en la boca. Parecía haber estado bebiéndola. Dentro de mis párpados reventaban ampollas inexistentes, pero tangibles en las sensaciones de crecimiento. Un edema venoso, hinchado, a punto de desbordar los párpados, de dejar escapar su babosa gelatina córnea sobre la arena y formar dos pozos extrapolados de mí que me contemplarían distorsionado, a través de cortinas plásticas. Las palmeras. Sabía que estaba debajo de las palmeras y que éstas eran altas. Conocía el paisaje. Se batían suavemente, abanicando el espacio y con tanto la brisa hojillada por la sal. Abrí los ojos. Un fogueo de muchas luces encendidas convirtió al paisaje en un aura rojiza. Estaba solo. Con la misma sensación de los últimos días. Era una especie de naufrago que sucumbe en su propia casa de playa, luego de haber navegado un espacio incierto, donde el tiempo quedaba abolido, sin el nombre de los días, sin bitácora donde hubiese un registro. Cronos era un dios quimérico. Estuve en un mar denso, de cuerpos vivos en vez de oleaje, sin timón, sin astrolabio, sin cuadrantes. Allí mis pensamientos se debatieron en una exuberancia boscosa de dilemas. Poco a poco iba abriéndose camino una burbuja, se plegaba a mi rostro, y yo, plegado a la espalda de Ricardo. Ricardo. Tanto tiempo. Tanto tiempo podría ser una noche o un año. Sí, debía hablarle, ¿pero de quién o sobre qué? ¿De mi rabia, de esa bola de piedra en mi estómago, de Marta? No. Tania fue la imagen determinante, la redención, el balde de agua que me despertaba definitivamente de un letargo de saurio y me dejaba mojado por el recuerdo de sus labios hidrosos, como una naranja.

Me levanté de la arena sacudiéndome el traje. Estaba sucio. Me sentía estable, no tenía en la cabeza peso de agua ni rumores de viento, sólo la boca amarga y pastosa me recordaba haber bebido y fumado. Era en extremo pegajosa, de poco aliento, sin salivación. No hubiese podido tragar sin causarme dolor. Deseaba seguir bebiendo, embotarme de nuevo, la vuelta a la realidad era áspera. Los motivos simples del apego a la vida se resbalaban en un cuerpo tembloroso, en una mente culpable de haber permitido las babosadas eufóricas, los aspavientos intelectuales con los que pretendí herir a Marta, a Raiza, a Daniel, a José, de los que me enorgullecía tras cada maniobra culminada en manipulaciones. Con todos fui el mismo, menos con Ricardo. De él me así. Lo tomé como lazarillo, pero era que lo admiraba, sus palabras, sus actos eran espontáneos, tan lejanos del cinismo como yo cercano a él. Me sentí tonto, había actuado pensando en lo original que sería reírme de quienes se acercaron a mí. Así actuaba normalmente, aunque luego no pudiera librarme de la sensación de vacío e inutilidad.

La puerta de mi casa estaba abierta, lo que podía significar dos cosas: una, que yo había estado previamente allí, o que alguien me esperaba. Tensé mis brazos sobre las rodillas, luego los dejé caer. Miré el cielo cortado por hojas de palmeras, caminé pesadamente, dando tumbos por el traspatio, como si calzara chapaletas.

—¿Desea algo? —preguntó la vecina, urgida por saberlo todo.

—Muchas cosas. Una mujer, por ejemplo. ¿Me invita un café?

Ella abrió mucho los ojos. Siempre manifestaba así su irritación, el disgusto de vivir cerca de mí. Sacudí de nuevo mis ropas y caminé con liviandad, algo zigzagueante.

—Su esposa... —intentó ella. Pero yo le dejé un gesto de fastidio. Lo hacía con frecuencia. Entré a la casa por la cocina, pensaba en llamar a Ricardo, era el único que mantenía esa supuesta fluidez que debería existir entre amigos. Necesitaba preguntarle, decirle con el mejor tono burlón que me había enamorado de una carajita. El sabría comprenderme, como supo escuchar lo de mi esposa, lo de Raiza, lo de estar rotundamente en contra de las drogas y fumarme un tabaco con él sin mala conciencia, porque «no hay que pensar las cosas cuando deleitan», y a mí me deleitaba Tania. Puedo sentir escrúpulos ante una relación con ella, sin embargo quería traérmela a vivir en mi castillo de formas geométricas que el viejo traje de Acapulco, quería remozar el tálamo, festejar unos himeneos donde confrontaría la moral.

La tragedia de mi vida era una maldita dualidad que me ubicaba dentro y fuera del huracán, me impedía tomar partido real y honesto como lo hacía Daniel. Si tuve esa virtud, la perdí o me la robaron en uno de esos escabrosos caminos del pensamiento que conducen a una meseta provista de agua clara, de vida edénica, donde se asumen los problemas como la disyuntiva entre morder el fruto o quedarse en estado puro de inocencia militante y destructora, pureza falangista. Yo hice mi nido de águila, me encumbré en un risco lejos de la tierra en donde los hombres construyen sus torres de Babel, elaboran teoremas, resuelven ecuaciones, defienden puntos de vista y toman partido por tal o cual lenguaje, cuando mi lenguaje, desde hacía tiempo, era de retirada, de deserciones, de abandono de colinas y entrega de banderas. Era deshonesto, me había otorgado un paréntesis de deshonestidad que me permitía destejerme en un ovillo que me inmovilizaba, impidiéndome catar libremente, sin preconcepciones, dejándome atrapar por la sorpresa agradable, por los malos entendidos, desnudo ante mi desnudez. Desvergonzado, porque la vergüenza impedía asumir la variedad y para mí era importante el rayo de luz que atravesaba el prisma y se diversificaba en siete haces para ser descompuesto en infinitas propuestas y matices. Por eso yo creía a media asta, de duelo, dispuesto a quitarme la banda negra del brazo y seguir vestido alegremente a pesar de las épocas del luto. Ya no existía creencia, y si acaso existía no sabía mantenerme en ella, optaba por visiones más globales, por enemigos dignos de embestidas, ciudades sin murallas que derribar. Perdí la capacidad de creer en firme y con ella perdí a mi esposa, empecinada en armar caballos de Troya, castillos de naipes, trampas cazabobos, para destruir fortalezas asirías, para serrucharle las patas al sistema, para continuar con la obstinante retórica de los sesenta. Ella argüía la continuidad, el empeño, y tomaba como virtud todo aquello que yo abandonaba. Ya me cansaban los mismos discursos de treinta años, pasados de generación en generación sin ningún remozamiento, sin toques de maquillaje, los mismos símbolos, el martillo y la hoz, la heroica lucha del pueblo, el heroico pueblo y el diabólico sistema de cosas, la explotación del hombre por el hombre, el opio de los pueblos, pueblo, pueblo, pueblo... entronizado, santificado, pontífice y vicario de un dios obrero en la tierra. Sus discursos feministas, la guerra contra el condón, las ropas íntimas y la familia y la propiedad privada y el Estado. A la mierda. Yo, a veces, nostálgico, pensaba que tendríamos que serrucharle las patas al sistema, erguir el mazo; pero mi fe ha menguado, la gente fluctúa, sólo queda una roca doctrinaria y no puedo aceptar las alambradas que separan a los hombres entre malos y buenos. No creo. Sí creo. En la danza de Raiza, en los *pas de deux*, en los *demi-pliés* cuando surge del río a inmortalizar a Ofelia en un espacio hueco, sin otro elemento que su cuerpo para asumir la tragedia del rey de Dinamarca. Loca, desprovista de sensatez, se lanzó a las aguas heladas y se ahogó en corazones maduros como el mío.

Media casa estaba por el piso. Evidentemente, yo había estado allí intentando escuchar a Glenn Miller o a Toña la Negra, el único tipo de música permitido en aquel templo del cubismo que el viejo le había robado a María Bonita de Acapulco, donde los trasgos de la nostalgia eran las guarachas, la sensualidad del mambo y los densos boleros de Olguita Guillot. Abrí la nevera, saqué una botella de agua. Bebí al principio, luego dejé que cayera sobre mi cara y corriera por el pecho a través de mi torso lampiño. Di media vuelta, delante de una silla caída de lado, estaba Marta. Al comienzo la confundí con uno de los fantasmas, con una de las ficheras del Pasapoga o una cantante de La Fuente. Pero era ella.

Me recordaba a Virginia López. Tenía un peinado alto del que escapaban algunos mechones que caían sobre su chaleco azul marino. Qué raro. Era una Marta postmo. Hacía tanto que no bajaba a la playa que me sorprendí.

—Qué decepción —dijo—, yo esperaba que estuvieras con ella.

—¿Ah, sí? Eres tú. Ya la señora del frente me dijo. ¡Pero qué extraño! ¿Tú aquí?

Se sentó en una de las sillas del bar, que tenía piedras incrustadas, encendió un cigarrillo largo, muy a los cincuenta, a lo Grace Kelly. Me hizo sonreír.

—¿Y ella?

—¿Quién? —Miré alrededor—. ¿Estás improvisando un guión de telenovela? ¿Te reventaste la cabeza para decir «¿Y ella?»? Mírame. Estuve toda la noche abrazando la poceta. Aunque, pensándolo bien, hubiese preferido pasar la noche con alguien. A propósito, ¿con quién la pasaste tú? —La voz del hombre contestando el teléfono me sonaba como un martillo hidráulico en la cabeza—. Te necesitaba tanto, catira. Y tú a lo mejor estabas probando nuevos métodos para resolver los problemas de clase que te atormentan. —Me acerqué al bar y le lancé un abrazo. Ella volteó la cara y sólo alcancé a rozarla—. ¿Sabes? Ayer llamé a la casa y me contestó un tipo. ¡Un individuo, un macho, un sujeto, un cabrón, un maricón! —le grité—. ¿Y tú te apareces a preguntarme con quién pasé la noche? —Traté de acariciarla agarrándola por los hombros, ella se sacudió y yo de un sacudón la dejé clavada frente a mí—. ¿Quién fue la lacra, el cretino, el bicho que me contestó y tuvo las santas bolas de colgarme mi teléfono? Mi teléfono. Me sentí avergonzado. No quise volver a casa. ¿Te tomaste en serio lo de «yo con mi vida y tú con la tuya»? —Me dejó los brazos en el aire. Parecía que estaba sosteniendo un cuadro invisible—. ¿Al fin tuviste una aventura con el buen salvaje? ¿Habrás llegado al colmo del lugar común de buscarte un negro? ¿De Todasana acaso?

—Ya déjame. No seas cinico, no seas cruel.

—¿Cruel yo? ¡Si ni siquiera te he golpeado!

Nos quedamos callados. Ella recogió una copa quebrada, se limpiaba las lágrimas. Me sentía felizmente miserable. Ella estaba mal y eso me dejaba liviano, libre del peso de la cornudez. Me fui detrás del bar, me quité primero el saco, luego largué la camisa. Mis movimientos eran bruscos, aunque cansados. Saqué una copa nueva y la llené de ron. Con eso ofendía a todos los fantasmas que habitaban la casa. Ellos esperaban que la llenara de vino blanco, de champaña o por lo menos que intentara sacarme la resaca con un martín seco, era lo más indicado. Bebí largamente, hasta el fondo, y lancé la copa contra los ladrillos que hacen esquina en uno de los ángulos asimétricos de esta casa que recuerda al dictador.

—¿Por qué lo hiciste? —le pregunté. Ella se quedó muda debajo de una lámpara rota. Dije que los cuadros me recordaban al dictador, ¿a cuál? ¿Al primero o al último? La casa ensombreció los pequeños bloques pintados que, oscurecidos por la penumbra del mal tiempo, parecían el fondo de un decorado cubista. A mí me da la impresión de que en este país las dictaduras están ligadas al cubismo, al mambo y al tacón cubano.

—Yo pregunté primero —me retó Marta—. ¿Estuviste con ella?

—¿Estuviste tú con él? Pero, ¿quién carajo es él? Tú por lo menos tienes una idea, sabes con quién pude haber estado, pero ¿quién es esa basurita?

—¿Estuviste con ella? —repitió como una contestadota, buscaba desarmarme repitiendo la misma pregunta.

—¿Con Raiza? No. La vi un rato en la tarde, anteayer. Creo que no la veré de nuevo, por lo menos no hasta que represente su Ofelia. —Busqué otra copa en el bar, abrí la nevera y tomé una botella de vino blanco. Intentaba reconciliarme con los elementos que animan la casa. La descorché, le ofrecí, pero Marta se negó.

—Así que estuviste con ella. Eso era lo que quería saber. ¿Quién va a limpiar la casa?

Bebí la copa de vino, volví a servirme y me contuve para no batir la botella contra el piso, tenía rabia. Marta le daba un giro a la conversación. De repente lo enfriaba todo, parecía seguir el argumento de una telenovela y no le quedaba bien.

—¿Cuándo te ha interesado la casa del Coronel? En fin, la limpiaré yo mismo, o busco a una muchacha del pueblo, o no la limpio, es igual. —Me callé. Necesitaba odiarla, quería darle un golpe, volver al tema del cual intentaba alejarme—. ¿Eso era todo lo que querías saber? Sí, estuve con ella, estuve con ella. ¿Y tú con quién coño estuviste? ¿Empecé yo este interrogatorio? —Marta lloraba ahora copiosamente, hacía más ridícula la situación—. Puedes irte, retírate y vuelve sin ningún peso de conciencia, porque yo estuve con alguien. ¿Y tú? —Me serví de nuevo—. No, no estoy fuera de mí, quiero quedarme solo unos días. Nada de esto ha existido. ¡Qué asco! Me volví melodramático.

—¿Nada de qué? —encendió un cigarrillo.

—Nada, catira. Todos los hechos. Ni tú ni yo. Haber tenido lugares comunes, los baches, la necesidad de salimos cada cual de la vida de cada quien. —Ella intentaba secar sus lágrimas, parecía más pálida de lo que era.

—Yo pienso que debemos retomar...

—Lo único que puedes retomar son las llaves del auto e irte a tu casa. Estoy muy cansado para ponerme a remendar. Soy todo antimateria, y tú eres demasiado patética. Todavía crees que se puede ser héroe en la cotidianidad, que mi cabeza se quemó y tú te atreviste...

—¿A qué? —interrumpió ella.

—A buscarte un hombre. —Le respondí dejando la copa en la barra del bar—. Yo siempre creí que, llegado el momento, los cuernos no me importarían, siempre he creído lo que no es. Fíjate, toda mi madurez se fue con la primera aventura tuya. Soy elemental, paleolítico. Una mierda. Sí, me moviste el piso, catira. —Le extendí la mano—. Agarra las llaves. —Se las di y la abracé. Quería quedarme junto a ella, pedirle perdón con llanto y todo, respirándola, comiéndola, bebiéndola. Sin embargo, me separé de Marta, nos miramos un momento y me dio la espalda. Por lo menos, podía haber negado lo del hombre, pero se quedó callada, mirando dentro de mí como si observara un cuerpo en descomposición. Cogió una escoba y barrió los vidrios dispersos en el suelo. Los recogió y fue a botarlos. Regresó en silencio, tomó un vaso del bar y una botella de whisky, se lo sirvió puro e hizo el gesto de brindar, saludando mi entrada al mundo de las larvas. Bebió también hasta el fondo, lanzó las llaves hacia arriba y las atajó, apretándolas con fuerza. Dio media vuelta definitiva y dejó una estela de Martas degradadas en una ida triunfal. Quedaba algo de su imagen con las luces del mediodía. Sus pantalones de lycra, chaleco y peinado alto. Me temblaron las piernas y creo que lloré un poco.

—Al carajo.

Llené la copa y terminé la botella. Ya estaba a tono, dulcemente mareado, leve. Me conmoví recordándola militante en las marchas de la calle, en los pasillos de la universidad, trazando letras pacientemente sobre las pancartas. Sus posiciones siempre fueron las extremas.

—¿Y ahora qué, Marta? —Me tambaleé, comenzaba a hablar con la lengua estropajosa—. No nos queda espacio político ni espacio en la vida. —No nos quedaba nada por compartir aparte de los discursos con los amigos comunes, cada vez más reducidos, más fastidiosos; los lugares que nos alejaban, a nosotros que habíamos llevado la revolución, esa estúpida ofrenda, ese inútil punto de convergencia, esa gran intrusa en la cama, esa revolución que todo había simplificado y hacia del amor el producto de una factoría de afectos donde se le pone una etiqueta y se le endilga un cliché.

Tomé el teléfono y llamé a Ricardo. Repicó varias veces hasta que me respondió una voz oscura.

—¿Ricardo? Por favor ven, baja a la playa. Tengo que hablar contigo. Es personal. Me están pasando muchas cosas.

—¿Y tengo que ir a la playa para que me cuentes tus cosas? No, vale.

—Mira, es sobre la carajita. La necesito acá —respiraba agriadamente— Anoche me di cuenta, lo que necesita el Coronel es esa carajita en un cóctel de ostras, bañada en jugo de limón.

—Tú estás trono. Lánzate de cabeza al mar para que se te aclaren las ideas.

Me dijo que tenía sueño, que había amanecido curándole la pierna a un tipo, que me llamaría más tarde y que parecía una putica caprichosa.

—Estás loco, Tania es la sobrina de Daniel.

A mí no me importaba que fuese la sobrina del Ayatollah, sabía de sobra quién era Tania, qué quería. Y si estaba en lo cierto, ella terminaría por aceptar salir de aquella pestilencia, abandonar las catacumbas y venirse con el hijo del Coronel a su casa de la playa. Era una idea absurda, pero menos me acostumbraba a la perspectiva de quedarme solo, sin Marta, con la eventualidad de Raiza.

Podía hacerla mi mujer, casi deliraba. La veía en un traje de novia corto, escarchado de arena. La veía en una noche azul en la casa de los amigos del dictador, en los cuadros del dictador, sonriente, con su sonrisa de martini seco, en las escaleras de Music Hall de mi viejo, aquí. De aquí era Tania, se me antojaba. No de aquellos desfiladeros de Arizona. Ella tenía caderas de rusa, nombre eslavo, tenía ojos perdidos en sus propias claridades. Me la imaginé en una troika como a la pequeña Natasha de *Guerra y paz*, perseguida por el turbulento Peter.

Ricardo comprenderá. Porque ésta no será como Raiza. Ella será como las estatuas de las Tullerías, una adquisición ungida de perennidad, que estará a mi lado en daguerrotipos, en fotos sepia, revelada en los laboratorios de esta casa, hecha para pasar la guerra. Qué destrozo. Había asumido la máscara de Lord Byron; ese romanticismo desmedido, inmoral, no me molestaba. Todo mi despecho se trasmutaba en una aceptable cursilería. Por ejemplo, viviríamos con el resto del dinero que me había dejado el viejo y con los derechos de autor de los libros que escribiría. Estas babosadas de enamorado eran una forma de aferrarme a la compañía estable, al amor conservador, a la posesión de una loba siberiana que sustentara mis años maduros. Una idea: la pasaríamos arrastrando los dedos de los pies por la playa y arrancando caracoles y almejas de la arena mojada. Ricardo comprenderá, sí, la fidelidad. Es muy joven, pero la fidelidad no se puede sacar por los años y hasta sería el colmo de ese romanticismo dejarla ser infiel. Sería el más no poder del amor estúpido esperarla a que volviese a mi lado a elevar un cometa en las tardes de la playa roja, cuando el sol se oculta sin nubes, o cuando se oculta con nubes. Ricardo se podría imaginar, y era verdad, que estaba desbordado y manquésimo por ese súbito amor. Volví a llamarlo.

—Bájala, coño.

Me contesta que no puede, que si es cosa de Daniel, que más que mujer era una niña, la sobrina del fanático. Y qué me importaba que fuese quien fuese. Imaginé los ojos luminosos de Lord Byron mirando con voluptuosidad a su hermana. El podía traerla un momento en su moto. Si no la traía era porque no quería. Lo de que era una niña era un pretexto, no sé cuándo se convirtió en un pretexto porque antes, o en otras partes, la mujer era casadera desde los doce.

—Si no la bajas, me mato —habló por mí el joven Werther— Siento que me estoy muriendo, no puedo tragar. Ese monte que me diste me hizo daño. Vente, pana. Y si vienes, tráete a Tania.

Cuelgo el teléfono y me quedo en lo profundo de un arrepentimiento por tanta cursilería, por la irreflexión de querer mirar a Tania en pantaletas blancas, la boda, la copa de ostras en que se sumergía. Pude haber llamado a Raiza, quizás podía interrumpir su *Hamlet* por un rato y pasarlo conmigo haciendo un *demiplié* sobre mí. Estoy compulsivo y solo. A medida que ordeno la casa se acrecientan mis culpas. No resuelvo la contradicción, me siento terriblemente cínico y no puedo controlar un impulso, nada erótico y todo romántico. Necesito nuevos tragos y me convenzo de que no es inmoral el deseo, y con la claridad típica de los intelectuales justifico toda relación con una menor de edad, así como ayer justifiqué el consumo de marihuana muy a la sombra.

Pero es condenable, ¿verdad, Tania? Uno debería tener principios, debería convertirse en un reducto, pero me gustan Glenn Miller y la casa de los amigos del dictador y todas las posibilidades de trasgresión, porque sé transgredir, se debe transgredir a gatas, hasta el punto en que simulemos enseriar la vida y no se pueda vivir de trasgresiones públicas. La vida siempre será adaptable a nuevos valores.

Los que yo poseo, Tania. He aprendido a conducirme en el doble juego de la moral. Y uno puede dejar de ser mediocre, dejar la paranoia de creerse juguete del sistema por todo, olvidar las ganas de transformar las cosas porque el sistema es una mierda y el país y la misma vida. Las cosas deben quedarse donde están y quien no las quiera así debe aprender a transgredir, a hacer trampas, a estar un poco con Dios y con el diablo. Este principio no es original, ha sido practicado por las aristocracias rancias, por los hombres de poder, en todo tiempo. En *El Gatopardo* leí que hay que cambiar todo para que no cambie nada.

Tengo que rellenar el hueco, llamo a Raiza, que más tarde llega espigada, mecida por las palmeras. Su pelo se le pega a la piel de la cara por el sudor. Lo usa corto. Deseo besarla y no sé si los debates interiores, si tu cara de loba siberiana me van a dejar ser un poco menos, estar al lado de alguien que me dará un breve ciclo de ternura y placer esta noche en la que tanto te necesito, Tania.

Era tarde cuando Ricardo salió de su casa. Abandonaba un espacio húmedo de paredes desconchadas, de vapores adherentes, de alcoholes que impregnan dejando de ser volátiles para quedarse siempre en botellas destapadas, en vasos sin lavar, en el aliento del padre. Su casa oscurecida calaba con miedos por aquellos cuadros harto comunes de viejos ebrios tocando violín y velorios de vírgenes *favorecientes* desde sus santuarios, disponedoras de intercesiones desde los atrios. Ricardo le rezaba a Santa Rosa, a la Virgen de las Mercedes, y al darle la espalda puteaba y se llevaba el puño al pecho.

En la calle un grupo de muchachos fintea, dribla la pelota e intenta hacer canasta en la herrumbrosa cesta. Se sigue repitiendo la rueda de los jugadores. Antes eran Daniel, Germán, el Coronel, con sus torsos desnudos, quienes intentaban acertar en el arco ladeado, mientras Ricardo los contemplaba balanceando sus piernas, sentado sobre el borde del muro, picaba trozos de queso silbando a las muchachas y bebía de una botella de anís.

Ahora Daniel lo espera montado en la parrilla de su moto. Ricardo sabía que lo esperaba. Llevaba días planeando algo y quería involucrarlo. Rondaba acechante sin proponerle nada concreto. ¿De qué se trataba? ¿Por qué a él, si todos saben que fuma? Lo aborda constantemente con preguntas sobre el Zucaritas, sobre el Biuti, sobre el ir y venir del trajín, sobre el tráfico descarado e impune.

Ricardo se enteraba. No siempre por casualidad, sino por empeño, de su necesidad de manejar los secretos de quienes juegan en la compraventa. El poseía la liviandad, la capacidad de escuchar en el momento oportuno, ése cuando alguien quiere revelar intimidades en medio de los vapores del alcohol y las trabas de la coca. Ofrecía un Valium en la palma de la mano, sobrellevaba la ira de los compulsivos, daba su hombro. Aquella bonhomía le proporcionaba información, ¿y de qué le serviría saber cosas que le acarrearían problemas? Era cuestión de poseer la otra cara de la moneda, de llevar en los labios la oscuridad de los demás, de poder ser confidente de los amigos y estar a punto de una alerta oportuna, o simplemente era la vanidad de poseer los secretos de otros lo que lo convertía en confidente.

A medida que se acercaba a Daniel recordaba la voz acuciante del Coronel, sabía que tendría que acceder, complacerlo en retribución de los favores recibidos al compartir bajo el helecho anciano las angustias imprecisas de las horas en que las luces se encendían y la noche apagaba el mundo.

De una forma u otra tendría que llevar a Tania a la casa de la playa. A pesar de Daniel, de la intención de preservarla de cualquier acechancia. Sólo Daniel la acechaba con cuidados paternales e irrisorios. Cuando le decía a los que se acercaban a ella que Tania era un asunto político, su ridiculez lo revelaba como un manipulador soterrado. Por eso Ricardo se reía de él. Sabía que lo del carácter político la preservaba para una utilización futura. Su paternidad era la del criador de prostitutas que se venden en los momentos difíciles, a cambio de bebida y calor, de un terreno donde pisar. En cualquier momento la convertiría en mártir de una de sus alocadas cruzadas. La inmolaría en la piedra sacramental de los medios que justifican sus fines.

Ricardo fumaba y, a veces, olía. No le importaban los señalamientos de los del grupo. Ni los dedos acusadores de las viejas, ni el acosamiento de los jíbaros a los que adeudaba. Comprende que la obsesión de esa lucha en contra de las drogas trasciende a los jueces. Comprende que la moral no es otra cosa que una forma legal, lícita e indiscutible de represión.

—Quiero hablar en serio contigo —hizo el gesto de encender la moto— Quiero precisar unos datos sobre el Zucaritas.

—¿Y por qué me preguntas a mí? Yo no lo sé todo.

—Porque tú lo conoces bien.

—¿Yo?

Ricardo había salido tres veces con el Zucaritas, con eso le bastó para saber. Lo había invitado a tomarse unos tragos a un bar de Sabana Grande, se había arrebato con el gordo y le permitía que le diera en un cachete como diciendo *Is a good boy*, en su intento por emular a los gánsters de Chicago. Daniel podía poseer la misma información, podía recurrir a cualquier otro, pero confiaba en Ricardo por su vocación de confesor.

—Ya te lo dije, le gustan las tiernas.

Pensó en el Coronel, en Tania, en el carácter político de Tania. ¿Pero en qué podría este loco utilizar a la muchacha, si el Zucaritas sabía a quién montar en su Continental para llevársela a alguien? Quizás era parte de su trabajo, porque el Zucaritas nunca mostró ningún deseo sexual, siempre se mantenía frío, y allí, según él, radicaba el éxito de sus operaciones. Ricardo trató de cambiar de tema. Le comentó la llamada del Coronel.

—Ese tipo está loco, es un insensato —dijo Daniel.

¿Pero acaso Daniel no recurría a la insensatez ahora, cuando necesitaba información? Ésa era una palabra muy mal colgada en la pared, era una pintura sin motivos, de rastros difusos, ladeada. La insensatez era llevada por cada quien en el puño para echársela en la cara al otro en la primera oportunidad propicia para mermar su moralidad. Ricardo le dijo que llevaría a Tania a la playa.

—Claro, si ella quiere. No te preocupes, que el Coronel es un gato, pero sin garras.

Por un momento Daniel tensó los labios, quería lanzar cualquier calificativo que dejara corto al de cabrón. Pero necesitaba saber más del Zucaritas, era fundamental darle redondez a todo conocimiento, limarle las puntas y soltar el barco del dique. Daniel quería al Zucaritas fuera del barrio.

—¿Y cómo la vas a convencer? Ese loco se fue hace mucho tiempo y tiene mujer.

—Pero ella vendrá.

Ricardo lo sabe, por eso se dispone a negociar. Nada en realidad lo obliga a servirles a sus amigos cada capricho convertido en manjar. Aún así, el Coronel podía contar con él por el sólo hecho de pertenecer a una misma camada, al desorden de copas, a un fregadero lleno de platos que nadie iba a lavar.

—Pero yo necesito a Tania —Daniel se dio una pausa para pensar— Al gordo le puede gustar, tú sabes.

—Ah, vaina. No metas a la carajita en esto. El gordo Zucaritas no las quiere para él, ¿no entiendes?

—Entonces ¿para quién?

—No sé. Luego te digo, palabra de honor. ¿Vas a dejar que la chama venga a la playa?

—Háblame del gordo. —Negociaba, regateaba como en el mercado— Si me dices para quién las quiere, puedes llevártela.

Se quedaron callados, daban por cerrado el negocio. Daniel se bajó de la moto. Desde la casa de los mundos sombríos una mano pequeña y blanca, lisa como si no tuviera líneas, lo saludaba.

—Es ella-dijo Daniel— ¿Quiénes somos nosotros para negociarla?

—Eso mismo te iba a preguntar. —Ricardo le hace un ademán de que lo espere, estaba seguro de que la proposición de ir a casa del Coronel le gustaría—. No te des mala vida. Tú, al fin, la tienes dentro de un plan, y el Coronel puede ser una especie de salida para esa carajita.

Daniel sonrió al pensar en la salida que podría significar el Coronel, una trepadora parásita que se comía la herencia de todos. La herencia política, la herencia moral, la herencia del padre, el sueldo de la esposa, los intereses bancarios, la renta del apartamento del barrio. Era una trepadora venenosa, aguijoneante, un papagayo a la isla que se tornaba lejano en su vida, pero amenazante ahora, podía tomar en sus manos la hebra con la que se tejía su plan.

¿Por qué buscaba a Ricardo?, volvía a preguntarse y se encontraba con la misma respuesta, así como era llano, era confiable. No tenía rollos con la conciencia, con los principios. Sin embargo, era el único que tenía el coraje y el poco escrúpulo de ayudar a los amigos. Era su amigo, como lo era del Coronel, y por eso el negocio y la puerta franca del faro. Fue a su casa, extendió sus manos hacia la cama, que era un alboroto de cobijas, tablero y piezas de ajedrez. Daniel tomó un cuaderno y un bolígrafo. Con mala letra había trazado unos datos en él.

CARLOS GODOY PACHECO (a) ZUCARITAS: 36 años, antiguo vendedor de enciclopedias y chofer de la Procter & Gamble. Implicado en casos de doble juego. En el 83 practica el contrabando, trafica con éter y acetona.

Cierra el cuaderno, sale a la calle. Algo no encaja. Llama a Ricardo, que está en la puerta de la casa oscurecida y vuelven juntos al faro. Se sientan.

—¿Ahora qué quieres?

—Que me dictes.

—¿Me vas a levantar un expediente?

—Coño, hicimos un trato.

—Bueno, chico. Escribe ahí. Pero acuérdate en lo que quedamos. —Ricardo se rasca un párpado, piensa—. Aquel hombre me dijo en una pea que nos echamos en el Mico de Oro que él no se llamaba como le habían puesto en la pila bautismal. El era el Zucaritas, y hasta cierto punto de Kellogs, porque trabajaba para una trasnacional, siempre proporcionaba material blanco a los ratones. Les entregaba pasta a los gatos de basurero y por eso lo querían. En el 83 el gobierno estuvo a punto de matarlo. También lo tenían en el guiso los que le habían comprado, tú sabes, él siembra y recoge. Entonces se fue con lo del chantaje al ministro, con lo de querer hablar en el Congreso y lo dejaron quieto. Él es el rey Zuca, dejó la compañía transportista, dejó lo de traer éter y acetona, lo de llevar clorhidrato, es un hombre de confianza, trabaja cerca del Ministro, no es de la mafia, ni de la camorra, ni de ningún cártel. Habla inglés, viaja a Miami, tiene credenciales del Ministerio, trabaja con un comisario. Parece que le arreglaron los papeles, porque estaba solicitado como desertor.

Ricardo se muestra nervioso, se echa en la cama y pregunta:

—¿Puedo encender un tabaquito?

—¡Estás loco! Aquí no.

—Entonces, si quieres que te siga echando el cuento, vamos a mi casa.

Ambos suben las escaleras que dan a la casa de Ricardo. La casa de mundos insólitos tenía la puerta abierta. Desde sus oscuridades se presentían ojos que espiaban. Entraron. Daniel recibió el vaho de muchas noches y muchos días de escape, la adherencia a las paredes de una humedad alcohólica, los ronquidos profundos del viejo.

—¿Por qué tú no hueles?

Ricardo le rodea la espalda con el brazo:

—No te creas, a veces sucumbo, como cualquier oso hormiguero.

Se sentaron, Daniel en una poltrona y Ricardo en el sofá, donde se puso a enrollar cuidadosamente un fino tabaco. Lo prendió. Se le humedecieron los ojos, tragaba con esfuerzo. Daniel trataba de evitar el humo, estaba impaciente. Se llevaba el bolígrafo a la boca, releía lo anotado en el cuaderno.

—¿Entonces?

—Entonces quedamos en que el Zucaritas... —Ricardo aspira y retiene el humo sin dejar de hablar, lo suelta como conteniendo un pujo, como si un gas le presionara el pecho, le rasgara la garganta, ratificándole las bondades del monte— no era un santo, porque antes hacía lo mismo que hace ahora. O sea, buscar hombres arruinados, hacendados con mala racha, comerciantes en la quiebra, gente endeudada, pues los mete en el negocio, les pinta un futuro bonito con lo del tráfico, les vende él mismo la mercancía, y cuando todo está listo vienen los hombres del comisario y allanan. Lo del Zucaritas es un negociación. Así me lo dijo, de frente, porque él tiene a quién chantajear, goza de la impunidad de los que han traficado con armas del ejército. —Ricardo aspira más duro, sonrío, le ofrece a Daniel, que niega con la mano—. Fíjate que llegó a decirme que pasó armas del ejército a la gente del ELN colombiano. Algún coronel o general se las vendía a buen precio. Tenía un contacto con los del otro lado, pero se supo todo.

Lo llaman el Comandante Ruiz y le avisan del alto mando que se transporte del Táchira a Yaracuy para recibir un cargamento de armas. Obedece. En Yaracuy lo apresa un comando especial, lo fusilan y lo muestran a la prensa como abatido en un enfrentamiento con un grupo guerrillero colombiano.

Fumó de nuevo, esta vez se quemaba los dedos, sacudía la mano para calmar el ardor.

—También estuvo metido en el contrabando de coca a la... no sé. A una de esas islas del Caribe. Agarraron a los tipos y el hombre que llevaba el cargamento se fue de boca. Allí intervino no sé quién. Extraditaron al pobre tipo a una cárcel de aquí, para que lo chucearan al otro día. Su mujer sabía todo y amenazó al gordo.

Era la hora de la novela y estaban reunidos frente al televisor. Un hombre vestido de negro tumba la puerta de una patada y los ametralla. La prensa no mostró los cadáveres de los supuestos narcotraficantes

—O sea, que los quebraron. Zucaritas sabe demasiado. Ya te dije, una vez lo dijo en el Congreso, luego lo desmintió. Ése es el salvoconducto, como él dice, para seguir ileso en el negocio. Tiene esta zona, vende y afuera dirige operaciones «profilácticas» yo no sé con quién. Pero es a ése al que le gustan las carajitas. Y debe de ser de más peso que el Zuca, porque éste lo halaga consiguiéndole tiernas para pasar la noche en hoteles cinco estrellas aspirando, presenciando el *show*. Escucha, entiende, déjate de pendejadas con eso del frente y que antidrogas. El Zucaritas no es bolsa, no tiene miedo de hablar, de fanfarronear, porque mientras más hable, más seguro está.

Terminó de fumar y lanzó el cachito, que se había apagado, en un matero. Daniel miraba el cuadro de Santa Rosa como pidiendo una respuesta. Alguien debía interceder por él, alguna idea grande le tenía que venir aunque fuera del cielo.

—¿Y si la usamos?

—¿A quién?

—A Tania.

—Se te está pasando la mano, loco. Además, ese *usamos* me suena a Poliedro. Tú déjame fuera de eso.

Daniel se levanta, sale, toca la puerta de la casa que guarda secretos y se pierde en sus sombras. Ricardo se da cuenta de que, una vez más, el loco está tejiendo sus barbaridades y que él se ha dejado utilizar estúpidamente en la urdimbre de una telaraña. ¿Cómo era posible que no se hubiese dado cuenta, que no se sumergiera a fondo como él lo estaba, en las xerófitas azules de su nota y entendiera la inutilidad de enfrentar un engranaje de múltiples piezas, un tumor que ha hecho metástasis en todos los estratos? Pensó que ahora más que nunca tenía el deber de salvar a Tania. Si se iba a cometer una locura, él evitaría que ella participara. Cerró los ojos, pensó en el Coronel, estaría tirado bocarriba con un vaso de ron en la casa de los amigos del dictador, muerto quizás, lejos de toda intriga que involucre cortejos fúnebres, obsequiosos insomnios, arrebatos de heroísmo que conllevarían a los finales sin gloria de quienes no encontraban sosiego en su testarudez. Vagaba en las espumas marinas, enterrado de cuerpo entero en la orilla de su playa. Pero ¿estaría solo? Raiza quizás había bajado a curarlo de su enfermedad de animal gregario.

Ricardo se asoma por la ventana de vidrios basculantes y ve cómo Daniel se acerca a Tania, cómo discute con ella, agita los brazos, junta las manos, arrima su boca al oído de ella y a veces sacude su cuerpo, tira de él y lo hace chocar contra el suyo. La está comprometiendo. Ricardo sale, no se ha echado colirio y sus ojos parecen dos grandes soles en el ocaso. Saluda con la mano, hace señas de que lo esperen, ya está con ellos para compartir la celebración de aquella impostura de aros de compromiso. Se acerca y atrae a Daniel hacia sí.

—Un trato es un trato.

Va donde Tania y la besa. Aquél era su gesto, la manera de pactar, de distraerla de las obligaciones adquiridas con un mundo circunscrito a su casa y a su tío.

—¿Quieres venir mañana a la playa? El Coronel nos invitó a pasar el día con él.

—¿En serio? ¿A mí también?

—Claro, princesa —le tocó ligeramente la cara con la punta del dedo— ¿A quién más? Yo soy muy feo para que se pase el día conmigo.

—Bueno, pregúntale a mi tío Daniel. Él dice que tengo que ir a una reunión del grupo.

—Ven. Seguro que te cuentan después. Además no es importante ir a esas reuniones. Siempre hablan de lo mismo, ¿verdad, Daniel?

—Claro, ve con él.

Ricardo miró hacia arriba y vio el cielo despejado, con sus ojos crepusculares armándose en cúmulos y cirros. La llevaría lejos de la locura de Daniel, hacia la insana inofensiva del Coronel. Llevaría a la virgencita con traje de novia muy corto para lanzarla en una copa de ostras aderezadas con limón y le brindaría la oportunidad de nadar, hasta sustraerse de un mundo denso, hacia la superficialidad de una tarde de playa. Única, como todas las tardes de playa, sin repeticiones, porque en ella no hay cambios, sólo hay una inimitable postal disímil a los barullos de las cruzadas, de las promesas. Allí la dejaría, en el tibio aliento dulcificado por el vino del Coronel, quien no había aprendido a vivir sin desear lo prohibido.

El auto avanzaba por la avenida, mientras otros se detienen, esperan los cambios de luz, el paso del peatón. Es poco común encontrar en esta ciudad agitada una avenida que a pesar del intenso tránsito dé la impresión de ser una boca satisfecha, tranquila en su recogimiento y estiramiento de la piel.

Zucaritas va dentro del auto, no deja de hablar. Siempre comenta incidentes repetidos en sus anécdotas que, de tanto contar, se hacen intrascendentes, fastidian a Charly. El ve por la ventanilla del Continental blanco, fija su mirada en las muchachas que llevan sus libros y arrastran sus pasos por las aceras, vienen o van de los liceos, se reúnen en grupos en las esquinas, ríen por sus bromas, por puro reír y dejar a los demás con una seriedad cotidiana. Les mira las piernas apenas sombreadas por el vello, frescas por el masaje de los jabones, rosadas aun siendo morenas, porque a esa edad todo es terso, limpio, blanco, todo vello sale ralo, y los olores se entretajan en los poros, olores ácidos como las manzanas fermentadas de los estados de Nuevo México y California.

Se abre el portón de la embajada y el auto entra. Zucaritas sigue hablando de los malos tiempos que se avecinan, de esa lluvia que arrasa plantaciones y destroza las cosechas, de los cerros que se vienen abajo y de lo cerca que estuvieron la última vez de echarles mano. Habla de las cervezas que se tomó con el hombre de la textilera. Había titubeado, no estaba convencido, pero al final entraría en el juego, como todos. Aun así, Charly recordaba las penas de la última operación.

—Lo de las Carolinas tiene disgustado al jefe. De vaina no caímos.

Habla el idioma con naturalidad. Limpia su frente con un pañuelo azul, hace una especie de chasquido, protestando su brillante e incipiente calva.

—No es para tanto, man. El embarque se entregó, los muchachos se comportaron, no se contradijeron al declarar y ya están de vuelta.

El gordo Zucaritas pronunciaba queriendo dar la entonación de los chicos malos de Chicago, del hombre con el rostro endurecido y el cigarrillo impertérrito haciendo esquina en la boca: *The come back's boy*. Se imaginaba una secuencia en primer plano de *Los intocables* mientras caminaban por los pasillos de la embajada, tomaban el ascensor, recibían el saludo de un soldado alto y rubio.

Charly presiona el botón del quinto piso, las puertas se cierran, ambos quedan mirando al techo, a las luces que se pasean de un indicador a otro.

—El jefe no quiere errores, esa broma no puede repetirse. Zucaritas, estás relevado.

El hombre gordo no se inmuta ante la comunicación del chicano, sabe que sólo es otra amenaza. Conoce demasiado, no va a quedar como un jibaro silvestre, angustiado en busca de proveedores y huyéndole a sus antiguos y verdaderos enemigos: los que trabajan de verdad en la siembra y distribución. Le propondrá salir de nuevo. Charly espera un buen paseo, una buena carne y él ya le ha conseguido a la más preciosa muchachita de Catia. Salen del ascensor, se detienen frente a la oficina del chicano, éste saca un manojito de llaves, introduce una en la cerradura, da varias vueltas y la puerta se abre sin necesidad de empujar, así es todo en la embajada. Funcional y limpio, como si se tratase de uno de sus Memorial Hospitals. Charly se sienta en la silla reclinable detrás del escritorio, toma una carpeta, lee, ignora al Zucaritas, dejándolo de pie, inmenso y gordo, semejante a un elefante marino.

Dos meses atrás, Zucaritas compra cien kilos de cocaína en Colombia y los traslada desde Cúcuta por carretera, escoltado por hombres de confianza del Ministerio. Se los entrega a Charly mientras come una hamburguesa doble en el McDonald's de El Rosal. Éste guarda parte del alijo debajo de la silla, lo cubre con sus piernas. Dos hombres altos están a sus espaldas. Charly le ofrece al gordo quedarse un rato más, tomar otro refresco. Uno de los hombres hace sonar los dedos, y vienen dos muchachas a la mesa.

—Hoy vamos a dar una vuelta —dice Charly sonriente.

—¿Salimos? Pero ¿hoy?

El Zucaritas mira a las muchachas, no tienen más de quince años. No sabía si ofenderse íntimamente porque Charly las había conseguido prescindiendo de sus servicios de vieja celestina.

—Pero si tenemos esto —dice alarmado— hay que estar en La Carlota.

Charly toma una servilleta y se limpia la boca. Luego saca un pañuelo azul de uno de los bolsillos del saco y se enjuga las entradas de su cabellera. Siempre chasquea con la boca. Se siente impune, inaccesible a las leyes y por encima de la justicia, porque trabaja desde ella y para ella, para la más perfecta, la más acabada, la más poderosa de la tierra.

—No hay por qué preocuparse, gordo. La mercancía pasará la noche en la Embajada. Mañana sale.

Tiende la mano a una de las muchachas y camina sin esperar al gordo. Los guardaespaldas recogen las talegas, se abren paso entre la gente. Detrás de ellos va el Zucaritas. Los guardaespaldas montan la carga en un auto y se van. El chicano queda solo con las muchachas y el gordo, ataviado de capo tropical con guayabera ancha, sombrero blanco ladeado, pantalón de lino y zapatos de cuero flexible. ¿Adonde irían? Estaban a punto de terminar con la operación en Caracas. Todo debería estar regido por la exactitud de los cronómetros, y sin embargo, la parsimonia de aquel funcionario norteamericano con cara de indio, impostando a John Wayne, lo confunde. Se montaron al Continental.

—¿Vamos a la playa? —preguntó Charly. Tocó en el hombro al chofer y éste emprendió la marcha haciendo sonar los cauchos. La ciudad pasaba fuera de ellos, callada, luminosa y rápida. Echó un poco de coca en una bandejita de plata, la dividió en seis hileras, aspiró. Le ofreció a una de las muchachas para que después la pasara. Había dejado caer la cabeza hacia atrás, veía cómo dejaban atrás los puentes, los postes de luz y el cielo en una pantalla donde corrían secuencias veloces de las estructuras de la ciudad. Las muchachas tenían la nariz roja, la bandeja llegó vacía al Zucaritas. El chicano sonríe, le gusta verlo humillado, despojado de su seguridad de gárrulo—. Sírvetela tú, mierdota.

En la frontera de México un grupo de hombres, mujeres y niños espera ser montado en un camión que transporta reses. Junto a ellos está Charly, al lado de la hermana, apretando su mano a la de ella, que a su vez la apretaba a la de otras compañeras de viaje. Llega la hora. Apartan las boñigas del piso y se echan, acomodándose en un rincón que queda oscuro cuando los hombres de afuera los cubren con una lona. Se escuchan los eructos de los viejos y los embota el olor a bosta y pedos que suenan cada vez que el camión da un salto. Busca dormir sobre las piernas de la hermana, extiende todo su cuerpo a través de otras piernas y siente las manos de aquellas niñas perderse en su pelo. Ninguna en particular lo acaricia con ternura. Aquellas piernas, apenas

velludas, despiden una acidez que disipa los olores a miseria, a tráfico de hombres, y queda sólo piel morena rasguñada en su rosada expresión de juventud, a pesar de haber caminado muchos kilómetros para dar con el camión que los conduciría al otro lado de la frontera, a los trabajos de sótano, de oscuridad, vencidas por bombillos donde se cosen overoles para obreros duros e inexpresivos que las detestan cuando las ven caminar temerosas por las calles, entre puerta y puerta, entre negocio y negocio, donde compran los víveres, entre escondrijo y escondrijo, donde arman sus viviendas, hasta que llega uno ebrio, amenazante, y se las lleva a un rincón para satisfacer sus deseos de humillar a una raza que siempre ha creído inferior, que siempre ha sido derrotada, que aún tiene piojos y que debe estar silenciosa bajo sus amplios pechos teutónicos, que amenazan con denunciarlas a la policía de fronteras para que las devuelva a sus realidades de desiertos y frijoles, a esa sensación de tener la grandeza cerca, el aire y el agua puras, el bullicio del progreso encamado en cajas sonoras, en secadores de pelo, en maquillaje, en enlatados, cerveza, vestidos que nunca se pondrán y autos a los que sólo se subirán para vender su sexo. La grandeza de los hombres de ropas verdes, de escopeta en mano, sembradores de miedo, fundadores de cabañas y moteles. El vencedor, quien da la sensación de inmensidad tangible, esa inmensidad que las ha impelido a burlar la frontera para subir un escaño en la condición humana.

El pequeño percibe los malos olores en contraste con el olor ácido y limpio de aquellas piernas, el miedo al futuro se desmiente en los dedos que hurgan su cabeza y lo acarician, lo comprimen contra un vientre y él se mete debajo de la falda y encuentra una seguridad expelida por los vellos ralos de las almejititas que chupa buscando un sueño profundo. Ese último recuerdo de aquellas piernas desaparece luego de bajar del camión y tener que correr a campo traviesa para salvarse de los rangers de la frontera que lo persiguen tirados de sus perros. Nunca sabrá más de su hermana. Nunca sabrá de las piernas. Lo recogerá una familia campesina, a la que han negado el derecho de adopción. Allí crece, en los graneros, hasta que puede estudiar y seguir el camino de la Academia de Policía.

Primero tuvo la tarjeta verde. Luego le dieron la ciudadanía norteamericana, gracias a una de las tantas amnistías. Decidió hacer una carrera que lo lleve a esos escaños desde donde se puede ver la tierra del navajo sin tener nunca más el temor de ser devuelto a ella. Llega a la División Antidrogas, a la siembra y persecución en las tierras que antes le habían sido hostiles.

Siempre ha perseguido aquellos olores ácidos, aquellas pieles rasguñadas que pueden estar en cualquier adolescente.

El auto se detiene en un lugar oscuro, a un lado de la carretera del litoral. Charly descorcha una botella de vino, sirve en copas altas y beben con la luna resbalando sobre sus cabezas. En la bandeja de plata dibuja de nuevo líneas blancas, y la pasa y las aspiran.

Trabaja en la policía antidrogas que va más allá de las fronteras y es miembro clave de la política dura con la mano derecha y la política suave con la mano izquierda, que propicia y favorece el tráfico implicando en la siembra, en el combate, en el negocio del siglo, a perso—neros de las administraciones políticas de países latinoamericanos, para luego denunciarlos como incompetentes para chantajear, presionar y luego ofrecer ayuda. Esa era su labor, crear victimarios, darles poder de penetración en su país, víctimas de cárteles y de capos que han superado a sus estados convirtiéndose en estados poderosos, independientes, financiados por el capital de las antiguas mafias. Pero aún imbuido en aquel trabajo de facetas oscuras, emplea sus energías tras la búsqueda de olores que le disipen la boñiga y la flatulencia de aquel camión, de esta vida.

Zucaritas y el chicano regresan del litoral a las cuatro de la madrugada, dejan a las muchachas aturdidas en la puerta de una discoteca. Charly saca el pañuelo azul, lo pasa por la calva incipiente, vacía medio pitillo, se lo lleva a la nariz y echa la cabeza hacia atrás. Queda como dormido. Al bajar la cara se da cuenta de que está sangrando. Pide pañuelos de papel, se limpia. Las puertas de la embajada se abren, muestran las credenciales, caminan primero por los jardines y luego por amplios pasillos vacíos, como si se condujeran por una morgue. Charly da la orden de abrir la bóveda. Inmediatamente vienen dos guardias, toman las talegas, se las echan al hombro. Se montan en el auto y dejan una estela de humo de cauchos, rumbo al aeropuerto.

Entran a la pista sin más señales que un cambio de luces y se dirigen al hangar de las avionetas de la embajada. Sin embargo, la avioneta que aterriza a los pocos minutos no tiene banderas ni signos. Adentro esperan dos hombres. Los chicos del Zucaritas. Éste les sonríe y le devuelven el saludo sin énfasis. El chicano chasquea porque es hora de callar, de montar la carga. Todo lo referente al embarque lo excita, le recuerda la carretera oscura, el camino lleno de estiércol, el hacinamiento de los inmigrantes que lo condujeron a refugiarse muy adentro de sus primas. Le recuerda la pradera, los rangers, los perros, una carrera desesperada por perderse entre las siembras de maíz y encontrar los graneros seguros donde podría pasar la noche sin ser sorprendido y devuelto.

El viento lo despeina dejando al descubierto su calvicie. Patea, las hélices comienzan a girar, cobran fuerza, la avioneta se mueve y emprende vuelo. Despega hacia Puerto Rico, donde los esperarán para darles combustible con el fin de que culminen felizmente el viaje a las Carolinas. A los dos días la noticia estalla, corre por todo el mundo. Los federales y la policía dan un gran golpe. Confiscan un cargamento. El vocero del Estado dice que hacen esfuerzos por ubicar el país de origen y los países que sirvieron de puente. Los narcotraficantes han huido.

Todo había salido perfecto, pero uno de ellos decide no ir a Miami, como estaba planeado. Quiere pasar una noche en Nevada, entre coristas, respirando el oxígeno de los hoteles de Las Vegas, cegándose con las luces de los casinos, gastando su parte, perdido en el frufrú de las ropas de baile, de las candilejas de los espectáculos, en los muslos caídos de las prostitutas que pudo pagar, quienes pudieron darle placer por los pocos dólares que se convirtieron en sospechosos para la policía. Se quedó más de lo debido. Entonces lo apresaron y dijeron que estaba lavando dinero. Él no sabía sino aquellas bruscas palabras que invitan a la cama, y hacen que le atiendan en los moteles de carretera. No utilizaba el inglés aprendido por un empresario venezolano que ha ido a gastar su dinero en Las Vegas con las peores putas de la ciudad. Era evidente. Pide hablar con el vicecónsul en Miami. Lo trasladan. Alguien ha dado la orden. Éste se comunica con Charly, que vuela a Florida después de hablar con fiscales, conseguir permisos y establecer contactos con el FBI. La complicación, al principio, parece grave. Las autoridades federales del estado de Carolina lo reclaman. Recelan, atan cabos y tratan de relacionarlo con el cargamento encontrado en el Estado. Charly «se mueve a nivel» del departamento de justicia. Toca ciertas teclas del sistema y convence al fiscal de que todo es política de Estado, que el asunto viene del Pentágono, del gran jefe. Pero es tarde, han constituido un jurado al que se somete al venezolano. Sin embargo, no pueden comprobar más que una ofensa criminal por estar en territorio norteamericano con la visa vencida y dinero de dudosa procedencia. A pesar de la apretada situación, el chicano se siente satisfecho. Es mérito suyo la habilidad con que ha podido proteger el plan de un gran escándalo en las páginas editoriales de los periódicos importantes y en las bancas del Congreso. El prisionero es expulsado del país, le prohíben la entrada por tres años. Ya se puede respirar de nuevo en el departamento antidrogas.

Ahora, luego de meses, Charly fija su mirada en la carpeta que tiene entre las manos. Da un medio giro sobre la silla y enfrenta la cara del Zucaritas.

—No vuelvo a trabajar contigo, mierdota.

—Pero si todo aquello fue un triste error. Un error lamentable, un error que se me escapó de las manos. Fue ese tipo el que falló, fue él, no yo. Todo puede fallar, todos fallamos por pequeñas debilidades. —Se sienta, ha estado esperando inútilmente a que el chicano se lo indique. Está cansado. Abre la chaqueta, se enjuga el sudor con las mangas—. Recuerda, tú mismo has cedido a la presión de esos impulsos. ¿Te acuerdas? Aquellas carajitas, aquellos testigos que dejamos libres, con las que pasamos la noche antes de enviar el alijo. Era demasiada evidencia a la hora de denunciar, a la hora de conocer nuestros rostros. ¿Qué hubiera pasado si una de ellas ve tu foto en el periódico y decide hablar?

—Eso es otra cosa, gordo. Ésa es otra vaina. Aquellas muchachitas nunca se imaginaron con quién andaban. Sólo les interesó el auto, el paseo, la nieve. Además, ésas no leen la prensa.

—Ninguna otra vaina. No te hagas el loco ahora. ¿Tú crees que está bien que hayas recibido la carga en McDonald's con tu insipidez, comiendo papas fritas? Reconócelo, indio. Existen momentos donde somos débiles y cometemos güevonadas.

—Ése no es el caso. La operación no estuvo a punto de caerse por culpa mía, sino por culpa de tus hombres.

—Ni tanto. A unos los descubren y a otros no. Tú cometiste la primera imprudencia. Todo se pudo haber venido abajo aquí en Caracas, donde tienes pocas influencias. No me gustaría repetir eso, ni a mi gente tampoco. —Se rasca la axila empapada de sudor, mira socarronamente—. Tengo una idea, vayamos a ver a una que te tengo, estoy seguro de que te va a gustar.

La tarde en el barrio es pintoresca los viernes. Comienza a dibujarse en diversos puntos de colores y esos puntos son personas que se arremolinan, que se agrupan, que discuten en torno a botellas. El Continental del chicano contrasta entre ellos. Ricardo baja las escaleras, se apresura a saludar. El auto se detiene. Una de las ventanillas se abre y las manos gordas del Zucaritas, bailoteantes y afeminadas, lo llaman. Se acerca dando traspiés. Papito, José y Germán se agrupan alrededor de Daniel, miran de soslayo. Ricardo mete la cabeza por la ventanilla, hace movimientos, se retira, vuelve, se ven manos en un juego de saludos, voltea, mira a Daniel, le guiña el ojo. Hace señas para que se estacionen en una de las aceras, desde donde se puede ver la terraza de la casa que oculta presagios. Les dice que esperen un rato.

Adentro, el chicano mira las paredes a través de los vidrios ahumados y los graffittis de NO A LAS DROGAS o MUERTE A LOS JÍBAROS y sonríe al Zucaritas. Piensa que la política educativa de la Casa Blanca ha trascendido las fronteras, ha reptado por los pueblos, ha ladrado en las ciudades y se ha venido a adherir a las paredes de este barrio intrascendente. Recuerda su pasantía en China Town, en los barrios negros de Miami. En todo el mundo la gente de estos estratos es la misma, la cuestión de vender la droga y de combatirla es un problema debatido en distintas tablas de ajedrez, pero con iguales piezas. Se sabe un pretoriano, un apuntalador, un ilusionista, pieza clave, porque lo que no comprenderán nunca ni los Zucaritas, ni quienes pintan aquellas paredes, ni los electores, ni los elegidos, es que la inestabilidad, el desconcierto, la zozobra es lo que sustenta un sistema de libertades.

Ricardo los deja y se va hasta el grupo de Daniel.

—Pícaron. Entonces, ¿qué vas a hacer, Longer Ranger?

—¿Qué quieren?

—Ver a Tania —le dice Ricardo, apartándolo del grupo.

—Pero... ¿ahora?

—No, pajúo. Ellos van a estarse aquí hasta la próxima temporada de verano para ver jugar a los Medias Rojas desde el auto.

—Entonces distráelos. Ya se la mostramos.

Ricardo regresa al auto. Esta vez le abren la puerta y entra. Charly saca la bandejita y prepara unas líneas. El gordo aspira primero. Ricardo no quiere, prefiere enrollar un tabaco.

—No es lo mejor de lo mejor, pero en todo caso lo prefiero. Cuestión de gustos.

El chicano se estira, se empequeñece en su asiento y da una orden en inglés. El chofer aumenta la salida de aire acondicionado. Ricardo los contempla, nebuloso y llorón. Le parece que se ponen itinerantes, hiperkinéticos. Hay una atmósfera de decatón, de atletismo reprimida, aspiran y parecen querer trazar hipérbolos. Ricardo mete los zapatos debajo del asiento, como si hundiera los pies en un cepo triturador que, en vez de

dolores, produce placer, porque el cepo es de arena movediza y los labios del chicano y del Zucaritas se ponen azules, como si hubiesen tomado violeta de genciana. Por eso se ríe al ver lo que no ve aquel gringo aindiado y circunspecto y ese gordo charlatán, maloliente, que le guiña un ojo y le insiste para que aspire. Pero no quiere ni siquiera hablar como hablan ellos, porque sus pensamientos van detrás de ideas poco precisas que se cortan una a otra sin imágenes y él sí los puede imaginar tras cada pase como a viejas de chales rotos, como a ancianas, como violetas de genciana las ancianas de chales rotos, que lo único que hacen es entrecortar palabras y enredar sus dedos reumáticos.

—¿De qué te ríes? —le pregunta el Zucaritas.

—De que este monte está buenísimo —contesta Ricardo soltando la voz poco a poco—. Pica. Mira, mira en la platabanda.

Tania tendía la ropa en la terraza. Cualquiera hubiese creído que se iría del mundo vestida con la franelona de su mamá. Sus piernas, chocadas por la brisa, se enrojecían. Charly abrió la ventanilla buscando un olor, la acidez de las almejas, las profundidades de las piernas. Le dio una palmada a Ricardo, éste se bajó del auto y arrancaron violentamente, amenazando con llevarse a quien estuviese parado fuera de las aceras o a quienes jugaban al reloj bajo la canasta de básquet.

Una vez en la calle, Ricardo miró que Tania desaparecía entre una nube de ropa. Se acercó a Daniel, éste le apretó la mano en un gesto poco usual, más de pose que de afecto. Ricardo se fue a su casa, levantó el teléfono y trató de comunicarse con el Coronel. Le daba ocupado.

—El coño, lujurioso y tropical, debe estar muerto.

Tania salió a la calle y llamó a Ricardo.

—¿Cuándo nos vamos a la playa?

Éste no encontró nada mejor que decir sino:

—Mañana.

No debería esperar la llamada de Ricardo. No debería esperar la llamada de nadie. Se está bien aquí, tocado de recuerdos, bajo una llovizna de vino goteante. Gota, gota, gota desde las alturas de la boca de Raiza. Sale un hilillo abriéndose paso entre sus labios, como si tuviera la boca rota y el hilillo brotara de una herida, casi rasguño superficial, sin venas ni vasos, la sangre avanza por su cuello, se bifurca en sus tetos levantadas como un respingo o como rocas en medio de un pozo y termina bañando mi cuerpo hundido en almohadas. Cansado, muy cansado.

Soy un hombre de arraigados instintos, funciono por normas atávicas, por eso me es tan difícil encontrar placer o embriaguez en lo no fermentado, en lo ajeno al proceso de formación de licores. Sí, las raigambres se fundan en un Olimpo, en un Parnaso, en el foro de Epidauro, donde transcurrieron las obras de Esquilo, de Eurípides o Sófocles. En la supuesta métrica de los poemas de Homero y en las canciones de Jenofonte. Tiene que ver con ellos, se extiende a las primeras lecturas, pero esas pulsiones mediterráneas llegaron a mí junto a un Diego tan lejano como Cortés y sus hombres incineradores de naves en las costas de un nuevo mundo. Un caso. Una quemadura de licores fuertes, un arrebató desafiante a la fortuna, la determinación de ruptura con un mundo al otro lado del océano, para quedarse allí con sus caballos, con sus arcabuces y largas espadas de cruzados similares a las conquistadoras del Albaicín de Granada, con toda la pólvora y la ambición, única superioridad sobre hombres de miradas atónitas por vestimentas de rasgaduras sudorosas, por las largas jornadas en el proceloso mar océano y en las crujientes bodegas, donde traían toneles de aceite y de vino. Reconozco esa filiación de sangre e historia con aquellos hombres bárbaros, mitad moros y mitad cristianos, tirados de las fauces por la codicia. No podría negar mi parentesco con tales argonautas y la búsqueda de su vellocino de oro. Pienso en el mestizaje. Claro, mi atavismo es bastardo, como cualquiera, pero una fuerza, un bruto arrebató ha impuesto las pautas y aunque me perdiera en las noches de tanta negrura, seguiría marcando esas pautas de las costumbres. Nerva, Trajano, Adriano, los abismos renacentistas, las gárgolas de Notre Dame, con sus terribles uñas y crueles cabezas que surgen del infierno del hombre para adornar sus catedrales. Y no me justifico, mientras siento caer las gotas de vino sobre mi cuerpo, me abordan las imágenes de aquellas carpas en los desiertos sirios, en los que se deleitaban de similares placeres los emperadores que arrancaban la vid de sus campanas en épocas de vendimia y trasladaban sus jornadas los cónsules, procónsules, comerciantes en largas ánforas grabadas e inscritas, otorgándoles toda la verdad y la sabiduría del fermento, la descomposición y la gruesa sangre que los embriagaba. No tengo nada que justificar, lo he hablado con Raiza, se lo he gritado a mi mujer, y estoy dispuesto a defender mi tesis, la del atavismo, la del imperio de las necesidades, la del derecho del macho a la posesión cuando se siente bronco y las crines le baten al viento.

Nunca he presenciado a una pareja de caballos copulando. Escuché, en algún momento, que Calígula se excitaba mirando el amor de los equinos. Mesalina bajaba a las cuadras para presenciar sus celos, quedaba atrapada ante un hermoso acto de posesión animal, de lujuria bendita. Dicen que las ancas del macho espumean, se estremece en la pradera si es un bronco, se levanta de patas y llega a la hembra que se entrega dilatada, arrebatada por una pérdida de realidad, pues abandonan la pradera y yacen en un mutuo hacerse daño con sus pasiones enfrentadas, de narices palpitantes, de dientes desgarradores en los cuellos sudorosos: así es todo animal, así somos nosotros, donde la sangre espumea y rebosa los canales, las normas de moralidad se ven desbordadas por un cauce fuera de lecho. Los cuerpos se tornan impredecibles. Pienso en el amor.

—El amor —repite Raiza sentada sobre mis espaldas. Había escuchado mis pensamientos. Estaba sobre mí como una espiga que busca el cielo en un traspatio cubierto de palmeras: mi campamento asirio, con suficiente arena para enterrar ciudades y recuerdos.

En esta casa no quisiera hablar de amor. No quisiera hablar de amor porque siempre termino desdiciendo cada palabra y por eso le salgo al paso a Raiza, le digo que lea *El Banquete*, que allí está todo lo que se debe decir sobre el amor, que recuerde su Hamlet o cualquier obra de Shakespeare y encontrará las claves, hendiduras, pasajes secretos. ¿Y qué hacemos nosotros dos? Cumplimos un mandato primigenio de aparearnos, de afecto y posesión.

—De mucho afecto, Raicita.

Me rasca la espalda, me volteo, la tomo por la cintura, la someto a mí, y ella aprieta sus piernas alrededor de mi torso. Allí nos quedamos un rato, tensos, medianamente tensos como las cuerdas del laúd, observando cómo se nos pierden los ojos en la mirada del otro, en el juego de no verse, sino perseguir a la sangre, que esta vez se estrella en las sienas e ignora la mirada aviesa de la vecina, que ha sido testigo de mis actos disipados en este traspatio tormentoso por el revuelo de las arenas y de los fantasmas.

Raiza está desnuda y se aprieta a mí, se queja con un quejido de animalita callejera, requiere con requerimiento de prostituta, se agita y es un oleaje, una onda de carne. Espero tener la suficiente fuerza para levantarla con las piernas horcajadas alrededor de mi torso y conducirla al mueble largo y curvo de la sala, otra de las herencias del viejo. Entonces conjuro sus gritos, sus solicitudes de mujer de puerto, su abandono a la muerte, al asesinato, a que le abra el pecho con el pico de una botella.

Estamos embriagados. Comienza a oscurecer y los fantasmas salen de los cuartos, se sirven martinis en el bar, encienden el picó y escuchan a Toña la Negra, a Lucho Gatica, a Benny Moré. El viejo me saluda a intermitencias, difuminado, me pide permiso, es su hora, es de noche, es la noche de sus amigos. Raiza se ha quedado dormida, la luna mengua y las voces se confunden en el amplio salón de la casa.

—Es María Luisa Landín, esa mujer canta con la vagina —dice alguien pasando un trago. Se ríen y comienzan a pasearse con sus trajes cruzados, comentando la noche anterior en La Fuente, cuando al *mono* Rivero le preguntaron por qué siendo tan calvo y tan feo tenía tantas mujeres, y él sacó de su bolsillo un abanico de billetes de a quinientos y se lo puso en la cabeza diciendo.

—¡Porque éstos son los pelos que valen! —Todos ríen, recuerdan a Rafa. Con el pasón que le dio la mafafa de Valledupar, amarillita como la mierdita de los carajitos, le daban aire, y una de las cubanas de cuando la carne era carne, según decía el viejo, lo arremucaba entre sus dos grandes tetos.

Las risas continúan, oigo comentarios en el Pasapoga sobre el beso puertorriqueño. Se llevan las manos a la boca y sonríen. Algunos piden whisky, otros martini y aparece La Lupe y canta el tango *Adiós*. El grupito del viejo se reúne y prepara mafafa en papel de cigarrillos descuerados y se perfuman la nariz con blananieves, sin dejar de comentar lo del beso.

—Chico, tú no sabes la trascendencia que ha tenido el aporte de las inmigrantes en esta materia.

Se refieren a las italianas de El Nacional, con sus famosas mamadas, reían aún con más fuerza, porque seguía el juego de la interrogante, a pesar de ya saberlo. Lo que tanto se susurraba se tenía que revelar con una mujer sentada en las rodillas

—¿Y por qué no lo dices tú? —escuché al fondo de la casa, y creí ver las cortinas azules y plateadas del Pasapoga. Los reflectores paseaban la sala y se detuvieron en la mesa donde bebía Leo Marini, que se presentaba esa noche en el Casablanca. Celebrarían el carnaval oscurecidos en sus trajes de negrita hombres y mujeres (¿a que no me reconoces?). Se percibe aún el cuchicheo que crece en cada rincón de la casa. Las respiraciones se hacen profundas, en algún lugar veo cómo el piso se mancha de sangre.

—Pero, chica, dime de una vez lo del beso puertorriqueño —le preguntan a una de las ficheras que pasaba el brazo por el cuello de un amigo y se abría de piernas entre dos hombres, contándoles que el otro día había tenido que beberse dos medias jarras de cerveza para llenar la vejiga

o orinarle la cara al *viejito ése que ustedes concocen* . Chocan las copas, piden más martini, más Dom Pérignon cosecha del 47. Las aceitunas ruedan por la sala, hacen sonar los hielos dentro de los vasos, viven en una dimensión de oro, apartados de la realidad. En La Cremayere se toma una sopa de cebolla mejor que la de Pied de Cochon.

Tratan de sacarle a una fichera cubana lo del beso puertorriqueño

—Coño, caballero, eso es un beso así, apretaito, *onde* tú sabe.

Ahora sí reían de verdad, varias copas se estrellaron contra el piso y sonaba *Miénteme* con la voz narcotizada de Olga Guillot. Los hilos de humo en el Pompadour, El Plaza y el Anatole hacían evidente que se fumaba mafafa de Valledupar.

Los fantasmas se fueron retirando sin mayor desorden. Las risas se perdían, prisioneras del viento y del mar, afuera se escuchaba a la banda de muchachos montándose en un Chevrolet sin capota en el que habían venido itinerando desde El Nacional, el Ali Babá, el hotel Vizcaya, El Pez que Fuma, y así hasta la casa del

Coronel, una de las pocas en aquel entonces raramente asimétrica, de ángulos sobresalientes, decorada con ornamentos de hierro que se contorsionaban hasta convertirse en pelícanos. Él les decía que la trajo de Acapulco, que esos colores de acuarela no los tenía ni María Bonita en Cuernavaca. Y así fueron perdiéndose hasta hacerse voces muertas y dejar la casa del amigo del dictador desconchada, rodeada de otras casas disímiles en la playa, que ahora rumora y me deja desnudo, cobijando con mi pierna a Raiza, que duerme.

Me quedo solo en una casa diferente a aquella de mundos encerrados, de largos bostezos, de libidos perdidas en laberintos y trampas. Pienso en Tania. Ricardo ha debido llamarme, no me podía fallar. Yo siempre me he creído con derecho, y gozo de esos caprichos que van surgiendo como hilos de lana de un saco que se descose hasta convertirse en una molesta madeja, en un nudo que hay que desatar para buscar cada una de las puntas y extenderlo, ya como una realidad palpable, olvidada del capricho que la originó. Allí está Tania, una manta descosida, una honda rotura hasta el hueso, una herida de profundidad escalofriante. Pero mis caprichos a veces se olvidan que la realidad impera y quizás por eso deseo el potro o el cepo. A pesar de las torturas, deseo poseer y ese deseo me vence cuando pienso que soy un hombre y discurro entre la razón y mis atavismos, los ligo y los convierto en un rito, en un sacramento, en un sacrificio: la sustitución de la tierra por un orden cosmogónico, la tierra es mujer y cuando no ha sido mancillada es virgen y nos recibe fecunda y nos consuela a quienes, acostumbrados al desasosiego de los nómadas cazadores nos olvidamos de ese vientre de surcos, de pastos lloviznados y cieno creciendo de las entrañas para proporcionar el suelo. La tragedia de Caín y Abel, el cazador y el pastor.

Me levanto y dejo a Raiza bocabajo en el sofá curvo de la sala. Enciendo la luz de la cocina, abro la nevera y saco una botella de vino y un pedazo de pan. En la otra habitación está la mujer que ha dejado de ser tierra y ahora va junto a los cervatillos por los prados de Artemis. Está y es seguro que podría estar para siempre junto a mí al igual que Marta. Pero, por esas especulaciones y arrebatos del insomnio, sé que ya no será mi surco, ni germinarán en ella mis semillas. Y qué hay de malo, mi posición a veces confunde, no sé si soy un imbécil machista creyendo escapar a toda conceptualización, a pesar de conceptualizar tanto. Es cuestión de idiosincrasia, parte de la herencia feudal y cristiana del medioevo, el derecho a la pernada, parte de las diosas celtas de los bárbaros, de los cantos en los bosques en los que se adoraban estatuillas de mujeres sin mácula. Es una cuestión de adoración más que de amor. Y no sé si el amor se confunde con la adoración y la adoración con la devoción. Sólo sé que en determinado momento de la vida se busca la tierra y todo lo que cosmogómicamente se refiera a ella. Por eso estoy cautivo. Por eso soy cruzado. A esta edad me importa más la doncellez que cuando adolecía por joven, por lazarillo de mis propias esperanzas.

Echo el vino en una copa alta. Es claro como las aguas de luna, verde como la noche. Soy de la cultura del vino y eso no es extraño que sea imperativo en mí. Todos los que tienen cultura etílica veneran el fermento y con ello la descomposición, incluso los humores cadavéricos embriagarían a quien necesitara una copa para quitarle una hora a la noche. A pesar de beber ron hasta la inconsciencia, de campanear whisky, de paladear coñac; mojarme los labios con un tinto, sentirme sorbiendo la sangre de un espumante toro, despierta en todos mis ímpetus el deseo de vencer al minotauro, de burlar los laberintos, de vaciarle el ojo a Polifemo e incursionar en su isla para pastorear sus rebaños. Cuando dejo que el frío vino blanco corra por mi boca, creo recordar aquellos banquetes y me veo en un triclinio, puyando con la punta de un cuchillo la costilla del lechón, y desenrollando un pergamino para leer mis composiciones a mis compañeros de orgía, compañeros iniciados en el santuario de Eleusis. Les leo tres versos limpios, sinceros que terminarían por configurar el rostro de Apolo y aplauden todos los que han lanzado loas al dios y han hecho que suene la lira. En el banquete, hartos de carne de hombre y de mujer, hartos de bailarinas y flautistas, satisfechos los deseos, sentimos la escisión, una grieta que fractura el pensamiento, que hace complicada la vida y tumultuosa la razón. Sé que mis pensamientos paganos poseen algún sustento y a veces vivo de ellos, no dejan de venir a mí cuando bebo vino y me asumo distante de lo apolíneo, fuera de los decálogos, encarnando al pueblo de dura cerviz quien sobre el becerro de oro vomita sus blasfemias y busca el descanso en la adoración de diosas célticas, transmutándolas en María. Esta espera es angustiante. Ricardo me ha abandonado. ¿Lo llamaré? Debo llamar a alguien. Disco primero el número de Marta. Me da ocupado y a la mierda con ella. Que haga lo que quiera, al final, he dejado de perder mi legitimidad. Yo fui falso, ella fue falsa y será falsa con quien se entregue, abyecta y tan clase media, como dirían en una purga del partido, tan pequeño— burguesa por su pose, por su desenfado y, al final, por su verdadera condición de mojigata.

Ahora recuerdo. Una noche la buscaba y empecé a acariciar su espalda. Ella se retiró suavemente y yo me apreté con tanta fuerza que le hice daño. Le mordí el cuello, le dije cualquier cosa al oído y ella lanzaba su mano hacia atrás, me alborotaba el cabello, se quería volver, pero se lo impedí. Seguí inmovilizándola de espaldas contra la almohada, con todo mi cuerpo encima. Mi lenguaje era incoherente. Qué se puede decir si el pensamiento se detiene en imágenes obsesivas y ella quería regla, quería una razón, un porqué, ella exigía. Yo no pude. No era una cuestión de decisión, ni de intentarlo, no tenía explicaciones, seguía acariciándola, dominándola, dejándola allí en la cama, bocabajo. Toqué sus nalgas, le besé cada vértebra, dejé que su piel mojara mi cara de sudor, y yo esperaba su deseo, su espontaneidad. Sudábamos y Marta trataba de detenerme, de darse la vuelta, pero yo la quería así, de espaldas. Busqué un beso determinante, profundo. Quería estar dentro de ella, pero antes teníamos que sentarnos a discutirlo, hablar de ello, dejar en claro un porqué psicológico, sociológico, biológico e histórico. En fin, echar mano a la moral. Ese era un momento de no permitir la continuidad de un deseo nacido de la amoralidad de los sueños, en las azarosas caricias. Ambos estábamos tan mojados como para no pensar sensatamente, pero la lucha seguía. Con mi quijada la dejé fija en medio de la cama y ella protestaba. Yo intentaba seguir hasta el final y ella que vamos a hablarlo. Era una cuestión de ver quién cedía, era una cuestión de probar la fortaleza de las murallas, del ariete.

Esperaba sonidos de trompeta para que se repitiese el milagro de Jericó. Marta, asustada, quedó lánguida y yo interné mi cara, arrebatado por olores de bronce, de fermento mediterráneo, y la besé. De pronto, la sentencia: todos los hombres son sodomitas. Qué carajo. Me eché a un lado, la abandoné y me perdí en el techo del cuarto, tratando de dejar la mente en blanco. Era un golpe certero. Ella se había acurrucado en una de las puntas de la cama, temblaba abrazando sus piernas, luego se volvió de espaldas. No teníamos nada que decir y me pregunto ahora hasta dónde llegará con otro hombre.

Me duele la cabeza, ya me queda la última copa de vino. Contemplo a Raiza a trasluz de la pantalla de la lámpara. Se ha levantado y viene envuelta en una sábana.

—¿Por qué no me despertaste?

Con ella es distinto, y sin embargo siempre llegamos a un punto de análisis después de cualquier confrontación amorosa. Se acuesta a mi lado, murmuro palabras sin ilación y ella se queda dormida otra vez.

Algo pasa. Mi generación es una generación frustrada. Unos quieren vivir en barriles como Diógenes y andar por el mundo con una lámpara, y otros insisten en darle un sentido a la vida, a cada hecho, pero ya ese sentido no es transformador, es simplemente explicativo. Tanta reflexión nos ha devastado. Daniel lo sabe. Hay quienes están, como Ricardo, parados sobre una grieta que se les abre a los pies. El ha roto con su pasado mediterráneo y se entrega a las pulsiones de resinas de amapola, a las pastas de *cannabis sativa*, a los alcaloides de la coca. Se entrega. Daniel se entrega y yo me he entregado. Cada quien responde a un territorio cognoscitivo que defiende. Por eso nos paramos cada uno sobre una grieta, uno de un lado y el otro al frente. Nos vemos las caras y sentimos miedo, porque sabemos que algún día caeremos al abismo.

Vuelvo a tomar el teléfono. Mi mujer debe de estar en un exordio de conceptos con su tipo. No sé por qué tengo que llamarla si Raiza está a mi lado. No sé por qué llamo a Ricardo y pienso en Tania, que debe venir y no me importa la amante o la mujer, debe venir. Ricardo lo ha prometido. Sin embargo, ese coño no se comunica. Por fin contesta.

—¿Entonces? —le pregunto.

Deja transcurrir una larga pausa antes de responder.

—Sí chico, está bien. Mañana vamos.

Sonrí y pienso que la grieta podría cerrarse por un día y podríamos, en cualquier momento, paramos frente a frente y mirarnos las caras sin temer al abismo.

Es difícil resolver los problemas conceptuales del hombre, su angustia, sus prejuicios. Quizás por eso nos aturdimos con el colectivo, con los problemas sociales. Y qué me importa estar pensando ahora de todo un poco si ella va a venir, si estaré junto a ella como estuvo Picasso con Jaqueline y por qué no, ella es María, el orden cosmogónico con quien caminaré todas las tardes por esta playa, arrastrando una pierna coja y tirado por las cadenas de un perro.

Las noches en el barrio son amarillas. Las alumbran postes herrumbrados, altos, perdidos en la temprana tarde, en la espesura de la medianoche, en la liviandad de la madrugada. Han quedado las voces gangosas de los borrachos rezagados en los ovillos de las esquinas. Las puertas Santamaría suenan, y el motor de los autos, la lluvia de los baños, el canto de los gallos, el eco de unos pasos y la sombra del hombre de los pasos. Bañado, limpio como ese día que respira, aún no definido, porque todavía está demasiado oscuro para ver el sol, a pesar de haber quedado atrás el denso mundo de la noche.

En ocasiones, la calle queda a oscuras, la luz no viene, los postes desaparecen y en su lugar se escuchan voces arrastrando el regaño de un trago de ron, conteniendo el humo de una bocanada, voces que cobran forma y delinean rostros chispeantes, juegos de manos, amagos de golpes, abrazos, confianzas, siseos a la mujer que regresa de sus rondas, arrumacos de adultos hacinados en lo oscuro, cuando la electricidad no sube porque se queda en un mundo distinto, de linderos bien marcados por el friso de las fachadas, el color de las puertas, las rejas en las ventanas. Un mundo intermedio entre otros mundos, menos degradado, más parecido a la arquitectura bien concebida: calles inmediatas a las grandes vías, anchas y parentéticas, explicativas de una realidad menos marginal, de habitantes ambiciosos, pulcros cajeros, empleados de ministerio, contadores y secretarías. Arriba, una radio suena y se escucha la voz distorsionada de Ismael Rivera:

Vamos muchachos a la marina
a comer pan y sardina...

Los gatos maúllan en los basureros.

Pero esta madrugada es distinta. La luz del faro no se mantuvo encendida como de costumbre. No se jugó ajedrez, no concurrió Papito, ni Germán, ni José a discutir si hay una o muchas filosofías, si la lucha de clases tiene vigencia, si el sistema tiene facultades regenerativas. El sol no ha llegado esta vez a irritar las retinas de quienes no duermen y justifican su apego a la vigilia por las cosas oscuras que hay que aclarar, por la bebida y los giros de las circunstancias que los han tornado folclóricos, expectantes, aves de rapiña: aguardan coyunturas para remozarse, cuidan sus alfiles, guardan a la reina, sacrifican a los peones. Así establecen categorías y se contentan con esos enfrentamientos de tabla, esas peleas intrascendentes que los proyectarán hasta la siguiente noche, donde retoman el ciclo y repiten estrategias.

Esta madrugada es distinta. El faro está cerrado como cuando clausuran un bar, como cuando sobreviene la muerte y algo que estaba ya deja de estar. El faro guarda duelo, ha quedado solo y apesadumbrado por el abandono. Daniel, a diferencia de otros días, se ha levantado temprano. Su rostro parece fresco, recién lavado o recién rasurado. No ha abierto las puertas de su casa sino hasta ahora que se asoma sosteniendo de las manos una taza de café. Se ha oído un grito. Termina de salir a la calle enfrentando al día que se define por la presencia de un sol fortalecido. Gritan de nuevo y una mujer señala con el dedo el extremo alto de un poste del que pende, por el pescuezo, un perro con un cartel.

Una madrugada en las calles de Lima, en las calles adoquinadas, una madrugada neblinosa, de golpes, por ecos de pasos ligeros sobre las aceras. Las personas se apretujan en las calles estrechas. Chatos y blancos bien vestidos, fuera de las portezuelas de sus autos y con los volantes de las bicicletas en sus manos, con las viandas de comida, sin sosiego y asqueados por la podredumbre de los perros negros que pendulan con carteles, con leyendas que acusan de traición a la camarilla del partido comunista chino y a su líder, Deng Hsiao Ping. Han traicionado los legados de Mao, la gloriosa revolución cultural. Daniel los ve. Regresaba de Bolivia. Se siente acongojado, confuso en aquella travesía por Los Andes que durante tanto tiempo había imaginado junto al Coronel en los botiquines, en las sillas giratorias de las areperas, en los pasillos de la universidad.

Dos perros cuelgan y la atmósfera es distinta a la de Lima. Esta es una mañana limpia y cálida que aligera la descomposición. No hay precedentes de un hecho como éste en Caracas. El absurdo es el mismo. El impacto siniestro y negativo es igual, pero las leyendas no condenan a ninguna camarilla traidora de revoluciones, ni a líderes vendidos al revisionismo, ni a Occidente. Estos carteles tienen nombres y consignas: ZUCARITAS Y BIUTI: MUERTO EL PERRO SE ACABÓ LA RABIA.

Habían llegado al extremo de emular las acciones de Sendero Luminoso, confundían a la gente del barrio, como los senderistas a los indios peruanos, con acciones descolocadas y sin sentido para quien se levanta diariamente a cumplir un horario, a enfrentar una ciudad para dar con la fórmula de poder consumir al máximo lo que la sociedad les vende. ¿Tendría estómago alguien para apoyar el linchamiento de perros, para volver sobre los siglos al estado de terror y a la guillotina? ¿Qué se puede esperar de Daniel y su gente sino otros actos de mal gusto? Daniel goza pensando en la censura del Coronel. Si él estuviese presente, seguro no aguantaría el café en el estómago. Al final, Daniel quería eso, que el Coronel no aguantase, que se terminara de alejar de ellos. ¿Qué le hubiese dicho ahora? ¿Que estaba completamente fuera del perol? O lo tomaría paternalmente por los hombros para decirle:

—Tú es verdad que estás loco de bola.

A partir de ahora se separaba definitivamente. Ya no existía posibilidad de reconciliación, se alejaba de una estúpida verborrea manipuladora y ratificaba su voluntad sobre la de los demás. Ellos dos, antes, eran organismos compactos, se autodenominaban *Las Hormigas*. Sostenían principios llamados fósiles por quienes los consideraban de la ultra, obedecían los mismos impulsos de estar incorporados a una vanguardia que transformaría al país, una vanguardia de construían con batidas propagandísticas, mítines, pintas subversivas, encuentros de obreros, agitación en los liceos, jornadas con los intelectuales. Estaban enceguecidos por esa fuerza de fogatas que venía de los sesenta. Creían. ¿Hasta dónde creyó el Coronel? Por lo menos, tuvo el coraje de cubrir con una bandera roja una valla de la Ford. Daniel miraba a los colgados. Pero nunca hubiera llegado a esto, no comprendía por entero. Siempre dudaba y ahora menos que nunca estaría al lado de quienes ya no izaban banderas ni despotricaban contra el sistema, sino que linchaban perros en sustitución de alguien llamado Zucaritas o Biuti.

Ricardo salió de su casa a medio vestir. Los gritos lo habían despertado. Miró hacia los postes y contempló una siniestra danza.

—Qué bolas tiene esta gente.

Pensó en José. Siempre lo había considerado medio loco, pero no con la fuerza para imaginarse siquiera aquello. ¿De dónde sacaría ánimos para darle un batazo a un perro y luego pasarle la soga y guindarlo? Daniel. Estaba convencido de que Daniel los había arreado para que arrastraran a aquellos animales por la cola. Sólo Daniel era capaz. Buscó en los letreros su nombre. Sintió ganas de llorar. ¿Cómo se les había ocurrido aquella barbaridad? Podía llegar a entender lo de Tania, pero esto... Su mirada danzaba con los animales y se convencía de que debía contarle al Coronel, llevarle la muchacha.

Todos miraban hacia el faro, buscaban encontrar la sonrisa de Daniel. Despreciaban el acto, pero nadie se atrevía a acusarlo. Hasta el momento siempre había tenido razón. Al final, éste sería un acto definitivo, intimidatorio. Zucaritas y el Biuti lo pensarían mejor antes de volver a vender en las esquinas del barrio, antes de disparar contra una puerta.

Daniel se sentía tranquilo. Sin embargo, debajo de su sonrisa se estremecía, insurgía en contra de sí mismo. Se daba cuenta de que había iniciado algo realmente serio, que había echado a rodar una roca cuesta abajo que no se detendría sino hasta después de asolar y destruir indiscriminadamente. Trataba de evadir la idea que, según él, le había sembrado el Coronel: su lucha era personal, era cuestión de honor, de llegar hasta el fin aun sabiendo que ese fin era otro, era distinto a la culminación con entradas triunfales, con cantos de *la Internacional*, con banderas rojas ondeando en las cúpulas del Congreso. Pensaba, después de la cuarta taza de café, en las consecuencias, pero continuaba deliberando. Miraba a los perros como a piratas, se balanceaban en altos mástiles. Probablemente se equivocaba, erró el camino. El sacrificio de los animales lo exponía a ser blanco del desprecio y Zucaritas y el Biuti seguirían esperándolo a la vuelta de la esquina.

No era miedo, ni arrepentimiento tardío, ni principios trasapelados. Pero por unos momentos se sintió con ganas de arrojar la toalla, de dejar de pelear con boxeadores de baja categoría. Se dio cuenta de que el Coronel seguía teniendo ascendencia sobre él. Lo respetaba a pesar de su cinismo ante la turbulencia existencial desatada una vez desmantelado el partido, una vez desmitificados los líderes que conducirían a un ejército popular a la victoria. Todo se había venido abajo. Los signos de la época cambiaban. Los narcotraficantes que tanto combatió habían logrado en Colombia y en Perú lo que la guerrilla no había conseguido después de décadas de enfrentamientos: un poder real, un estado superando al estado, desafiándolo, disputándole el mando, enfrentando las intervenciones de los marines con amenazas hechas realidad, con boicots y atentados. Habían logrado que Estados Unidos se metiera en sus países sin argüir lucha contra el comunismo internacional y sin declarar una guerra de liberación. Estas eran las ruinas, el teatro socavado, el robo de la iniciativa por intereses carentes de toda ideología. Los habían derrotado, les habían impuesto una paz democrática y les pautaban las reglas del juego. El Coronel se lo decía: había que aceptarlo: fue un mazazo, se muere o se vive, es el momento de ver en blanco o en negro.

Fue cuando le habló por primera vez de sus problemas con Marta. Las cosas comenzaron a ir mal, ambos sentían mucha amargura como para dar respuestas a las interrogantes que siempre existieron, resueltas con verdades a medias, con una práctica de consigna. Era bueno para el ego sentirse los elegidos, los irreductibles, los de las canciones patéticas.

—Es tan cursi. Hoy me da vergüenza. Me pongo rojo de la vergüenza. No nos dábamos cuenta del papel de pendejos que hacíamos.

Marta lo dejaba hablar al principio, luego comenzó a refutarlo, a encontrar justificaciones que la devolvían, si no al redil o al camino, a una trocha accidentada, estrecha, pero con piso debajo de los pies. Podía mantener su estatus dentro de la izquierda, esto la ubicaba en la tierra y terminó con claves y respuestas para todo desengaño: no era una cuestión de ideologías o partidos, era una cuestión de hombres. La dirigencia del partido se había pervertido.

—Es tan pendeja, Daniel, tan nacida para hacer de tonta, que me ha dejado afuera. Ya me catalogó entre los que esperaban una crisis para manifestar la propia. Ahora resulta que estoy en crisis.

Daniel y el Coronel no quisieron descreer y leían, buscando en los textos de Bakunin las respuestas que Marx no les daba. Trataban de darle forma a Marx restándole méritos a Lenin y entonces veían con simpatía los enfrentamientos de la CGT española contra la burocracia estalinista. Todo llegó a ser burocracia, estructura vertical. El socialismo real era una industria pesada, una edificación con andamios afuera maquillando estructuras, ocultando grietas, tapando huecos por donde se escapaban aberraciones típicas del socialismo, sus pugnas, las invasiones, la persecución a la disidencia, la tiranía del colectivo. Por eso se ha venido abajo, era un suspiro.

Se emborrachaban en bares de ficheras, en clubes nocturnos de baja categoría.

—Esto no es ni la sombra de los espacios vitales que tuvo mi viejo —decía el Coronel.

Aunque no pretendían evadirse en abrazos de fiche— ras que, según Daniel, a veces daban más sosiego que la muerte, le daban vueltas a la tuerca, unían elementos que amenazaban con desnuclearse, esperaban autodesmembrarse, renacer del polvo de los ceniceros de aquellos bares y volver a la palestra. Pero terminaban ahitos de ron, tarareando *La Internacional*, llorando, elaborando diálogos vacíos.

—Yo creo lo que dice Marta, estamos en crisis, Coronel —Daniel arrastraba las palabras.

—En crisis las pelotas. En crisis está el universo desde que existe. —Comenzó a hablar de ella—. La conocí en unas jornadas, por los presos políticos, con huelga de hambre y todo. Ni que me la hubieran puesto, ella estaba ahí, escuchando las resonancias de clase. —Se reía—. Sólo nos bastó una reunión para hablar de todos los lugares comunes. Me contó que su papá era un viejo médico, un viejo burgués, y yo le dije: igualito al mío, y ella, que no comprende, y yo, ni lo intentes, y ella, qué hace el tuyo, y yo, creo que estará haciendo méritos para que le abran las puertas del cielo, su vida fue tan desastrosa aquí abajo que le debe estar costando una y parte de la otra convencer a San Pedro, y ella, ¿está muerto?, y yo, sí, dejó este mundo como quería. Es difícil dejarlo como uno quiere. El se fue en los brazos de una puta. ¿Y por qué no bajamos a su casa en la playa? Ahora es mía. Ahí fue cuando nos abrazamos para cometer la estupidez de decir que era para siempre, y ese *para siempre* ahora me da acidez.

Daniel no terminaba de salir del faro. Jugaba con la mirada de los que lo interrogaban. Le guiñó un ojo a

Tania, debía estar seguro de que seguiría junto a él. Lo de los perros era el preámbulo, la entrada. Ella sería el plato principal. Su plan le demostraría al Coronel que de lo particular también se puede trascender a lo general, de los boxeadores retirados a los de categoría, de una lucha emprendida por viejas culonas contra un jibaro, a una lucha descarnada contra el sistema. Y el Coronel seguramente le preguntaría por el aparato, el partido, la vanguardia. Volvería sobre las estupideces sobre las que escupe, y él le contestaría que la revolución de mayo había empezado por una tontería en La Sorbona y había tumbado a De Gaulle.

Terminó por abrir la puerta del faro, dejó que el sol entrara vigoroso como pocas veces lo hacía en esa habitación de cubo de juguete, donde la luz de las mañanas estaba proscrita. Aunque el camión del aseo pasara con su bulla y las botellas de la bodega del portugués sonaran a quebrarse. Aquellas cosas comúnmente no eran lícitas, pero ese día Daniel les daba entrada franca.

Tania estaba parada en el umbral de la casa de los susurros. Apretaba los libros a su cintura, bajaba la mirada para eludir el balanceo de los perros. Daniel estaba frente a ella y ella sabía que era su turno, que de ella dependía una buena jugada y que no podía fallarle a su tío. Pero ¿la dejaría bajar a la playa? Ricardo estaba sentado en las escaleras de su casa. Le gritó a Daniel:

—Esto me recuerda al *Bobo*.

—Sí. Al *Bobo* lo guindamos también —trataba de no acusar el golpe.

—¿Y no te acuerdas al Loco, al *Cabeza de León*? Todos ellos terminaron con el cuello abierto por la navaja de un malandro. A éstos — señaló a los perros— los guiñó un chiflado que delira.

Daniel hizo un gesto de fastidio con la mano. No quería escuchar las impertinencias de Ricardo, que estaba sentado en pantalones cortos, encendiendo un cigarrillo tras otro. El recuerdo del *Bobo* le amargó el paladar. Era su perro, el perro de la calle cuando el grupo era el grupo, cuando él y el Coronel eran amigos y andaban de arriba abajo con propagandas en las manos, discutiendo sobre guerra prolongada o insurrección violenta y rápida, sobre si se ponían o no la capucha. El perro siempre iba detrás de ellos. No era de esos perros buscadores de pleitos. Tenía los mismos hábitos de Daniel: dormía a la sombra de un auto en las mañanas y salía por la tarde a husmear los basureros. Se estiraba, meaba los neumáticos, buscaba en los rincones algún hueso y meneaba la cola. Era retaco, parecía un bulldog de hocico largo. Cuando Daniel se despertaba, lo acompañaba a casa de doña Lola para el almuerzo y él atrapaba las sobras. Allí Daniel pasaba las tardes con Luisa. Eran como primos, y a pesar de estar ella casada y de haber puesto una muralla de respeto a sus fugas al fondo de la casa, aprendieron a hacer el amor sobre una poltrona vieja que doña Lola guardaba como un recuerdo de su mamá.

Luisa era firme, alta como una torre, curva, cincelada con toques bruscos en las caderas. Tenía los ojos amplios, grandes. Iluminaban la noche cuando invitaba a Daniel a seguirla en algún juego. A diferencia de Marta, ella no participaba en tareas militantes, no era del partido, sólo jugaba, seguía la corriente del primo y buscaba los mejores momentos para llevarlo al cuarto de atrás y sentarse sobre él y dejar las huellas de sus pies marcadas en la pared, que ya era un cuadro de muchas plantas, de muchos dedos gordos y pequeños, cruzándose. También a diferencia de Marta, cuando el partido se dividió y se convirtió en nada, no sintió desgarramiento, sino felicidad. Se veía brillante, la sonrisa grande, le tendía la mano a su hombre para que no sucumbiera a la frustración, que consideraba sufrían con virulencia sólo los hombres. Por esa época se le escuchó hablar de divorcio y se exhibió con Daniel, que iba cabizbajo pero apoyado por una mujer que se evidenciaba como suya.

Aquellos fueron los días de las ficheras, de las llorantinas con el Coronel, de los planes de reconstrucción y del *proyecto fénix*, como lo llamaban en arranques de cinismo entre espuma de cerveza y canciones que ya mareaban más que el mismo alcohol. Entonces el Coronel empezaba con que se quería ir, gozar de la tranquilidad de un lugar limpio, iluminado, sereno y acomodar la casa de la playa para escribir.

Luisa esperaba. Estaba segura de que la falta de alternativas decidiría a Daniel a lanzarse a un pozo profundo, donde podrían vivir dándole continuidad a ese amor de habitación de traspatio, de alcoba pequeña. Pero un día se cansó y se lo dijo. No seguiría en el juego, condenaría la entrada al cuartito, le pondría una sábana a la poltrona. Lo dejaba. No esperaría, no esperaría a que arreglara sus cosas, a que regresara de ese viaje a Bolivia, era demasiado tiempo. Lo dejó. Daniel anduvo solo y desconsolado. El Coronel se había ido a emparchar su vida y él se había quedado solo con el *Bobo*, su perro con cuerpo de bulldog y hocico largo. *Bobo* le ladraba a las motos que pasaban, perseguía a las moscas, además de husmear en los basureros y acompañar a su dueño.

Una mañana, cuando Daniel ya había emprendido la campaña antidrogas, el perro amaneció con una herida profunda en el cuello. Decían que había sido el Biuti. *Bobo* cabeceaba. Daniel trató de curarlo, le tapó la herida con vendajes, pero al día siguiente tenía gusanos. Germán quiso inyectarle penicilina. El perro se quejaba largamente y Daniel decidió sacrificarlo. Recuerda, ahora que el sol le da de lleno en la cara, que Papito le pasó el mecate por el cuello. Inmediatamente mira a los perros colgados la noche anterior. José temblaba hablando compulsivamente de un rostro de Patroclo que estaba esbozando, que no le salía, del tiempo que había invertido, del proyecto de hacerle un retrato a Daniel.

—¡Cállate! —le gritó Germán—. Y termina de apretarle el pescuezo a esos perros.

Papito hizo correr el nudo en el cuello de *Bobo*, pero éste no moría. Era un perro duro, con la dignidad de los bulldogs callejeros, bastardeados en un punto lejano de su ascendencia. Daniel tomó un bate y le pegó una, dos veces. Allí quedó. Recordó su viaje a Bolivia, los perros colgados en Lima. Se secó una lágrima. No sabía que tendría que hacerlo de nuevo. Quiso irse del barrio a la borrachera, a las alturas de Los Andes y huir de todo, especialmente del olor dulzón del perfume de Luisa sobrepuesto a los olores de sus ropas en el cuarto condenado.

Chasqueó y empezó a caminar. Pasaba por debajo de los postes y pensaba en la mala intención que había tenido Ricardo al recordarle a *Bobo* precisamente ahora. Ricardo encendió otro cigarrillo. Tania se iba para el liceo. Le silbó:

—A las cuatro.

—A las cuatro —le respondió ella con una sonrisa.

Raiza me da un beso y parte. Como bailarina, trata de mantener el equilibrio en una pasarela inexistente, sus medios giros de cara se corresponden a la observación de rigor en el espejo, sólo que ahora no existe espejo, sino una línea larga de arena y el mar detenido frente a nosotros, en un espacio y un tiempo decantados por milímetros y por segundos, para fijar un fresco de la partida: la mujer se aleja de espaldas y se desdibuja entre la distancia y la sombra. La quiero. Presiento que hoy terminaré con ella. Es el debut de su Ofelia, presiento que una mano áspera con la línea del destino profunda, me la arrebatará entre los bastidores y quedaré en el olvido más allá del proscenio.

Yo pierdo siempre en los juegos. El azar me es adverso. Para mí lo de amarse, lo de copular atrapado por épocas idas en una casa habitada por fantasmas galantes y frívolos, o transcurrir mojándose la boca con otra boca y no morir de sed porque esa boca es proveedora de humedad, tiene un *the end* cerrado y triste. El dibujarse sobre las películas y las técnicas de retención es obsoleto, me veo atrapado por un sepia, sufriendo la tortura de Werther, o mirando cómo se desvanece en mis brazos de Heathcliff obsesivo, impotente, la mujer que se convertirá en un fantasma, llevándome a morir en las cumbres de los páramos. Desprecio la nostalgia. La parte melodramática de las separaciones. Hace unos minutos deseaba que Raiza se marchara ante la expectativa del advenimiento de Tania. Ahora he cerrado un círculo en torno a un punto muerto, sin Marta, ni Raiza, ni Tania. Me siento como una bestia descoyuntada, sin posibilidad de articularme en un vacío, sin deseos de vida, de resucitar. Sin la servidumbre de una realidad cosmogónica, sin surcos por arar ni tierra que fecundar. Todos estos pensamientos pesan, y sin embargo surgen de mi cuerpo semejantes a una exhalación, a un hálito ectoplasmático que me deja exánime contemplando el arrebató de las hojas, de las palmeras sobre mi casa, zahirientes en una tarde que comienza y en la que espero no perderme.

Me tiendo de espaldas buscando un estado entre el sueño y la vigilia, desprovisto de pasiones, asumo una actitud casi mística y sueño:

Soy el discípulo de un evangelista que recorre las comunidades griegas. La época es imprecisa. Surge ante mí un Mediterráneo rojizo, como lo vieran los antiguos en sus épicas. Caminamos por laderas estrechas y entramos a una gruta en donde leemos pergaminos escritos en arameo. El evangelista revisa con cuidado. Es un escrito simple, con rasgos ligeros pero seguros, narrado por alguien de mucha fe, interesado en hacer inteligible su testimonio, no a los eruditos, sino a la gente común, al iletrado, al oyente. Para los cobradores de impuestos, para las rameras de hostales, para el borracho sin esperanza, para los hombres más miserables de la tierra. Mi maestro me observa, saca de un alijo otros pergaminos. Estos están trazados en latín vulgar, comparamos. Él asiente. Recogemos los rollos y emprendemos camino más allá de la gruta, hacia un valle rocoso cobijado por altos pinos. Allí la brisa es fresca, nuestra cara parece bañada por un agua delgada, un agua que sacia eternidades. Allí está reunida una congregación que comienza un rito. Mi maestro ocupa discretamente el centro de la ceremonia. Extiende su mano y no me extraña que a ella bajen dos claras palomas convertidas en luz y polvo, inmutables ante la brisa. Saca de su alforja un cáliz de plata y una pequeña talega de cuero con vino, con el que llena el cáliz. La congregación entona cantos. Al principio no entiendo, es un idioma familiar, es uno y muchos idiomas, es el bárbaro teutón, el del guerrero galo, el del latino prófugo. Cubro mi rostro con la capucha para protegerlo del fresco de los pinos. Mi maestro desenrolla un pergamino y lee: «Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor y creyese tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo». Toma un pan, lo parte, lo moja en el cáliz y va pasando de mano en mano. Me doy cuenta de que somos gentiles, que estamos sobre las agujas de los pinos, y comulgamos. Hay hombres, hay mujeres. Al otro lado del círculo reconozco un rostro bajo un embozo de lana cruda y me estremezco. Tanto había viajado, tantas laderas había caminado y nunca antes la había visto. Sin embargo, venía de una memoria eterna. La brisa nos enfría, levanta hojas y humedece las agujas de los pinos que despiden el olor de aquella mujer. Yo había recorrido comunidades cristianas, recogía textos, los comparaba con otros originales, reconocía la escritura para estructurar uno de los evangelios e insertarlo a las cartas de Pablo de Tarso a los infieles. Me di cuenta de que éste era el final del camino. El pergamino que habíamos encontrado en la gruta culminaba diciendo: «Y hay también muchas otras cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir. Amén». Mi maestro sonríe, todo estaba consumado, incluso nuestra mutua compañía por caminos e islas, finalizaba en aquel valle. Yo sabía que debía integrarme a una comunidad. Le besé el borde de la saya y fui debajo de un ciprés, saqué de mi bolsa un trozo de pan y una vejiga con vino. Ella estaba allí, me seguía mirando, estaba sola, había llegado hasta nosotros por la caridad y yo la llamé con un gesto, y ella vino. Se sentó a mi lado, me descubrió el rostro, una gota de resina quedó enredada en su pelo, abundoso y negro. No hablaba. Sólo decía con sus ojos, rasgados y grises, que estaría por siempre a mi lado, brindándome sus piernas para el descanso de mi cabeza, para el sueño profundo, un sueño dentro de ese sueño que, ahora me doy cuenta, sueño y entiendo, aquella mujer memoria en la eternidad, de origen bárbaro, quizás viniese de más allá de los mares del Caspio y conociese lobos y estepas ocultas para mí.

Me despertó una patada en el costado. Ricardo sonreía desde muy arriba. Yo aún estaba atrapado por aquel valle fresco y tardaba en darme cuenta que le debía formular una pregunta. Le hice un gesto de espera con ambas manos. Él extendió las suyas y me mostró a una mucha— chita que husmeaba por una de las ventanas de la casa. Su cabello caía sobre los hombros. Estaba distraída, haciéndose la tonta, evidentemente apenada. Se dio la vuelta y me sonrió con sus ojos rasgados y grises. Era Tania, la bárbara de estepas y lobos desconocidos.

Comencé a abandonar el punto muerto. Inicé mi salida por un túnel conducente a la luz, mientras sentía que dentro de mí se llenaban de nuevo las ánforas. Ella estaba en la casa de la playa.

La tarde era tarde de verdad. Ricardo se alargaba en fognazos de sol, reía, reía mucho, creí que su pensamiento debía de tener muchas bifurcaciones, contemplé su tranquilidad de hombre cansado de cazar, de indio macilento que se sienta a enrollar tabacos, a agriar su vida en un intento por endulzarla, de darle colorido a los mares sustituibles por estropajos y cúmulos de hebras de hilo. La brisa era distinta a la del sueño. Pegajosa, trae, en vez de aire, sudores de piel que se mezclan, pieles intrusas que han entrado a la casa, que han salido al patio y ella está allí, enterrando sus pies en la duna, volviendo sobre sus pasos, hacia la sala, para tocar con la punta de sus dedos las pinturas que penden de las paredes. Hay algunas de la escuela de Picasso, pretendiendo ser obras de arte: hay una litografía de un escultor en reposo, que es la única que rescato. Ella la mira, su languidez se une con la atmósfera del cuadro: los músculos distensos del escultor, los pectorales caídos, los rulos de la barba junto a los de la cabeza, cerca de los del pecho, sus genitales a un lado, el gordo y pequeño pene parecido a la trompa de un elefante, cae justamente donde termina la mirada del escultor, donde se posa la de Tania.

Me incorporo del brazo de Ricardo y asumo un rictus circunspecto. Caminamos hacia la casa, procurando la naturalidad que no poseo, contándole a Ricardo sobre la cantidad de valvas y caracoles arrojados por la marea. Tenía una concha de ostra en la mano, me la llevé a la nariz y procuré un olor, el de ella, más arriba de sus pantalones cortos, donde se dibujan pequeños senderos de vello. Y la quise aún más de lo que había estado suponiendo, me arrebató el deseo de seducirla, de poseer aquella tierra improfana, sin huellas, límpida y amplia como una pradera reverdecida, húmeda, fresca, inmensa a pesar de las limitaciones de su forma.

Tenía que hacer algo: no quedarme allí como un imbécil. Debía saludarla, pero no encontré la palabra indicada, la manera de hablar, el modo de no parecer distante, de otra generación o siglo. La quería devota. Por su manera de eludirme, ella también sentía el mismo distanciamiento, la

misma incisión. Ahora tamborileo con los dedos en la barra del bar. Detrás de ella está uno de los fantasmas, vestido de impecable traje blanco, se sirve una copa y la mira, abyecto y cínico. Se me ocurre que ése podría ser yo. Pero era imposible. No la miraría así, porque un impulso me hace sentir ridículamente cándido, cariñoso, paternal, aunque siento las pulsiones que me impelen a abrazarla (y por lo tanto sí podría ceder) a besar el lóbulo de su oreja sin arete, para decirle con la voz seca de un martini: *Te amo, linda*. Esa frase viene a mí con intenciones detractoras sobre la espontaneidad que pretendo, una cursilería muy propia de aquellas películas que tanto me gustaba ver sentado sobre las rodillas de mi papá. Pero la amo y no creo en el amor, sino cuando lo siento a tiro, esporádicamente, y me confundo ante el objeto amado. Sócrates, tú sí sabías de estas cosas, de encontrar lo perfecto, lo absoluto en lo perecedero, en lo que avanza hacia su desintegración.

Ricardo la llama, ella voltea por reflejo, como si respondiera a la señal de un fotógrafo. Sonríe. Su sonrisa es de labios apretados, de pena o vergüenza y yo sigo con la iniciativa perdida detrás de Ricardo. Dejo caer mis brazos y emanan de mí los efluvios de abandono en la casa abandonada, el licor, la suciedad, la barba crecida. No me parezco a ese escultor en reposo, y esa sensación de entropía, de terrenalidad, me asquea. Quiero ser Dios, erguirme ante ella con las manos llenas de alhajas, los ojos iridiscentes, con la boca espumosa y arrebatada en decir, en ejecutar los ritos verbales de la seducción.

—Bueno, vamos a descorchar vino.

Qué torpeza. Ni siquiera sabía si ella compartiría conmigo ese gusto atávico, esa meridionalidad de una Europa tan lejana, de una Castilla tan vasta, con sus hosterías reconocidas en la lectura obligatoria de *El Quijote*. ¿O acaso prefería una Pepsi Cola? No. Tenía que haber leído *El Quijote*, tenía que haberse detenido en un momento en el capítulo de la lucha con los cueros de vino en la venta, tenía que saber de esa sangre bendecida por Jesús en la última cena y bebida por ella cuando hizo la Primera Comunión.

—¿Te gusta el vino? —le pregunté.

Tania bajó la cara y se sonrojó. Algo le molestaba. Había empezado mal, era una carajita. ¿Cómo le iba a preguntar si le gustaba el vino? La pregunta era ¿quieres un helado? ¿Te gusta el mar?

—¿Prefieres bañarte en la playa?

—No sé —me dijo. Estaba lejana. Respondía desde un lugar impreciso. Se encogió de hombros y caminó un poco.

—¿Es tuya? —dijo finalmente.

—¿Qué cosa?

Al verla mirar la asimetría de los espacios vacíos, los cuadros, los muebles cubiertos por telas blancas, el bar, la escalera, el canapé, me di cuenta de que preguntaba por la casa.

—Toda. —Le sonreí. Le respondía con golpes de palabras, como si estuviese en la arena de un circo para niños, animando la función. La casa era mía. Por primera vez pensaba en eso. Era toda mía. Eso me llenó de satisfacción. Las cosas estaban bien hechas, era un bien adquirido por herencia transmisible sólo a los hijos— ¿Quieres conocerla? —Abrí los brazos bufonescamente—. Es pequeña, como tú. —Estaba hablando como una payasita de cumpleaños— Fíjate, todo son formas. Triángulos, cubos y hasta el semicírculo del patio. Parece un juego geométrico para armar.

Qué imbécil. Era todo postura, buscando originalidad para explicarle lo del cubismo, lo del robo de Acapulco.

—Mi viejo decía que ni María Félix...

—¿Quién es María Félix?

Me puse a hablarle de la película de Doña Bárbara, de los boleros de Agustín Lara, pero ella cruzó los brazos y miró a través de la ventana, el mar reventando en oleajes fuertes contra la arena de la playa.

—¿Quieres subir? —¿Cómo iba a proponerle la cama de una vez!—. De todas formas, arriba es igual: cuadros y rectángulos. Pero también tiene un ático, como en las casas de estilo europeo. —Otra vez arremetía con el vicio de Europa. Me daba cuenta de mi torpeza, de la incapacidad de encontrar una buena frase. Una frase que realmente la acercara a mí. Ricardo se tumbó sobre la poltrona cubierta de sábanas, sacó un pucho del bolsillo y comenzó a enrollar.

—¿Les importa? —Yo miraba a Tania, esperé de ella una respuesta adversa. Pensé que ahora Ricardo se cagaba en la jaula, pero ella simplemente se encogió de hombros—. Fuma tranquilo. —Su respuesta me confundió y me alivió. ¿Le importaba o no le importaba que ese tipo se pusiera trono delante de nosotros, que me ofreciera, que le ofreciera, que la drogáramos (acaso estaba esperando yo, mórbidamente, que sintiera todos esos miedos juntos) y que luego él y yo la sujetáramos, obligándola a que subiera hasta el cuarto, hasta la cama del amigo del dictador?

—Ese sillón es raro, ¿verdad?

Era, en realidad, un sofá cama de rattán. Un rattán viejo, maltratado por los años y el mar, que despedía un halo corrosivo deteriorando todo el mobiliario y haciéndolo más propicio al antro de fantasmas.

—Lo usaban los amigos del viejo, los que se quedaban a dormir luego de las fiestas.

—¿Y hacía muchos bonches aquí, el Coronel?

—Todo esto era un gran salón de fiestas. Él no le dio otra utilidad.

Ahora miraba el canapé. Frunció el ceño y luego se rió mucho. Inmediatamente hice una transferencia, me imaginé con una peluca del siglo XVI, con la cara empolvada y un traje de brocado en el canapé. ¿Se estaría riendo de eso? El fantasma vestido de lino se acostó en el mueble y me guiñó un ojo. Ricardo encendió el tabaco.

—¿Te haces ver?

—¿Con quién?

—Con un loquero. ¿No es esto lo que usan?

—Pero no de terciopelo rosado. Imagínate. Ese mueble no está hecho para la consulta, está hecho para caricias, para besos más que para estar contando cosas. —Tania se sonrojó. Me di cuenta de que la había avergonzado. Descorché la botella y serví tres copas. Las chocamos y nos reímos del Ricardo que hacía maromas para no perder el tabaco, que se le enredaba en los dedos. Ella bebió medio sorbo, sus ojos grises se aclararon aún más, acentuando la dureza de su mirada. Dejó la copa a un lado.

—Es mejor que nos bañemos. —Se sacó la camiseta, mostró un pecho ancho, lleno y duro que marcaba el ritmo de una respiración pausada — ¿Me desvisto delante de ustedes?

—¡Date pues! —Le gritó Ricardo desde la poltrona, echándose para atrás para mirarla mejor.

Debajo de sus ropas llevaba un traje de baño dorado, de cuerpo entero, que contrastaba con su piel blanca, ligeramente tostada por un sol de platabanda. Era realmente gigante. Una *madonna* de la Alta Italia. Su cintura estrecha daba paso a una cadera que se ensanchaba trazando una perfecta curva que terminaba en los muslos. Parecía una mujer de los años del mambo, del trasnocho de los cincuenta.

Al fondo de la casa se escucharon exclamaciones, los fantasmas murmurando que no se podía decir que ahora no había carne como la de entonces, y en aquella niña que se desnudaba veían a las reinas del carnaval que iban bailando en las carrozas, que lanzaban caramelos, que

desfilaban en el Tamanaco o en el Ávila. Tania corrió, a través del patio. Yo sólo alcancé a decirle que me esperaba. Me bebí la copa de un solo trago, tomé dos tragos largos de la botella y comencé a quitarme los pantalones.

—Dame dos jalones de esa yerba.

—Achantá, Coronel. Cuidado con la carajita. Considérame.

—¿Considerarte por qué?

—Tú no sabes en lo que me metí para poderla traer, y la traje no tanto por ti como por ella. Así que ve lento, no me la toques.

Asentí. Le di dos chupadas al petardo, retuve el humo. Sentí todo el rugido del mar en la cabeza. Me acerqué a Ricardo y le di un beso en el cachete.

—Hada buena, celestina. Vieja alcahueta. Ahora yo voy a hacer lo que tengo que hacer.

Pero ¿qué era lo que tenía que hacer? Tania llevaba más de dos horas en la casa y no había podido hablarle con naturalidad. Entrecortaba las palabras y no sabía de qué quería hablar, porque todo lo que decía eran cosas sin importancia, que no hacían más que desconcertarme y entonces, pensé en Marta. Todo era más fácil. A lo mejor, yo soy tan de posturas como ella. Fui al baño a buscar una toalla y pensé que Tania podría quedarse. No la extrañarían en aquella casa de oscuridades. Pasé por la sala y vi cómo los fantasmas se reunían en torno a Ricardo Fumaban, echaban chistes. Alguien puso a funcionar el viejo picó: *Soy prisionero del viento y del mar ...* Y yo me sentía un genio escapado de una botella, un genio que no tenía respuestas a las preguntas de la animalita y que flotaba por aquella extensión de arena buscando el cuerpo liberado de la loba siberiana.

La playa estaba desierta. Tania era un punto difuso sumergido en el agua hasta la cintura. Yo me fui metiendo lentamente. Todo transcurría con lentitud para mí. Se deslizaba, resbalaba por mi mente. Llegué hasta ella y golpeé el agua para salpicarla, golpeé repetidamente y ella se echó hacia mí riendo. La ceñí por la cintura, la sentí estremecerse. El sol dejó de ser bogarremero y corrió tibio por nuestras espaldas. Le rocé el cachete con el mío. Ella se separó, me echó agua, le contesté el ataque y nos acercamos de nuevo. Me confundí, ¿ahora qué debía hacer? Lo de siempre. La besé. Al principio rocé sus labios con suavidad, ella se quedó rígida, inmóvil. No me contestó el beso. La besé de nuevo, con fuerza y creo que le hice daño. Ella era esa presa que cuando uno al fin atrapa tiene tanta hambre que no juega con ella, sino que le da muerte. Se busca saciar los placeres de una sola dentellada, ciego, inhibido del gusto, torpe. Todo había resultado demasiado fácil y no me gustó. Para mí la vida en cierta forma había sido fácil, perdía interés rápidamente ante gracias otorgadas sin mayores esfuerzos. Temí por ella, por mis sueños, todo podía terminar tan rápido como comenzó. Quizás después de esta tarde no habría otras, y no habría boda ni copa de ostras, ni la vida al lado de la joven tierra por surcar. Tania se separó de mí con sus dos manos. Aquel gesto me devolvió el alma al cuerpo. Traté de atraerla de nuevo, pero se quedó ahí, separada, a corta distancia, respirando mi excitación, mirando mi cara sucia por la barba. Ahora parecía una esfinge emergida de un naufragio. Todo su pelo echado hacia atrás formaba tirabuzones batidos por el oleaje que a veces arremetía contra su cuello. Era delicada. La mirada, profunda, rasgada y reprobatoria. Así no se amaba. Así no se abordaban las embarcaciones en los mares abiertos. Tenía que aprender que si quería gozar de los placeres de la seducción habría de someterme a la pesada lentitud que al final otorgaba tanto goce ramificado en los desenlaces de una hora difícil de dar, una hora de marismas y brumas.

Volvió a mi pecho. Apenas rozó sus labios con los míos, y volvió a separarse haciendo un gesto de negación con la cabeza. Me dio la espalda. Quedé de nuevo en punto muerto. Ella salía del mar y se echaba en la arena. Yo tenía que hacer algo, no podía sucumbir a la nada y privarme de su saliva redentora, de sus emanaciones de niña y mujer titilante como las luces de un barco en alta mar. También salí del agua y me acosté a su lado.

—Perdóname, Tania. No debí —intenté ponerle la mano en el hombro, pero ella me esquivó—. Bueno, quiero decir que debí hablarte, decirte. Pero tú no me entiendes. No puedo hablar ni decir... —me callé antes de caer en algo relamido y cursi. Ella se tendió por completo en la arena y sus senos se hincharon, endurecidos como dos pomos de cera. Desde allí habló como ni no hubiese pasado nada.

—El agua está sucia —se sacudió los hombros con la mano—. Mira, tengo pedazos de algas.

—Es que ha llovido mucho y la brisa ha sido intensa. —Continuaba con lo mismo, carecía de palabras para ella—. ¿Me perdonas? —Esta vez le tomé una mano, dejé que la mía corriera por su brazo y me contuve para no acariciarle la cara. Le tomé un mechón de pelo. Tania apretó los labios como cuando llegó. Intenté besarla de nuevo, pero ella dio medio giro a la cara. No quería entregarse, no sabía seducirla y se estaba poniendo difícil. Volvió su cara hacia mí, se incorporó un poco, me besó entreabriendo apenas la boca.

—¿Me perdonas? —insistí.

—¿Qué te voy a perdonar? Si te digo que no me beses, igual me besas. ¿Qué tengo que hacer? ¿Salir corriendo y decirle a Ricardo que me lleve a mi casa o dejar que me beses?

—¿Qué harías? —pregunté.

—No sé. Lo que estoy haciendo.

—¿Y qué haces?

Se encogió de hombros, no sabía qué contestar. De repente, se desdibujaba toda. Tania no era Tania. Comenzaba a sentir cierta desazón. Se incorporó. Dejaba de ser niña y no titilaba más.

—Yo vine pensando en que tú harías todo lo que estás haciendo, pero no puede ser.

Otra vez el tono de telenovela, de drama mal escrito. Y yo siguiendo el guión.

—¿No puede ser qué?

—Nada.

Ahora me salía con eso.

—¿Y qué pretendes? ¿Ser mi novia? Tania, yo no estoy para novias.

—Bueno, pero no puedo ser tu mujer. Eso no es así.

—¿Y qué es así?

—No sé. Es que nadie me ha tocado.

Fanfarrias. Me enfrentaba cara a cara con un mito. Era cierto lo de las vírgenes de los bosques celtas, sus hechizos, sus milagros, la devoción que inspiraban. Quise ir más allá de la seducción, preservarla para mí, no dejar que se escapara la posibilidad de correr el velo aquel de misterio y por eso jugué con los conceptos, como estaba acostumbrado a hacer.

Le expliqué que lo de la virginidad era un mito.

No le decía mentiras. Marta llegó a discutirme la existencia del himen. Pero esta vez no se trataba de discutir si existía o no, sino de probar, de que me probara la existencia de aquellos surcos que tanto buscaba para sembrarme y perdurar. Quería verme reflejado en el mito celta, en sus adoraciones a la fecundidad, en la sencillez de la Jacqueline de Picasso. Era una armazón de ideas que se sustentaba en el aire de mis obsesiones.

Quería seguir engañándome con la posibilidad de pasar la vida al lado de una mujer que siempre sería mi niña, a pesar de no ser tan viejo, ni

de tener un perro que tirara de mí.

Ella estaba aquí, dispuesta y no dispuesta, pues no era clara, y yo estaba junto a ella desarmado. ¿Qué respuesta debía darle? ¿Qué esperaba ella que le dijera? En realidad yo no quería ir más allá.

—Yo no quiero otra cosa sino que sigas viniendo a la playa, junto a mí, a beber vino, a que me dejes besarte, tocarte —me sentí viejo y sucio—. Yo hago un voto de entrega, renuncio a lo que soy, dejo un estado, abandono una actitud. Tú no vas a comprender. Hasta cierto punto, si llegase el día, perderíamos la virginidad juntos —esto era lo peor del guión— Tú serías la primera, la única. Antes de ti nadie, después de ti, tú —qué hijo de puta—. ¿Me entiendes ahora?

—No.

¿Qué diablos quería decirme aquella carajita? ¿Adonde quería llegar? La virginidad la sobrevaloraba, le daba sobreestima. Se había dado cuenta de que yo pendía de un anzuelo fuerte. Quise dar marcha atrás y mandarla a su casa, con su mamá. Ella yacía bocarriba y de su cuerpo manaba todo un universo marino que me impedía volver sobre mis pasos. Era un animal cebado y no podía librarme. Era demasiado mujer intocada, demasiada exuberancia sin huella que me ataba, definitivo, a la trampa. Debía emplear todas mis mañas.

—¿Y qué carajo me quieres decir con que eres virgen? —Olvidé el guión—. Todas lo han sido alguna vez y alguna vez lo han dejado de ser. A menos que quieras hacer votos y consagrarte a una vida casta. A menos que quieras ser señorita vieja.

—No te quiero decir nada —se llevó un dedo a la boca y me miró de reojo.

—¿No querrás decir que puedo ser el primero? —re— tomé el tono dramático.

—Puedes y no puedes. —Volví con el jueguito de solemnidades—. Tú eres un hombre casado.

—¿Y qué?

—No es tan fácil. —Se levantó y caminó de espaldas a mí.

—Vuelve mañana, chica. Mañana puedo hacer una parrilla de mariscos y tengo vino suficiente en la nevera y en el bar.

—No puedo.

—¿Por qué no puedes? Te juro... —la perseguí implorante— que no pasará nada.

—No puedo mañana, pero pasado a lo mejor vengo.

—¿Y por qué mañana no? —la alcancé. La detuve, la besé. Esta vez ella abrió su boca y pude saborear su saliva, entremorder su lengua roja de caracol. Qué aberración, estaba pensando en Marta—. Me vuelves loco, lobita. Pero ¿por qué no mañana?

—Porque no. —Me puso la mano en la boca, se apretó a mí fuertemente y sentí que abrazaba algo más que al hombre: abrazaba mi vida, mi casa, su luz, su playa tan lejana de aquella otra casa de injurias. Después de un rato de estar con la cabeza sobre mi pecho, me dijo con tono de orgullo:

—Mañana voy a hacer un trabajo muy importante.

—¿Tan importante?

—Sí, importante. —Me besó, esta vez entregada al juego de dientes, de lenguas, de labios. Puso ambas manos en mi pecho, me empujó y me lanzó hacia atrás—. ¡Mañana voy a atrapar al Zucaritas!

Sentí que el abismo se abría definitivamente.

—¿Qué? ¿Qué tienes que ver tú con el Zucaritas?

—Todo.

—No, loba, no. Daniel está loco y tú no sabes lo que haces.

—¿Ah, no? Entonces esto de estar aquí contigo es incorrecto.

—No confundas las cosas. Yo no te dañaría, no permitiría que te pasara algo malo. —La abracé y me di cuenta de que yo también la utilizaba con propósitos poco claros. Sin embargo, sentí ternura, por primera vez la veía como a una hermana menor a la que están a punto de engañar—. Tu tío es un insensato, es una locura que hagas lo que te manda. —La dejé y fui a la casa. Busqué a Ricardo, él tendría una explicación más clara. Crucé la herradura del patio, abrí la puerta de tela metálica y lo encontré bailando, mejilla a mejilla, *Amorcito Azucarado* con una cabaretera de La Fuente. Estaba dormido, balanceándose sobre sus piernas. Lo sacudí por los hombros.

—¿Es cierto lo que me dijo Tania?

—¿Ya está preñada?

—Deja la güevonada, imbécil. Daniel va a hacer algo, le va a hacer algo al Zucaritas y si no entendí mal, piensa utilizar a Tania.

—Sí —contestó lacónicamente y siguió bailando.

Tania llegó. Se secó el cabello con una toalla y dio en mis ojos como la imagen de la luz en un espejo.

—Mira, Tania —le dije gritando—, tú no puedes hacer lo que diga Daniel. Está loco ¿entiendes? —me llevé la mano a la sien—. ¡Loco de bola!

—Pero debo —le tiró la toalla a Ricardo. Yo traté de atraparla muy cerca de su hombro.

—Ricardo, no la dejes —Tania se puso el pantaloncito, todavía le corrían gotas de agua por los brazos. La atraje hacia mí—. ¡No lo hagas! ¿Vale? —El cuadro me parecía cargado de una teatralización absurda, fuera de tono, impropia de mí. La solté y dejé de mirarla.

—¿Vienes mañana?

—Tú sabes que no. —Alzó la voz para que la escuchara Ricardo, que estaba dando un giro, apretando la toalla—. Es tarde ya y mi tío dijo que no nos demoráramos.

—¿Y desde cuándo esa obediencia al tío?

—Desde hoy.

—Eso es absurdo. Váyanse al diablo. No, esperen. Yo subo con ustedes, tengo que hablar con ese anormal.

—Yo la bajé para que tú hicieras tu parte. No la hiciste. Ni siquiera se quiere quedar hasta mañana —me dijo Ricardo al oído—. ¿Qué te pasó? ¿Perdiste los encantos?

—Marico, pero si no me lo advertiste. ¿Cómo podía adivinarlo?

—Es mejor que no vengas. —Tania me pasó los brazos por el cuello y sopló sobre mi frente (qué balurda)—. Yo siempre bajaré después de mañana. No te metas en eso y quédate tranquilo. Todo va a salir bien, está bien pensado.

—Sí, ¡pensado! —Le pinté una paloma con los de— dos—. ¡Pensado! ¿Y tú crees que tu tío piensa? Esa vaina no tiene cabeza, es un tallo solo, ¡puro cuello!

Ellos se iban. Yo me paseé casi corriendo por la sala. Los fantasmas estaban a la expectativa, esperando la reaparición de Virginia López en un círculo de luz.

—Total, jódanse. —Fui hasta el bar, tomé una botella de whisky y llené medio vaso. Abrí la nevera, saqué hielo. Quedaba de nuevo en punto muerto. Las pulsaciones fueron distanciándose. Ellos se marcharon—. Váyanse a la mierda.

Fui a la pista de baile y mientras la luna se abría paso entre las palmeras, lloré en el hombro de una corista. Toña la Negra cantaba. *Y qué más da, la vida es una mentira...*

Frente a la ventana de su cuarto, José gradúa los binoculares. Persigue rostros, descubre las intimidades de otras casas, controla la entrada y salida de personas en el faro. La calle es una serpiente larga, rojiza; la golpea la asimetría de las paredes, las vigas fuera de lugar, las escaleras que rompen su placidez de río para convertirla en quebrada de saltos abruptos, en manantiales profundos, en canales navegables por personas, motos y autos que bajan y suben, que caminan, corren o saltan y que se levantan de muros escarapelados para ir a una esquina a echarse un trago, a finteear frente a la canasta de básquet o sencillamente a buscar los bordes de las escaleras, de donde surgen otras cabezas, nuevos rostros, saludos. Se sientan allí a contemplar una parte de la ciudad extendida en lomas y valles de edificios y veredas y mercados. José los sigue, observa pelos y cuerpos, brazos endurecidos o senos blandos, piernas estremecidas por la patada a una pelota, o muslos intactos, recién lavados por el agua del baño, rasurados, lisos, ingenuos a la observación meticulosa de José, quien, desde su ventana, con el torso desnudo, cree controlar las calles del barrio.

Desde el suceso de los perros saca los prismáticos de entre los libros de historia, mira a través de ellos y trata de precisar un gesto, una sospecha, una alegría, una queja. A veces se detiene en rostros particulares. En ellos no busca la opinión muda sobre los linchamientos, sino perfiles para grabarlos en sus pulgares y luego dejar un detalle de nariz o de barbilla en el caballete, donde dibuja a Héctor sobre el carro, a quien a veces confunde con Aquiles y quisiera convertir en Patroclo.

José se echa desnudo sobre la cama. Está agotado, Deja entrar la brisa y la bulla por su cabecera, procura hundirse en el colchón como si fuera una gran piedra que cayera sobre él, pone los brazos detrás de su cabeza y contempla el dibujo. Quiere humanizarlo, darle cierta afectación, un tono de luminosidad terrestre, de pastoreo. Ahora es demasiado marcial, muy espartano. Cierra los ojos y ve un escenario oscuro y vacío, donde llega un hombre vestido a la usanza del París revolucionario. Es evidente su origen aristocrático, a pesar del descuido con que viste. Le habla a la oscuridad. Se mueve cerrando un círculo, acechado por voces, circunscrito por un redondel de luz.

—Quisieras que el universo fuera virtuoso y no sabes que esto significaría tu perdición. No comprenden que si existen vicios es porque éstos son necesarios y por lo tanto es injusto que los quieras castigar, tan injusto como mofarte de un trueno... y tus falsas combinaciones, los cercos odiosos que quisieras poner a quien de ti se burlara... desgraciado, me estremezco al decirlo: ¡se muele a palos a quien se venga de un enemigo, pero se colma de gloria a quien venga a su rey, se destruye a quien te roba unos centavos y se llena de recompensa a un ser como tú, que extermina en nombre de la ley y a quien el error de creerse nacido para hacer que se cumpla la justicia ha guiado toda su vida! ¡Anda, deja tus locuras! Goza, amigo mío, y no juzgues. Deja a la naturaleza empujarte a su modo y a lo eterno castigarte... Mira, en una palabra, que la naturaleza te coloca al lado de tus semejantes para ayudarlos, para cuidarlos, para amarlos; no para juzgarlos y castigarlos, menos para encerrarlos.

El hombre cerró el círculo, se llevó la mano a la cabeza y se quitó la peluca. De su cara caía el polvo y sus ojos se aclaraban. Dejaba de ser el marqués de Sade y se convertía en el Coronel: «¡Goza, José, goza!». José abre los ojos y encuentra el sosiego de la figura de Héctor, piensa que el Coronel le diría que nada tiene que ver con el héroe troyano, el abuelo de Roma. Trata de imaginarse los campos de pastoreo dóricos, jónicos, corintios. Su Héctor debería parecerse más a cualquier vástago de aquellos pueblos contrariamente a lo que debería ser un hombre de guerra y mando en el Asia Menor. Duda ante su obra, ante su vida. Recordando un párrafo del marqués de Sade y atribuyéndole al Coronel la posición de satirizarlo, de convencerlo y manipularlo. Por un momento piensa que debería estar al lado del Coronel y no de Daniel. Su Héctor declina ante el hijo de Tetis, sus pómulos delatan la virilidad tallada en la épica de Homero y su barbilla casi cuadrada, su mirada imprecisa, ciega por la falta de un color. Sus labios han probado vino de las viñas dóricas, se compromete a salvar del sacrificio a la hija del rey Agamenón, pero Artemis resinosa se la arrebatará a cambio de viento para las velas de sus barcos conquistadores. De nuevo sus labios expresan desde el lienzo el impulso del destino por sacrificar en aras de alguien predestinado a morir por capricho de los dioses, para arrastrarlo a un enfrentamiento que le arrancará la inmortalidad de los talones, desangrándolo, dejándolo lívido, para ser expuesto ante el pueblo aqueo con la rigidez de su orgullo en la arena del desierto asiático. A su funeral asiste la madre, bañada en almizcle en vez de lágrimas. Es allí cuando Héctor ya no es Héctor, ni Aquiles es Aquiles, ambos son Patroclo, y Patroclo desea parecerse a Daniel. José lanza un golpe al aire, se sacude en el fondo de la cama. Daniel o Aquiles. El coronel o Héctor, José o Patroclo. Y el Marqués.

—Rindámonos indiscriminadamente a todo lo que nos inspiran las pasiones y seremos por siempre felices. Despreciemos la opinión de los hombres; es sólo fruto de los prejuicios. En cuanto a nuestra conciencia, no redoblemos su voz pues la podemos callar: la costumbre la reduce al silencio y cambia en placer los más terribles recuerdos. La conciencia no es un órgano de la naturaleza, sino de los prejuicios: venzámoslos y tendremos la conciencia a nuestras órdenes. Interroguemos a la conciencia del salvaje y preguntémosle si le reprocha algo: cuando mata a un semejante y lo devora, la naturaleza parece hablar por él, la conciencia está muda, concibe como cosa de tontos apelar al crimen, él lo ejecuta... ¿Cómo podemos ser culpables si sólo obedecemos a la naturaleza? Los hombres y sus leyes que son, al fin, obra humana nos pueden considerar criminales, pero nunca la naturaleza... Imponerse frenos y barreras en la ruta del crimen sería ultrajar visiblemente a la naturaleza. El humano que se acuesta con su hermana no hace más mal que el amante que se acuesta con su mujer.

José se lleva ambas manos a la cabeza y quiere dejar de pensar, dormir, silenciar su conciencia que lo acusa como verdugo. Mira de nuevo el dibujo. Su Héctor esconde, tras varios velámenes, el objeto amado ante quien se inclina y siente la necesidad de las pruebas sacramentales en donde él una y otra vez tomará la soga y anudará el pescuezo y dará un golpe y recordará que dibuja a Héctor y que no es Héctor, ni Aquiles ni Patroclo, quien le habla con la voz del Marqués sin quererlo es su conciencia cuando izan a los perros ahorcados, de cuerpos hinchidos y con miradas de Argos. No debería sentir culpa. Pero también él juzga. Está dispuesto a seguir a Daniel, a eliminar a Zucaritas y al Biuti. Se levanta de la cama, toma los binoculares, pasea su mirada por la calle. En la puerta del faro está Daniel. Siente una ligera sensación de cariño, de hirsutismo.

Ricardo llega en su moto, Tania baja de la parrilla, le da un beso al tío. Daniel se ve más ligero, un peso lo libera. Está allí, con su cara tallada en el fresco de la calle. El Marqués declama:

—Lo que parece al hombre una terrible injusticia es efecto total de sus ojos enfermos: si algo fuese monstruoso para nuestras costumbres, vamos a la naturaleza, quien nos recibe enteros.

José siente una leve erección. Golpea el piso de su cuarto con el pie y lanza los binoculares a un lado, sobre la cama:

—Ella anula el azar, y los padres y los hijos, templos, burdeles, devotos y bandidos, todo le pertenece y en ella no hay delitos. Cumpliríamos con ella al cometer un crimen: mientras más el exceso, ella más nos recibe.

Trata de anularse. Respira profundo y le da la espalda al dibujo para acallar la voz del Marqués. Papito toca la puerta del cuarto y entra.

—Coño, hasta aquí llego yo. No sigo más en esto. ¿Tienes algo de tomar? —Los ojos fuera de las órbitas se detienen sobre la repisa; señala una botella—. Dame un trago de ron.

—¿Qué pasó?

—Abre primero la botella, luego te explico.

José tomó la botella, era un ron malo, sería preferible tomar anís. La tenía como objeto decorativo, amago de solitario bar, pisapapeles de cartas que nunca enviaba. La destapó y se la alcanzó. Papito tomó uno, dos tragos sin detenerse.

—No se puede seguir, ellos van en serio, van a terminar matándonos a todos.

—Pero bueno, dime qué pasa.

—¿Te acuerdas de la gente de La Pastora? —bebe de nuevo—. ¿Con los que nos reunimos la semana pasada para hablar de la campaña antidrogas? Los mataron, hermano. Los mataron en pleno juego de básquet. Por lo menos mataron a tres en la cancha.

José le quita la botella de la mano y toma un trago, luego otro.

—¿Estás seguro de lo que dices?

Están reunidos en el faro. Daniel tenía una Smith & Wesson cañón corto. La metió detrás del cinturón. Entraba y salía. Se detuvo en la puerta. No quería que a última hora se estropease el plan. Adentro, los demás escuchaban otra vez el relato de Papito.

—Eran tres. Aparecieron en la cancha, venían engrandecidos, quién iba a pensar en sus intenciones. Se apostaron en las esquinas, allí sobre la malla, se recostaron de espaldas. Estaba el Biuti, puedo jurarlo, era gente del Zucaritas, todavía no me explico cómo no han venido aquí, donde los linchaperros, como nos dicen. Yo no sigo. Dicen que los que les pegan con mazos a los perros, le pegan al Zucaritas y él manda a su Locoloco, al Biuti, al Mandrake, al Mazinger y a cuanta vaina se pueda nombrar para que nos quiebren. Miren, coño, la cosa es con nosotros, no es casualidad ni aviso, lo que pasó fue en serio. Cuando uno de los equipos anotó los diez puntos, uno de estos tipos se apostó en una esquina de la cancha, dejó caer su chaqueta y era todo un vengador con escopeta negra. Primero disparó al aire, nosotros nos quedamos mudos y las muchachas ya no gritaban, corrían buscando refugio en las casas próximas. Un segundo disparo nos bañó de algo pegajoso, era sangre. Los demás dispararon también y eran los disparos ensordeciendo los gritos, la carne, el llanto y la sangre sobre la cancha, y se reían los Locoloco, los Mazinger, el Biuti, y a uno el arma le hizo crac, soltó el cargador y metió otro. Y nos echamos al piso. Levanté la cara para verlos huir por los techos, metiendo sus botas sobre las latas de zinc, y estoy seguro de que era el Mazinger el de los alaridos —*¡se me rompió una pierna!*— porque saltaron sobre sus motos y se perdieron por un camino de tierra. Entre la humareda y el pánico nos levantamos, pero en el piso estaban unos que no se levantaron más, y párate hermanito, hermano, responde y mira, están muertos. ¿Qué haces que no llamas a una ambulancia? Los jugadores estaban dispersos, en la cancha quedaba humo, tierra y confusión. El trofeo estaba a un lado, sin brillo, salpicado de sangre. Empezaron los gritos y los llantos por los que estaban en el piso.

—¿Seguro que estaban muertos? —preguntó Daniel.

—Estaban allí, caídos, inmóviles.

—¿Pero muertos?

—Ah, tú ves. Yo no sé a lo que tú llamas muerto —hizo el amago de irse.

—¿Te vas?

—Sí, me voy.

—No puedes. Tú te quedas, carajo, te quedas. —Daniel se le acercó, lo tomó por el pecho—. Todo sigue igual. Papito, Germán, tú te vas por la escopeta. Nos acuartelamos. —Apretó el brazo de José y miró a Ricardo, que entraba en ese momento—. Ahora más que nunca, pájaro, ahora más que nunca tú estás con nosotros.

Ricardo se encogió de hombros. Trataba de poner en orden sus ideas. Claro que estaba con ellos, en ese mismo cuarto, segregando probablemente la misma cantidad de adrenalina, mordiéndose las uñas, deseando volver a la playa junto al Coronel. A pesar de no compartir nada con Daniel estaba con ellos para darles una respuesta. Ya sabía qué hacer, nada había cambiado, y la fijación de Daniel se reforzaba. Lo de La Pastora no agregaba ni quitaba nada, sólo dejaba más desasosiego. Un poco de temor, el deseo de estar afuera, en una piscina, bebiendo piña colada, mirándoles las nalgas a las bañistas, riéndose a pleno sol o a plena luna. Deseaba haber escuchado al Coronel, haberse quedado junto a él. Sin embargo no podía aclarar sus ideas, imperaba una respuesta, tenía que deslindar cambios para saber si batallaba en alguno de ellos, y era evidente que batallaba en uno, aunque no se sintiera entusiasmado a hacerlo.

Lo de La Pastora exigía arrancar las hojas de los libros, botar los juegos de filatelia, acabar con el mundo burbujeante de los narcóticos para asumir una realidad de venganza. Sin el Coronel no quedaba otra alternativa, estaba en medio de una gran grieta, y debajo de sus pies el abismo. Había pensado en echarse para atrás a última hora, tomar a Tania por la cintura y bajarla en la moto a la playa para liberarla de la locura del tío, de un sinsentido que los arrastraba como un torrente al disparate.

—Estoy pensando en el Coronel —dijo José—, quizás podría decirnos qué hacer.

—¿Qué hacer? ¿Es que tú no sabes qué hacer? —Daniel chasqueó entre labios. Cada vez se tomaba más en serio su papel—. Nada, el Coronel hace tiempo que no dice nada por aquí. Hace mucho tiempo que decidió irse, ahogarse en una vida de nada. Es por eso que cuando viene a la calle le parecemos folklóricos y hasta se da el lujo de buscar carajitas. Si usara camisas estampadas y bermudas, sería un turista. Hasta una vez se le ocurrió venir con una cámara y que a tomar fotos.

José no respondió. Sabía que no era cierto, presentía que todo iba mal. Las cosas habían cambiado y aquella época de camaradería, de pertenecer al mismo partido, de pensar igual, había dado un giro de ciento ochenta grados. Y si el Coronel era un turista, Daniel era otro extraño sin haber abandonado nunca el barrio.

Germán regresó con una escopeta envuelta en unos trapos desteñidos. La lanzó sobre la cama. Las piezas del ajedrez fueron a dar al piso. Ricardo pisó la reina, miró a Daniel y le dijo que eso no significaba jaque mate. Daniel volvió a la puerta:

—Ahora van a ver cómo de lo particular se generaliza. Ya lo hemos discutido y llegamos a la conclusión de que hay que atraer a la opinión pública con una acción armada sin las peculiaridades del pasado. —Se llevó una mano al cinto y agarró la cacha del revólver—. No nos vamos a meter con el gobierno, pero el gobierno sí va a tener que participar al lado nuestro.

Ya nadie estaba seguro de lo que habían discutido, de las conclusiones a las que habían llegado. Perdían la confianza en Daniel, mientras que éste, sin escuchar, daba grandes zancadas por el cuarto, recitaba una y otra vez el plan. Mandó a llamar a Tania y se lo hizo repetir. Ricardo los miraba, derrumbado en el sofá de la ropa sucia, impotente. ¿Por qué no había oído al Coronel, sería que no creyó nunca que Daniel llegaría hasta el final? Ahora ofrecería a Tania en sacrificio y ya no bajarían a la playa y el Coronel se quedaría solo con aquellos fantasmas que bailan al son de un mar tranquilo.

Cuando se miden los espacios y trascienden, al punto de hacernos sentir inútiles, sus fronteras nos dejan ridículos en un estrado, desleíbles en la ingritud, atados de manos, con la voz perdida siendo simplemente una cadena remachada, suspensa por un hilo invisible. Intrascendente. Mi vida ha sido una sucesión de hechos sin proyección, con proyecciones confusas. Así me lo dije, se lo dije a Marta, y ella me fue dejando, se lo repetí a Raiza y no hizo más que vivir el juego de pelos, de caricias distraídas. No le interesa. Ella piensa en ese gran salto de Ofelia al río, en esa asfixia y rigidez tras ser sacada del canto del arroyo en compañía de los lamentos del piano y el suspiro del público.

He hablado tanto y no se han detenido a escucharme. Se cansan de mis accidentados temas. Daniel. El sobre todo, me elude, y es que quizás la vida de cada quien tenga mucho de intrascendencias y desaciertos. ¿Para qué detenernos a mirar nuestra paraplejía, nuestra conversión en troncos secos arrastrados por un torrente a saltos, a incertidumbres, a un abismo que forma tapetes verdes donde habrá tenidas lúdicas con el destino? Pero no lo admiten, no creen en la existencia de esos momentos de parálisis, somos piezas indefensas ante ese caprichoso azar al que tanto teme Marta. Ella cree en un imperio justificatorio de la razón, de lo restringido, de la libertad condicionada para actuar, para participar con una voz y un voto intuitivo e instintivo de la vida.

Estoy de nuevo ante la posibilidad de hacerme a un lado, de quedarme al margen de los acontecimientos, de dejar a una mano invisible actuar sin que me toque. Aún así, no dejo de sentirme involucrado en la suerte de Daniel, de su grupo, de Tania, de Ricardo. Tania es lo inadmisibile, un nudo más en la cuerda, un intento por dar continuidad a lo empezado. Definitivamente se perderá. Me interesa ella y me interesa Ricardo, aunque los haya mandado a la mierda la tarde pasada. Debo subir al barrio, hablar con Daniel, hacerle entender a patadas que ha equivocado la ruta en alguna bifurcación. No se puede mantener la vigencia a costa de absurdos, de aislar supuestos enemigos o buscar concatenar un hecho aislado a un proceso inexistente de condiciones revolucionarias.

Me levanto del canapé, donde he pasado la noche contemplando salones fríos por donde se pasean fantasmas con música de fondo. Pero esta noche no vinieron mujeres, sólo hay hombres de trajes café con zapatos crema, campaneando un whisky en las rocas, asomados a una de las ventanas, mirando a través de las persianas horizontales, hablando en secreto, condolidos de mí. Presumen la partida, presienten la clausura del local. Sus almas no encontrarán asilo, ni otro sitio adecuado para penar en medio de risas borrascosas y chistes recién llegados de La Habana.

Mi viejo se extrañará, yo le prometí una larga estadia junto a ellos. El sol los difumina y yo salgo del baño sin afeitarme mi barba, que ya es de una semana.

Me siento en una silla del *pantry*, me sirvo café con un chorro de coñac, la claridad revela el desconcha— miento de las paredes, la gotera del lavadero, el gato a rayas que pasa a través de un hueco en la tela metálica y ronronea a mis pies para que le sirva su leche.

Vuelvo a pensar en Tania, ella sale del mar con su pelo echado hacia atrás, huye de mí, se tiende en la arena, me permite que la bese y comienza a decirme todo aquello sobre la virginidad.

Termino el café, me doy cuenta de que Tania ha estado madurando esa condición en toda una existencia entre los pasadizos de aquella casa de oscuridades, reveladora de misterios, de respuestas, de sapiencias obviadas por mí antes de abordarla. Era evidente. Ella me lo diría y me dejaría noches enteras despierto pensando en ello. Elaboraría un sistemático lenguaje de seducciones nuevas, de preguntas, de respuestas, de ironías, algo con lo que dinamitar su condición de entrega, y ese algo tendría que dejar de ser palabra hueca para cobrar significado.

La recuerdo niña, con sus ojos rasgados viniendo de la escuela con el bulto a cuestas, nos hacía caras al ver— nos jugar al reloj en la canasta de básquet. Desde aquella época se armó con el lenguaje preciso, la palabra mágica. Llegaba a la calle y se perdía tras la puerta de la casa de los misterios, sin dejar nota de su existencia.

En aquel momento, yo me ocupaba de conectar una buena cesta, de pensar en la reunión con el grupo de trabajo político, del círculo de estudio para discutir los libros de Marta Harnecker sobre la plusvalía, el trabajo asalariado, la lucha de clases. Pensaba en cualquier babosada menos en aquellos ojos rasgados y grises que ya elaboraban con fijación las condiciones de la entrega.

Ahora voy al baño, me doy unos toques en el traje, me peino furibundamente y me miro en el espejo. Estoy envejecido. Se me arrugan las junturas de los ojos, y al intentar una sonrisa la barba rala me hace parecer pálido y enfermo. Sin embargo, siento el impulso de hacerme cariños diciéndome que no pasa nada, Coronel.

Cuando escuché lo que había sucedido en La Pastora, por un momento creí en un mundo sin forma, apartado de mis pies. Presentía el desenlace de la empresa de Daniel, pensé en la inutilidad de subir al barrio, nada iba a lograr que lo que había comenzado se diluyera. Pero al menos podía evitar que Tania saliese lastimada. A lo mejor, hasta podría raptarla, devolverla a esta casa para hacerla dueña, señora de estos cubos. ¿Qué pretendía Daniel? ¿Pensaba que conmoviera al país, que desencadenaría una pequeña insurrección partiendo de aquella lucha particular en contra de dos jibaros en Catia?

Aquella noche era tensa en el faro. Papito y José limpiaban las armas, Germán montaba proyectiles, Daniel llamó a Ricardo, tocó la puerta de la casa de oscuridades y salió Tania. Tenía una falda corta, su cabello estaba recogido en una sola trenza que le llegaba a la mitad de la espalda. Apenas hablaron. Ricardo la subió a la moto y bajaron hasta la cuarta calle. El ya había acordado con el Zucaritas un paseo con Tania a cambio de unos gramos. Estuvieron esperando al Continental. Sofocando los nervios. Ella hacía sonar las uñas presionando una mano con otra. No llegaba nadie. Al cuarto de hora, casi serían las diez, la trompa del auto hizo esquina en el extremo de la calle. Las uñas de Tania se hincaron en la espalda de Ricardo. El le pasó la mano por la pierna desnuda. El auto se estacionó delante de ellos. Ricardo bajó el pie de la moto, se acercó a la ventanilla. No se veía hacia adentro, apenas bajaron el vidrio.

—¿Ésta es la mercancía? —le preguntó el Zucaritas desde adentro— Deja que la veamos mejor.

Un camión abrió sus puertas, el olor a boñiga, la espera al frío de la noche en el campo desierto, el salto a la oscuridad para buscar refugio junto a las primas: le miró las piernas, su presumible olor a ámbar. Sí. Ricardo hizo una seña. Ella se bajó de la moto y caminó hacia el auto. Era una muchacha del mediano Oeste, al estilo *country*, pero con arrebatos de mexicana contrabandeada por California. El vidrio del auto se terminó de abrir. Ricardo vio al Biuti y al hombre de la bandejita del otro día. Sintió que la respiración se le cortaba, quiso arrepentirse, que Tania se echara para atrás, que corriera por uno de los callejones y se perdiera en el barrio. Pero el plan ya marchaba, era la aguja del reloj, a menos que batiera contra el piso lo planificado, ese tic tac sería indetenible.

Una camioneta se atravesó violentamente delante del Continental. De la parte de atrás saltaban Daniel y José. El chofer del auto trató de retirarse, pero una furgoneta le cerró el paso. Papito abrió la puerta y apuntó con una escopeta de cañón recortado. El Biuti salió apuntando con una Magnum, pero Daniel le disparó al pecho. José asomó el arma al interior del auto.

—¡Ma-manos arriba, co-coño!

Germán se acercó al Biuti:

—Éste está frío.

Daniel abrió la puerta de la camioneta y se encontró con que, además del Zucaritas, estaba un mexicano con pinta de gringo vestido de cowboy. Dio la orden de despejar la vía. Sacó al chofer y tomó el volante. Tania se montó en la camioneta y todos subieron a la calle dejando al chofer junto al cuerpo del Biuti en la acera.

Una vez en la calle, los hicieron bajar con las manos en la nuca. Ninguno se cubría el rostro. La gente salía de las casas, se arremolinaba en torno a Daniel, al Zucaritas, a Charly. Los demás muchachos del grupo trataban de contener a los curiosos con las armas en las manos. Daniel explicó a gritos que se trataba de delincuentes, de los culpables de la siembra y el tráfico de drogas, que no eran simples jibaros, eran delincuentes y el gobierno lo sabía. Ellos exigirían que se les siguiera un juicio en la calle, que fuese un fiscal del Ministerio Público y un juez. Habían decidido convertirse en Comité de Autodefensa. Ricardo subió a la moto, se apartó y escuchó el discurso de Daniel. Por primera vez no se reía. Estaba implicado en un secuestro y en un homicidio. Además, Charly era otra cosa. Ellos no lo esperaban. Seguro tendría el respaldo de la embajada, de sus servicios. Si hubiesen atrapado solamente al Zucaritas, como era el plan, quizás el gobierno hubiera negociado. Pero ahora, las aguas se enturbiaban.

Daniel no se detuvo a considerar nada. Mandó al diablo a José cuando le vino con que si el Biuti, con que si tendrían un muerto encima, e hizo que le abrieran un espacio para conducir a los rehenes al faro.

—¡Ellos son los delincuentes, a ellos tienen que juzgar! —gritaba Daniel, tratando de darle tono de consigna.

Cuando llegué habían acordonado la parte baja del barrio. No dejaban pasar ni a los periodistas, lo que creaba una atmósfera de incertidumbre, había una gran confusión. Que si habían asaltado una bodega, que si habían matado a tiros a un atracador, que si estaba secuestrado un millonario. Nada cierto se filtraba de allá arriba, nada de lo que Daniel quería que llegara a la prensa, a la televisión. La policía había cerrado todos los puntos de enlace. Yo tenía una idea fija: sacar a Tania de aquella absurda situación. Las autoridades habían cortado los servicios de luz y teléfono. Decidí rodear el barrio para llegar por la parte de atrás escurriéndome entre las casas de los conocidos, hasta la calle.

Intenté subir por la iglesia y encontré escuadrones de la policía especial antimotines. Francotiradores apostados. Tuve que bajar hasta la calle Planas, me trepé a la platabanda por un poste y, de techo en techo, anduve. Pedía permiso a los vecinos para llegar a una de las escaleras, todas estaban copadas por la policía.

Me arriesgué a correr por una donde sólo vigilaba un francotirador. Salté de la platabanda y subí un pequeño trecho pensando que me iba a disparar. Llegué arriba, a la calle, con el traje descosido, sucio, pero feliz de encontrarme cerca de Tania para brindarle una salida, otra oportunidad para explicarle su condición, para retenerla junto al perro y al cometa. Era un absurdo dentro del absurdo, una idealización vana. Ella, fuera de aquel contexto, languidecía y le daba fuerza a otra forma, a otra mujer. Escuché mi nombre tras las ventanas, la gente me reconocía a pesar de la barba y de las prolongadas ausencias. Aunque en un día como éste recordarían hasta a los fundadores de la calle si se levantaran de entre los muertos.

Busqué a Ricardo, no quería hablar con nadie más. Sabía que sería inútil. Daniel estaría en su clímax, en el apogeo, en el estrado donde no se escucha a nadie a pesar de la bulla, de los murmullos. A ninguna persona se escuchaba en ese lugar.

—¿A-abajo saben todo? ¿Les llegó el co-comunica— do nuestro? —José temblaba, prendía un cigarrillo con el anterior.

—¡Qué van a saber, bolsa! Los que no saben en qué lío se han metido son ustedes. —Lo eché a un lado, me abrí camino a la casa de Ricardo. No lo vi entre el tumulto, seguramente estaba adentro, entre el vaho de alcoholes y helecho envejecido.

Me detiene Papito:

—Daniel quiere verte. —Lo miré de cuerpo entero, tenía un arma en el cinto.

—No quiero hablar con él. —Lo aparté de un empujón.

—¡Entonces qué carajo vienes a hacer aquí! —me grita Germán.

—Parece que todos están pendientes de mí. De pronto me convertí en el palito mantequillero. Yo vine a buscar a Ricardo. Voy a su casa y no quiero hablar con ese loco. —Daniel salió del faro, le hizo un gesto a José. Se acercó a mí con una sonrisa.

—No te pongas quisquilloso, Coronel. Ven. Tú estuviste abajo y tienes información que nos sería útil.

Dejé caer los brazos, no le hice resistencia y fuimos al faro. Quizás lo hacía en honor a los viejos tiempos. Entramos. Allí tenían a un hombre gordo sentado en un rincón, donde está la poltrona y de pie, fumando, otro tipo vestido de vaquero. Seguramente me creyó el autor intelectual del asunto, porque trató de hablar conmigo.

—Están metidos en un problema —acentuaba su pronunciación gringa— ¿Qué creen ustedes que son? ¿Chiítas, que están en el Líbano? ¿Que pueden secuestrar impunemente a un funcionario de la embajada? —Se acercó a mí. Germán levantó un poco la escopeta, él mantuvo la frialdad—. ¿Qué quieren a cambio? —Se rió—. ¿Son un grupo de los soldados de Dios, del Ayatollah? ¿Van a pedir que los judíos suelten a sus compañeros presos o que dejen de matar palestinos en la franja de Gaza? ¿Apoyan la Intifada? ¡No sean ridículos! —gritó—. Nuestro país no negocia con terroristas.

—¡Cállate! —lo apuntó Daniel, extendiendo el brazo frente a su cara—. Tú no eres ningún funcionario, eres un sucio traficante gringo.

El hombre no se detuvo ante la amenaza, se encimó sobre Daniel queriéndole callar la boca, los flecos del chaleco bailaron.

—Soy funcionario del Departamento Antidrogas. ¿Sabes lo que es eso? —Zucaritas soltó la risa sumergido en la ropa de la poltrona— Policía.

Yo agarré a Daniel por un brazo y lo llevé a un rincón. Le pregunté si había tomado en cuenta todo lo que el hombre acababa de decir, pero él no quería escuchar. Continuaba hablando en voz alta.

—Está bien, está bien. Estos tipos mandaron a su gente a La Pastora, dispararon contra los muchachos que jugaban básquet —se le arrojó a Zucaritas, que se reía, le puso el revólver en la barriga—, y hoy nosotros exigimos que se los juzgue, que vengan los jueces aquí, queremos hacer un tribunal abierto. ¿No te das cuenta? ¡Sentaremos precedentes, propondremos la creación de grupos de vigilancia y autodefensa en todo el país!

—Una falange —lo interrumpí.

—No. Embriones del ejército revolucionario. —Los ojos le brillaron como a un soldado del *Acorazado Potemkin*—. Hoy son las drogas, mañana será un Comité de Defensa Laboral, un comité de defensa de las amas de casa. —Puro años sesenta, el realismo socialista—. Estaremos en las huelgas, en las tomas de tierras. ¿No me entiendes? Es ir de lo particular a lo general.

Me separé de él. No quería seguir escuchando barbaridades, todo su discurso estaba desencajado, fuera de cuadro. Estaba loco, sin aparato, sin logística, no tenía fundamentos para hablar así. Sólo a diez cuadras estaba la realidad, los que acordonan, los que distorsionan la noticia.

—¡Pajúo! —le grité— ¿No sabes que tienes aquí a un policía norteamericano? ¿Que el gordo puede ser un hombre de la cuerda floja del gobierno? Pareces ignorarlo, y lo peor es que allá abajo también lo ignoran. Nadie sabrá nunca lo que pretendiste hacer. ¿Sabes lo que dirá de ti el gobierno cuando esto termine?

Salí a la calle rojo de la rabia. Daniel me siguió. Me sujetó por un brazo.

—Aquí no hay periodistas. No ha subido la televisión. —Por primera vez vislumbré inseguridad en sus palabras—. Si algo sale mal, ¿tú vas a escribir la verdad? ¿Hablarás de nosotros? —Era el colmo. Me deshice de su apretón.

—Ahora me crees John Reed. Si escribo algo será *Las diez horas que sacudieron a los oligofrénicos*.

Lo dejé. Me abrí paso entre la gente, alcancé a escucharlo diciendo que enviaría un comunicado al Presidente. No sabía si reírme. Esto era un drama burlesco, nostálgico. Haría llegar el prontuario de los secuestrados, exigiría un juez, fiscal, prensa, televisión para instaurar un tribunal abierto.

Tania estaba en la puerta de su casa. La saludé, le hice señas de que me esperara, aunque ya dudaba del propósito de sacarla de la calle. Ella se apagó en la oscuridad de aquella casa y por primera vez me atreví a atravesar aquellos umbrales y sentir un vaho, una carencia de tiempo, una marisma abordable, una sensación de andar por parajes cenagosos. Allí había torpeza, estrechez, eran laberintos difíciles. Recordé las cloacas de París, a Orson Welles en *El tercer hombre*. Se vislumbraban siluetas de cabezas haciendo cuarteto, ausentes de lo que estaba sucediendo en la calle. Sonaban voces y surgían olores de otras mujeres que no eran Tania y que se vestían para salir a la claridad. Quedé atrapado en sus olores, confundido en los laberintos. Pero Tania no estaba, me había abandonado en un mundo escatológico donde se trasciende de un umbral a otro, sin saber si se ha entrado a los infiernos. Al fin, algo de claridad. (Me tropiezo con el cuerpo de una muchacha joven, la aprieto contra la pared, acaricio su piel. No es Tania, pero me ha mandado a decir con ella que la espere en la casa de Ricardo. Se vendrá conmigo esta misma noche.)

Salí de aquel mundo tiznado, confuso, con la fuerza que me restaba aquella certidumbre. Se vendría conmigo esta misma noche. Claro. Afuera se respiraba a descomposición, parecía que hubiesen tendido un cadáver a través de la calle. Luego del desenlace, fuese cual fuese, habría que irse, olvidarse del barrio, y ella tendría que hacerlo conmigo, porque yo, supuestamente, había venido para eso. ¿Y Marta? ¿Qué podía saber yo? ¿Seguiría con su aventura? ¿No la vería más? ¿Y Raiza? ¿Estaría celebrando en los brazos de sus críticos el carácter que le dio al personaje? Probablemente muy aplaudida. ¿Se habría perdido para siempre? ¿No volvería a buscarme? ¿Y mis cosas? Mi ropa, mis discos, mis libros... ¡La computadora! Todo eso era de Marta, de nadie más. Ahora Tania vendría a mi casa, nos arroparíamos en un mundo de fantasmas, formaríamos parte de una postal, de un paisaje en descomposición.

—Coronel, Daniel quiere hablar contigo de nuevo.

—Que me busque en casa de Ricardo.

Subí las escaleras. Me abrió el viejo, confuso. Lo abracé. Ricardo estaba arriba, en su cuarto. La casa olía a musgo, a hierba quemada. Seguro estaba fumando. ¿Qué complicaciones traería para Ricardo la tragedia que Daniel había armado?

Estaba en la cama, con pantalones cortos, miraba el quieto balanceo de un móvil hecho con caracoles recogidos en mi casa. Se reía.

—¿Eres tú, Coronel? —La voz le sonaba ronca— Mira cómo te han crecido las orejas, pareces el lobo feroz. —Se volvió contra la pared—. ¿Sabes lo que va a pasar ahora? Me van a detener, y el Zucaritas me mandará a chucear en la cárcel.

—No jodas, Ricardo. Tú estás afuera de este asunto.

—Afuerísima. Tania y yo fuimos la carnada solamente.

—Ven, párate. Vayámonos a mi casa, allá no te van a encontrar.

—Sí, hombre. Salgamos. Pero te saco del barrio, a ti solo, ¿oíste? Te pongo en la vía y me devuelvo.

Yo quería salirme de aquella situación, quería irme, tomar vino, olvidar. Qué metida de pata. El techo giraba y yo recordé el sabor de las ostras, los rumores del mar y la voz de Barbarito Diez. Qué lejos estaban.

—Mira allá —me señaló hacia la noche.

Nos acercamos hasta la ventana y vimos unos hombres vestidos de negro que trepaban por la platabanda como yo lo había hecho.

Daniel supervisaba la confección de una pancarta que decía que habían atrapado a dos narcotraficantes y exigían que se hiciera justicia en la propia calle.

—Quizás hubiese salido mejor si el Zucaritas hubiese venido solo —se lamentó Ricardo—. Mira los techos, es todo un comando.

Decidimos salir.

—¿Y Tania? —me arriesgué a preguntar.

—No vendrá, no sigas con eso. ¿No entiendes que de esa casa no sale nadie?

Los hombres se habían apostado en diferentes lugares. Se confundían con las ropas tendidas en las terrazas. Quise hacer algo. No podía abandonar a Daniel. Le grité para alertarlo y él sacó la pistola. Entonces vi las armas en los techos, apuntándolo. Se oyó un solo disparo. El cuerpo de Daniel cayó. Quise acercarme, pero ya los hombres saltaban desde arriba, tenían precisado cada movimiento. Se metieron en varias casas, dispararon al aire, lanzaron bombas lacrimógenas. Entraron al faro. Nadie les contestó. Con seguridad, sabían que era un grupo temeroso.

Tuve un acceso de risa nerviosa pensando en la cara de José, en el llanto de Papito, en el *no me maten* de Germán. Sacaron al gringo acordonado por los hombres de negro. En eso llegó una camioneta, lo montaron y detrás de él a Zucaritas. Germán, José y Papito estaban esposados. Llegaron los periodistas, tomaron fotos. La operación había sembrado confusión, las pancartas habían desaparecido, un oficial del comando declaraba a la prensa. Luego me enteré que el hombre dijo que habían rescatado a un funcionario de la Policía Antidrogas norteamericana secuestrado por un grupo de narcotraficantes. El cabecilla había muerto.

Ricardo aprovechó el tumulto para sacarme en la moto. Salimos a la avenida. De nuevo sentía cómo la ciudad se adhería a mí y los faros y las casas y los avisos luminosos pasaban. Quise preguntarle qué pasaría con Tania, con él. Todo había sido tan rápido.

No nos atrevimos a estrecharnos las manos, ni a decir una palabra. Ni siquiera nos sonreímos. La grieta se había abierto, se fracturaban definitivamente nuestras vidas y caíamos al abismo. Ricardo aceleró tres veces y arrancó. Lo vi perderse, de espaldas, y estuve caminando hasta que amaneció. Seguramente Marta ya estaría en el apartamento.